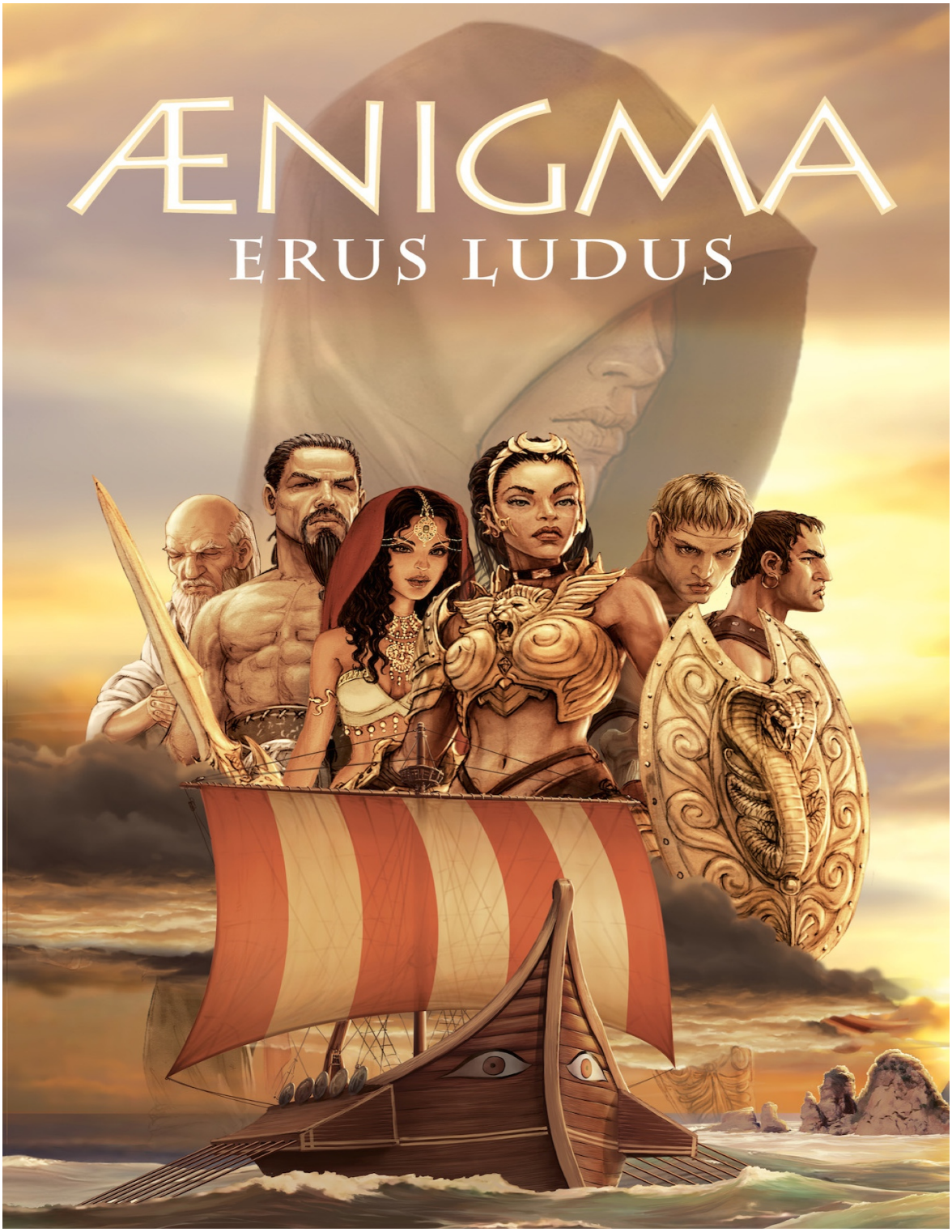
AENIGMA ¿Te atreverías a ser el personaje de un libro?

Erus Ludus



Capítulo 1

Permíteme presentarme, mi nombre es Erus Ludus. Nací hace muchísimos años en la región del Adria, en la provincia romana de Tarvisium. Pero poco tiempo después, me trasladé a Roma, donde luego de aprender matemática, astronomía, geometría y música, me dediqué a entretener a reyes, emperadores, grandes señores y hermosas damas, con acertijos que mezclaban mis conocimientos adquiridos.

Que mi barba larga y blanca, mis arrugas en el rostro y mi andar cansado no te confunda. Soy mucho, muchísimo más viejo de lo que piensas... y lamentablemente creo que viviré muchos, muchísimos años más.

De por qué he llegado a tan longeva edad, desconozco la respuesta. Tal vez la historia necesita de simples personas como yo, para que atestigüen los hechos que suceden y los transmitan bajo un criterio imparcial. En cualquier caso, la historia que te voy a contar sucedió tal cual te la relato y es importante que prestes atención a todos sus detalles, pues su feliz desenlace traerá gloria, riquezas y maravillas inimaginables en tu nombre y en el mío.

Erus Ludus

PRIMERA PARTE - LA PPOFECIA

CAPITULO 1

Invierno, 87 A.C.

La joven soltó las amarras de su túnica, ésta se deslizó suavemente por su virginal cuerpo hasta llegar al piso, dejando al descubierto su espléndida desnudez. Lentamente caminó hasta el círculo formado por hojas de laurel ardiendo. Oleadas de denso humo comenzaron a acariciar su cuerpo purificándolo, preparándolo para recibir los vaticinios del dios.

Una vez colocada una vestidura blanca sobre su cuerpo, uno de los sacerdotes la condujo hasta el trípode que se encontraba sobre la Grieta Sagrada en el centro del templo. Allí, a medida que respiraba los gases que emanaban de la abertura, entró en trance, como miles de jóvenes lo habían hecho desde el comienzo del oráculo, cuando Apolo, El que Hiere

de Lejos, mató a la Gran Serpiente.

Su mirada se volvió perdida, lejana. Las imágenes que veía estaban más allá del horizonte. Súbitamente cerró los ojos y comenzó a jadear. Los jadeos se convirtieron en gritos desgarradores que ensordecían a los sacerdotes sentados en círculo alrededor de la mujer. Repentinamente enmudeció, abrió los ojos y con voz serena comenzó a hablar.

El Séptimo se ha dejado ver.

¡Preparaos! El hambre se apodera de la ciudad amurallada

Y el General Rojo vengará las Vísperas

trayendo desolación y desconsuelo a Palas Atenea.

Siete serán los elegidos para salvar el Tesoro:

Atleta sin laureles, Heredera del trono de mujeres,

Navegante de la diosa, Princesa de la Ciudad de Piedra,

Sacerdote de los dioses, Portador de la Palabra

y Discreto Forastero.

¡Miserable Traidor! Del círculo de siete aparecerás.

Solo la Palabra los salvará, solo el Séptimo sabrá descifrarla.

Después de pronunciar estas palabras, la pitia quedó inconsciente.

Los sacerdotes se mantuvieron callados largo rato hasta que Enos rompió el silencio.

-El hambre está azotando Atenas. No sé cuanto tiempo más podrá soportar Aristión el bloqueo de los romanos - dijo dirigiéndose a los demás sacerdotes-. He oído decir que los atenienses remojan el cuero en agua para comérselo.

-Mitrídates nunca debió provocar la furia de Roma y los atenienses cometieron un error al convertirse en sus aliados- replicó Tesseros.

-Pensaron que serían tan afortunados como contra Jerjes, pero Sila es un general portentoso y no cejará en su empeño hasta que sienta vengada la afrenta contra su pueblo - dijo tristemente Pentos.

-¡Un general sin dinero! - refunfuñó Exos -.Seremos saqueados una vez más para pagar soldados y armas. Para financiar la muerte de aquellos que nos rinden pleitesía.

-¡No entiendo por qué nos dejaron sin protección! - intervino Tryos-. Si nuestras riquezas están tan a la vista, ¿Cómo ningún rey ha puesto a nuestras órdenes sus ejércitos?

-La Anfictionía ya no existe para protegernos. Los estados griegos son débiles y están tomando posición a favor de Sila o Mitrídates - dijo Duos-. Pero muchos saben que después de este conflicto, Roma se convertirá en el imperio más grande que haya visto la humanidad y nadie osará a rebelarse contra ella.

-Duos tiene razón. La pitia lo ha dicho, Sila vencerá y vendrá a saquearnos ¡Debemos salvar nuestros tesoros! - dijo Enos y luego con tono apremiante añadió-: Este debate entre nosotros no tiene sentido, enfrentemos la realidad y actuemos con presteza.

-¿Sobre qué hombros reposará la tarea?- preguntó curioso Tesseros.

La pregunta quedó suspendida en el aire durante un momento interminable. Como guiados por una fuerte atracción, todos los ojos se volvieron hacia el único hombre que no había despegado los labios hasta el momento. Todos los ojos estaban fijos en el más antiguo de los sacerdotes de Apolo.

-Yo tomo sobre mis hombros la responsabilidad de tan digna tarea. ¡Que la sabiduría nos ilumine en el camino que debemos seguir!- dijo solemnemente Heptos.

Heptos se levantó del círculo que formaban los sacerdotes. Mientras sus compañeros continuaban debatiendo acaloradamente el significado de la profecía, él necesitaba caminar a solas para despejar de su mente los tristes vaticinios que acababa de escuchar. Quería ver una vez más, con sus propios ojos, el santuario al que le había dedicado su vida y al que

sabía que una vez comenzada su misión, no volvería a ver.

Tiempo atrás, Zeus, señor supremo del Olimpo, quiso determinar donde se encontraba el centro del mundo. Para lograr su cometido, soltó dos águilas a la vez, una desde el extremo oriental del mundo y la otra, desde el extremo occidental. Las aves volando a la misma velocidad, se encontraron en Delfos, a los pies del Monte Parnaso. Allí, el dios colocó una piedra a la que llamó Omophalos, el ombligo del mundo. Con el venir de los tiempos, su hijo Apolo, mató a la serpiente Pitón, apoderándose de su sabiduría y creando allí el que se convertiría en el centro religioso más poderoso de la antigüedad, el Oráculo de Delfos.

Reyes, generales y aldeanos por igual, venían desde todos los confines del mundo a consultar el oráculo y pedir consejo. Las respuestas solían ser presentadas de una manera tan ambigua que podían dar lugar a diferentes interpretaciones. Como Creso, rey de Lidia, quien antes de embarcarse en una guerra con los persas, consultó el oráculo y recibió como respuesta Si cruzas el río Halys (que hace frontera entre Lidia y Persia), destruirás un gran imperio. Creso vio en la respuesta un vaticinio positivo, pero el imperio que cayó fue el suyo.

Incluso Alejandro Magno visitó Delfos en busca de un oráculo favorable para sus campañas de invasión. Ante su sorpresa, la pitia se rehusó recibirlo y le pidió que volviera en otra oportunidad. Alejandro montó en cólera y la arrastró por el cabello hasta el exterior del templo. Se detuvo cuando la mujer gritó ¡Suéltame, eres invencible! Inmediatamente, Alejandro la soltó y sonriendo dijo: ¡Ya tengo mi respuesta!

Heptos pensó que una vez más el oráculo había sido ambiguo. Los demás sacerdotes habían sacado en claro que serían siete los elegidos y lo designaron a él como uno de ellos por ser el Sacerdote de los dioses de más jerarquía. Pero ¿Quiénes serían los otros? ¿Llegarían todos los elegidos a Delfos? Pronto sería el siete de Bysios, el día más importante del oráculo y tal vez Apolo aclarara un poco más su propio vaticinio.

Las palabras de la pitia volvieron a resonar en su cerebro: ¡Miserable Traidor! Aparecerás inesperadamente en el círculo de siete, rezaba la profecía. El sería el líder de un grupo que de antemano pronosticaba un traidor. ¿A quién debería temer? ¿Tendría Heptos el coraje suficiente para desenmascarar al traidor y cumplir su tarea a cabalidad?

Mientras estos pensamientos pululaban su mente, el sacerdote caminaba por la Vía Sagrada, repitiendo la travesía que miles de peregrinos habían hecho con devota fe en los últimos siglos. Esta avenida comenzaba en el extremo sur-oriental de la períbola, la muralla que rodeaba todo el recinto. A la par que sus cansados pies jalonaban sobre las empinadas losas del camino, sus ojos se posaron una vez más en los diversos ‘Tesoros’, pequeños templetes donados por ciudades-estados helénicas de

la antigüedad, que se encontraban a lo largo de la vía.

Todos ellos llenos de oro, plata, joyas y botines de guerras. Tesoros que despertaban la codicia de cada nuevo invasor, tesoros acumulados en época de paz para financiar épocas de guerra.

Delfos había sido destruido en el pasado, pero como el Ave Fénix, renacía de entre sus ruinas. Pero Sila quiere algo más que oro, plata y joyas, él lo sabía con certeza. Sila buscaba el Tesoro, el verdadero tesoro. El Tesoro que debían salvar. Este era el momento de actuar, tal como acaba de vaticinar la pitia, era el momento de salvar el legado para futuras generaciones.

Con estos pensamientos en su mente, el anciano sacerdote llegó finalmente hasta el templo de Apolo. Se sentó sobre un banco de piedra en la terraza que daba la entrada al santuario, al lado de la magnífica estatua dorada del dios. Su mirada se posó una vez más sobre la efigie y después de contemplarla detenidamente, una duda asaltó su mente. ¿Seré yo el traidor?

Finalmente, después de haber culminado su largo paseo, Heptos llegó a la edificación donde se encontraban sus aposentos. Entró a su habitación y le dijo a la doncella que se encargaba de su cuidado:

-Dile a Cleantes que venga de inmediato -. La doncella marchó presurosa y al poco tiempo entró en la habitación un hombre de mediana edad, de contextura delgada pero fuerte.

-¿En que puedo seros útil, mi señor? - preguntó diligentemente.

-Cleantes, mi fiel sirviente, el momento ha llegado - dijo Heptos-. Necesito que lleves un mensaje con el mayor sigilo posible. Nadie, absolutamente nadie, debe saber de tu encomienda. Debemos alertar a aquellos que deben ser prevenidos con el tiempo necesario para que se alisten. Yo esperaré aquí a aquellos que deben reunirse -. Heptos hizo una pausa, antes de continuar -: Confío en tu discreción y en la fidelidad que siempre me has profesado.

-Señor, sabéis que podéis confiar en mí - dijo Cleantes haciendo una pequeña reverencia -. Daría mi vida por vos, pues es a vos a quien la

debo - y luego en voz baja preguntó-: ¿Cuál será mi destino?

Y lanzando un suspiro, Heptos dijo:

-Alejandría.

Pero mis queridos amigos, no todos los relatos comienzan donde se cree. Las historias no son paños con puntadas al azar, sino lienzos tejidos con precisión milimétricas. ¿Tejidos por quién? Los griegos pensaban que eran las moiras, tres hermanas ciegas, sordas y mudas que delante del telar tejían la vida de los míseros mortales, un hilo a la vez.

Yo, a través de todos estos años, pienso que el universo es un telar que funciona de otra manera. Dioses o no, lo que es un hecho innegable es que el entrelazado funciona con exquisita precisión y a veces algunos sucesos aislados son, en realidad, hilos de un mismo paño que eventualmente reflejan un patrón exquisito en la tela.

Cuando la pitia lanzó su oráculo, la rueca trabajaba incansablemente. Otros acontecimientos habían sucedido para dar lugar a su profecía y la profecía misma era un hilo más que se enroscaba en el telar. Esta historia no comenzó realmente en el invierno del 87 A.C., sino diecisiete años antes...

CAPITULO 2

Zoe caminaba con cautela entre las estrechas sendas rocosas, teniendo cuidado de no resbalar y lastimarse con las afiladas piedras. No era fácil llegar hasta el Ponto Euxinus, el mar interior de aguas oscuras y tranquilas que constituía la frontera norte de su nación. El acceso desde el interior del continente hacia la costa, era limitado a causa de una cordillera escarpada con valles estrechos, que trabajosamente desembocaban a la orilla de la playa. Debido a estas condiciones geográficas naturales, la región se encontraba aislada. Era ésta precisamente la razón por la que sus antepasadas escogieron esta zona para su asentamiento.

Todavía el sol brillaría durante unas pocas horas más, pero la luna, haciéndole competencia, ya se había asomado sobre el firmamento. Artemisa, la Diosa Cazadora. Al verla recordó que dentro de un ciclo lunar, se llevaría a cabo la ceremonia de iniciación que la convertiría finalmente en una verdadera amazona.

Había presenciado numerosas ceremonias durante su vida y sabía exactamente lo que le ocurriría. Le amputarían el seno derecho, el cual se consideraba una molestia para usar el arco; le colocarían la armadura de

oro dado su linaje real y sería la encargada de sonar el Cuerno Sagrado, liderando así al cuerpo de las Arqueras, uno de los honores más grande que podía tener una amazona; después de ser reina, por supuesto. Debería sentirse orgullosa, Hipólita tenía grandes expectativas puestas en ella. Con el venir de los años, Zoe sería la candidata por excelencia a convertirse en reina.

Mientras caminaba, un sentimiento amargo cobraba forma en su pecho, ¡No quería ser una amazona! No quería dedicar su vida entera a entrenamientos de arco, hacha y combate, para al llegar a vieja, tener que cuidar niñas que no eran suyas y entrenarlas en las mismas artes de guerra que tan poco le complacían. Además, estaba el espinoso asunto de desprenderse de los varones. Zoe no había sido madre todavía, pero le parecía espantosa la idea de separarse de un hijo, aunque éste perteneciera al sexo equivocado.

Una sensación de rebeldía la embargó, no quería este tipo de vida, quería otra cosa, pero ¿Qué otro tipo de vida podía tener la hija de Hipólita?

Absorta como estaba en sus pensamientos, no fue hasta que levantó la vista que divisó el mar. Era una gran extensión azul oscura de aguas tranquilas, semejantes a las de un lago; tímidas olas escupían espuma sobre la orilla rocosa. Bajó con paso ligero por la pequeña cuesta que la separaba de la orilla y al llegar a terreno plano comenzó a correr sobre la arena de la playa. Cuando sus pies tocaron el agua, se quitó las sandalias, la corta faldilla de cuero y el bustier, los lanzó detrás de sí y se sumergió desnuda en el remanso de paz que se abría delante de ella.

Nadó muchísimo, deseando que el mar lavase los pensamientos que azotaban su mente. Dio grandes brazadas hasta llegar a un risco valiente y solitario que se encontraba mar adentro, desafiando la superficie plana de las aguas. Cuando los brazos comenzaron a dolerle por el cansancio, decidió volver a la orilla. Se tendió en la arena de aquella playa solitaria y mientras el sol secaba su cuerpo mojado, se quedó dormida debido al ejercicio realizado.

La despertó algo cálido y húmedo en la mejilla. Lentamente con unos párpados demasiados pesados abrió los ojos, pero una luz brillante la encegueció y tuvo que cerrarlos de inmediato. Mantuvo los ojos cerrados un largo momento, recuperándose. Volvió a abrirlos con precaución y pudo, finalmente, observar aquello que la había despertado.

Era un caballo espléndido. Su piel era de un color blanco muy brillante, tan brillante que parecía de plata. Sus crines, largas y doradas, refulgían bajo la luz del sol. Era el animal más bello que había visto en su vida.

Toda amazona lleva en sus venas y escrito en su piel, el amor por los caballos. Se puso de pie y comenzó a acariciar la cabeza del animal, el

cual en todo momento permaneció muy quieto frotándose contra ella. Un deseo irresistible se apoderó de Zoe, de un salto montó al caballo, y la bestia siguiendo su propia voluntad, se encaminó a la orilla de la playa.

Comenzó como un suave trote, pero poco a poco, se convirtió en una carrera vertiginosa; el caballo galopaba a gran velocidad y sus cascos de plata levantaban estelas de espuma a su paso. Zoe chorreaba felicidad por todos los poros. Jamás, en todos sus años de entrenamiento, había montado una bestia tan rápida y fuerte. Sobre su lomo, sentía que volaba por los aires; se olvidó de los problemas que pesaban sobre su alma y por un momento se convirtió en parte de la espuma, de la tarde, del entorno. Por primera vez, sentía la alegría de vivir, de ser joven e irresponsable, de poder hacer realmente lo que quería.

Repentinamente el galope terminó y se vio en el mismo paraje donde había conseguido al caballo, o mejor dicho, donde el caballo la había conseguido a ella. Estaba acostada sobre la arena con sus ropas tendidas al lado suyo.

Todavía confundida, se vistió. ¿Habría sido un sueño? Dirigió su mirada a la orilla de la playa. No había huellas de ningún animal sobre la arena. ¡Qué extraño! pensó, ¡Había sido una experiencia tan real! Cavilando sobre su sueño comenzó a dirigirse con pasos lentos a Temiscira, hacia el palacio donde su madre seguramente la estaba esperando.

Pilomene estaba paseando en compañía de su esposa, la reina Valia y su hija mayor, Toula. Mientras escuchaba, sin hacer caso, la banal conversación de las dos mujeres, pensaba preocupado en el futuro de su reinado, pues aún no había decidido quién sería su heredero.

El era el soberano de Paflagonia, una de las primeras naciones de la región de Anatolia. Con más de mil años de antigüedad, había sido nombrada por Homero en la Ilíada como aliada de Troya. Delimitaba al norte con el Ponto Euxinus, y los ríos Pantenius y Halys formaban las fronteras naturales, en el oeste y este del territorio, respectivamente. Sus tierras, estratégicamente ubicadas, eran paso obligado de los ejércitos que se trasladaban de Asia hacia Europa. Cientos de años atrás, los griegos y los persas se enfrascaron en diversas batallas por su dominio, y en la actualidad, el ambicioso rey del Ponto, Mitrídates VI, tenía intenciones de comenzar una campaña para apoderarse de toda la región.

Pilomene no había sido bendecido con el privilegio de tener hijos varones, por el contrario, los dioses le habían dado seis hijas hembras. Sin embargo, él supo sacar provecho de la situación y casó a sus hijas con cada uno de los príncipes herederos de sus reinos cercanos. Una estrategia muy inteligente que le garantizaba un equilibrio de poder en la zona y el hecho de contar con yernos influyentes que darían la cara por él, en caso de necesidad. Una estrategia que habían usado sus antepasados en la antigüedad y que había ayudado a la longeva sobrevivencia del reino.

A pesar de haberlo planeado todo minuciosamente, su estrategia no resultó tan exitosa como había esperado. La mayor de sus hijas, Toula, fue repudiada por su marido. Toula no era una mujer fea, pero su insoportable carácter y el tono de voz que utilizaba para expresarlo, eran suficiente para volver loco de desesperación a cualquier hombre que estuviese a su lado.

Toula era medianamente alta, de piel blanca, cabellos oscuros y rizados, que empeñaba en aclarar con pócimas extrañas para parecer una rubia diosa del Olimpo. Contrario a sus deseos, el aspecto de su cabellera recordaba a la paja seca. Era delgada de torso y tenía dos limones secos por pechos. Lo que los dioses no le habían dado en senos, se lo habían retribuido con un exceso de caderas, muslos y tobillos. De lo ancho de sus tobillos se hacían chistes en todas las tabernas de los pueblos vecinos.

No importó el hecho de que la dote de Toula fuese una de las más altas que se recordara en la región, Felon no pudo soportar más de siete años tal reptil a su lado. Aunque tuvo que endeudar hasta el último denario de su reino para devolver la dote y consciente de que su acción podría traerle funestas consecuencias políticas, la mandó de vuelta a casa de sus padres, con la excusa de que no era capaz de engendrar un heredero.

Aunque nunca lo admitiría en público, Pilomene entendía perfectamente a su antiguo yerno y no se creó ninguna enemistad entre ellos. El rey le agradecía los siete años que la mantuvo fuera de su casa y Felon se compadecía del pobre padre que tenía que volver a compartir el techo con Toula. Paradójicamente, Pilomene tenía en Felon su más firme aliado.

Pilomene pensó en los avatares del destino, de sus seis hijas, la mayor Toula y la menor Rikae, eran las únicas que le traían quebraderos de cabeza. Las otras cuatro estaban felizmente casadas y rebosaban de niños inquietos y gritones, que no daban oportunidad a sus respectivas madres de tramar nada malo; eran cuatro mujeres abocadas a su labor de madre y fieles esposas. Tenía que reconocer que se sentía muy orgulloso de todas ellas.

Por el contrario, Toula era malcriada y con estúpidos aires de princesa ofendida. La menor de sus hermanas, Rikae, era ambiciosa y sin

escrúpulos. Rikae es totalmente diferente, pensaba Pilomene mientras movía la cabeza de un lado a otro. Era sin duda alguna, la más inteligente, manipuladora y egoísta de sus hijas.

Una buena estrategia podría ser ofrecerla como esposa a uno de los hijos varones de Mitrídates. Tal vez con esta alianza, el rey del Ponto calmase la sed que tuviese de Paflagonia, dándola ya por conquistada y dirigiría sus afanes de invasión a otros reinos de la zona. En la negociación nupcial, él asomaría delicadamente la idea de que la designaría como su sucesora, sin poner nada por escrito, por supuesto. Una vez desposados, el conquistador pensaría que Paflagonia ya pertenecía a su territorio, al ser Rikae, la futura heredera. Solo él sabría que su hija nunca heredaría su reino.

Pilomene sabía que en tiempos de turbulencia política, todo era cuestión de tiempo. Un soberano ambicioso que pensaba enfrentarse a los romanos de forma violenta no tendría una larga vida. Dudaba que muriese tranquilo, de viejo, frente a la chimenea rodeado de sus familiares. En cambio él, sin participar en ningún conflicto bélico, podría mantener el control de sus súbditos hasta su muerte. Pero, entonces, a mi muerte, ¿Quién heredaría? Se preguntó por enésima vez.

Su esposa, la reina Valia, quería que nombrase heredera a Toula, por ser la primogénita y su hija favorita, pero esta acción generaría más problemas que soluciones. Por un lado, Toula no tenía la capacidad de gobernar un reino, y por otro, no solucionaba el problema de fondo, pues ella a su vez, tendría la misma disyuntiva que él estaba teniendo ahora, pues aparentemente, su vientre seco no le permitiría engendrar un heredero.

Absorto como estaba en sus pensamientos, no reparó en el sirviente que se acercaba. Este se paró a una distancia protocolar y tratando de llamar su atención dijo en tono formal:

-Un mensajero pide verle, mi señor.

-¿Un mensajero? Que lo reciban en el pabellón del jardín- respondió Pilomene.

Tomó del brazo a su esposa y se dirigió a una gran tienda de estilo oriental, que se encontraba en medio de los jardines del palacio. Este pabellón se armaba únicamente durante el verano, para que el rey pudiera descansar del ejercicio que hacía al caminar en los meses de calor.

Pilomene estaba sentado en el interior de la tienda tomando un poco de agua fresca de una copa enjoyada, cuando una mujer alta, de contextura atlética y andar seguro, entró al interior del pabellón. Estaba vestida con

una armadura de plata hasta la cintura y una falda corta de tiras de cuero. Llevaba sobre el hombro el arco y un carcaj vacío; los guardias la habían desarmado antes de presentarse ante el rey.

Resuelta y con voz fuerte, le preguntó:

-¿Eres el rey Pilomene?

Pilomene asintió.

- Traigo un mensaje urgente, de parte de mi señora Hipólita, la reina de las amazonas.

La ceremonia se llevaría a cabo en tres días. Todas las jóvenes amazonas estaban emocionadas con los preparativos del que sería el día más importante de sus vidas. Todas la jóvenes guerreras estaban enfocadas en la tarea de pulir escudos hasta que brillaran como espejos, afilar hachas hasta que cortaran un cabello por la mitad y preparar flechas para llenar cada carcaj hasta el tope. Solo Zoe andaba cabizbaja y meditabunda, solo sus enseres reposaban sucios y sin pulir, abandonados en el suelo.

Agarró con desgano su pelta, el escudo liviano en forma de luna creciente, utilizado por las amazonas. Le dedicaban tanto tiempo a pulirlo que, en plena batalla, el brillo enceguecía a sus enemigos. Al ver su rostro reflejado en él, tomó la decisión. Con paso decisivo se dirigió al Palacio Real donde su madre, la reina Hipólita, se encontraba presidiendo el Concilio de las Guerreras.

El Palacio Real era una edificación que imitaba las líneas del Templo de Artemisa en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo y un monumento que las amazonas habían ayudado a edificar. De dimensiones menores, mantenía las mismas proporciones y había sido construido en su totalidad con el mármol rojo de la zona. La cella era alargada y estrecha, y al fondo había un baldaquín, en el que se hallaba la estatua de Artemisa, la Cazadora Virgen, diosa a la que las amazonas le rendían culto.

Delante de la estatua se encontraba el trono de la reina y a su alrededor formando un semicírculo estaban las sillas destinadas a las amazonas que presidían el concilio. Hipólita se encontraba sentada en su trono, imponente con la estatua de la diosa a sus espaldas, cuando Zoe la

interrumpió:

-Madre, quisiera hablar contigo ahora.

Todos los rostros de la habitación se volcaron molestos hacia la inoportuna muchacha.

-Esta reunión ha finalizado - dijo Hipólita dirigiéndose a las mujeres que se encontraban reunidas mientras le dirigía una mirada enfadada a su hija debido a su falta de formalidad.

Disgustadas por la interrupción, pero sin querer contrariar una orden de la reina, todas las mujeres salieron del recinto. Las mujeres iban pasando al lado de Zoe, mientras abandonaban la estancia con gesto altivo y actitud desaprobadora. La muchacha tomó del brazo a la última de las amazonas que estaba por salir.

-No, Lisipe, no te vayas, por favor- le pidió en tono suplicante.

Lisipe era una excelente amazona que había destacado por su habilidad guerrera. Contemporánea con Hipólita, había sido desde pequeña, la mayor competencia que ésta enfrentó para llegar a ser reina. La constante rivalidad entre las dos mujeres llegó a ser motivo de preocupación en la comunidad. Sin embargo, cuando el Concilio de las Guerreras decidió por unanimidad que Hipólita fuese soberana, Lisipe asumió su derrota de una manera estoica y con el venir de los años se convirtió en la mejor consejera de su adversaria.

Desde muy temprana edad, Zoe y Xanthe, la hija de Lisipe, se volvieron amigas inseparables. Las niñas traviesas se escapaban de sus entrenamientos para comer frutas de los árboles y organizar mágicas excursiones en los bosques vecinos. A las dos les encantaba montar a caballo y aunque Zoe siempre era más rápida, frenaba su montura para llegar juntas a la recta final y no hacer sentir mal a su amiga. Xanthe, por su parte, se comportaba de igual manera en la lucha con armas. Aunque en esa disciplina ella era mucho mejor, nunca vencía a Zoe, sino que se declaraban en paridad justo antes de la estocada que le daría la victoria. Estas actitudes sacaban de quicio a Hipólita, pues sucedían mientras su rivalidad con Lisipe estaba en su apogeo.

Zoe era dulce, despreocupada y soñadora y Xanthe era disciplinada, responsable y amaba todas las facetas de ser una amazona. Lisipe dedicaba mucho tiempo a entrenar a las dos niñas por igual, sin darle preferencias a su hija. Era una maestra estricta pero comprensiva, sabía como premiar o castigar sin enaltecer demasiado o penalizar en exceso el ego de sus estudiantes.

Zoe la adoraba y secretamente había deseado fervientemente que Lisipe hubiese sido su madre, así Xanthe hubiese sido una verdadera hermana de sangre. La muchacha encontraba en la progenitora de su compañera, el afecto y el apoyo que nunca consiguió en su propia madre.

-Zoe, ¿Qué puede ser tan importante para que interrumpas una reunión de la Asamblea?- preguntó, aún molesta, Hipólita.

Sin preparar a la reina para lo que estaba presta a oír, Zoe, viendo directamente a los ojos de su madre, dijo:

-Estoy embarazada.

Hipólita se quedo atónita. Perdió el habla por un momento. Haciendo un evidente esfuerzo por mantener la calma, le preguntó:

-¿Cómo es posible? ¿Dónde has conocido varón? Está prohibido yacer antes de la ceremonia de iniciación-. Hipólita movía la cabeza de un lado a otro con desesperación-. Además, una amazona solo puede conocer varón dentro de nuestros ritos. Tenemos acuerdos con ejércitos vecinos, solo puedes yacer con un soldado escogido…

Zoe la interrumpió:

-Madre, te juro por la diosa, que no he estado con ningún hombre…- tenía ganas de llorar por la impotencia, pero se contenía. Su madre nunca hubiese perdonado una lágrima. Quería que su madre le creyera, ella no había cometido ninguna falta en contra del código de las amazonas. Ella no había yacido con ningún varón.

-¡Deja de gimotear! ¡No me avergüences! - dijo molesta Hipólita. Y luego con semblante preocupado continuó: -Esto complica muchísimo tu iniciación…

-Madre, ¡No quiero ser una amazona!-. A pesar de su vergüenza, a pesar del profundo dolor que le causaba desilusionar a su madre de esta manera, Zoe no contuvo por más tiempo sus deseos.

Hipólita se derrumbó sobre su trono. No podía creer lo que estaba escuchando. En un instante, su única hija, su gran orgullo, en quien tenía puestas todas la esperanzas de su sucesión, le decía que había cometido una grave falta y además le pedía algo que solo la llevaría a la expulsión de la comunidad.

-Quiero tener este niño- continuó Zoe retadora-. Si es varón, ¡No pienso entregarlo!-. La rebeldía que había acumulado durante toda su vida se destapó e Hipólita vio por primera vez a su hija defender una causa con

pasión y fuerza.

Sin embargo, la afrenta era demasiado grande, orgullosa levantó la mano para darle una bofetada, pero Lisipe intervino. Manteniendo la mano de la reina en el aire dijo:

-¡Ya basta! Zoe, retírate. Déjame hablar a solas con tu madre.

Zoe salió lentamente del recinto, con la cabeza alta y el ánimo renacido. Lisipe se quedó a solas con una Hipólita confusa y adolorida. Las dos mujeres, hermanas de batallas, se vieron fijamente a los ojos.

-No sé por qué estás tan sorprendida. Tu sabías muy bien que esto iba a ocurrir, pero te negaste a ver las señales desde el principio-. Lisipe dio vueltas por el recinto para tratar de aflojar la pesadez del ambiente -. Zoe nunca presentó ningún interés por las armas. Le impusiste un entrenamiento atroz que logró superar, pero ella no heredó tu sangre guerrera… ni tu ambición – terminó suavemente.

Lisipe conocía la situación desde hacía pocos días cuando Zoe se acercó a ella en búsqueda de consejo. Desde ese día se había pasado las noches debatiendo de qué manera le podían comunicar a Hipólita la noticia. Al parecer, Zoe no quiso esperar a tener algún plan de acción y le soltó la noticia a una desprevenida Hipólita. Lisipe la conocía muy bien y sabía que trataría de hacer cambiar de opinión a su hija de cualquier manera. Su mayor sueño desde que Zoe nació, fue convertirla en su sucesora y ahora su propia hija le había dejado claro que no quería ese destino.

-Además, los tiempos están cambiando apresuradamente, sabes que nuestro fin esta próximo. Cada vez son más los reinos que nos son antagónicos y que quieren apoderarse de estas tierras. Solo la diosa sabe cuanto tiempo más podremos contener a nuestros enemigos. Tal vez haya alguna esperanza para nosotras, si ella da a luz a esa criatura lejos de aquí.

Hipólita lanzó un suspiro. En su cara no se veía la soberbia de siempre, la tristeza y desilusión visitaban por primera vez la faz de la reina.

- Lo que dices solo tiene sentido si da a luz una niña- dijo con tono amargo- y ya le oíste, quiere con toda su alma que lo que está creciendo en su vientre sea un varón.

El rostro de Hipólita estaba contraído, eran demasiadas cosas sucediendo a la vez, su hija embarazada, la ceremonia de iniciación, la decisión de Zoe ¿Cuando había comenzado todo esto? ¿Es qué fue la única que no se dio cuenta de los sentimientos de Zoe? Y además, estaba el espinoso

asunto del bebé...

-¿Cómo pudo quedar embarazada?- preguntó.

-Zeus- respondió Lisipe-. Al igual que lo hizo con Danae cuando se convirtió en lluvia de oro y engendró a Perseo, o cuando se convirtió en toro y sedujo a Europa. Esta vez escogió la forma de un caballo. Un caballo blanco con crines de oro y cascos de plata. Una brillante idea para conquistar a una amazona.

Hipólita soltó una risa acre al escuchar el comentario cínico de Lisipe. El astuto de Zeus, sabía adaptar la forma que mejor seduciría a su presa. El problema era que esta vez la víctima fue su propia hija.

Moviendo la cabeza con desesperación de un lado a otro, comenzó a gritar-: Pero, mi hija… ¿Por qué mi hija reniega lo que somos?- Hipólita no podía resignarse a los hechos.

-Las moiras tejen tapices rectos con hilos torcidos -. Era tan difícil convencer a alguien tan tozudo como la reina de las amazonas.

El recinto se llenó con el silencio de las dos mujeres. La estatua de Artemisa refulgía blanca y brillante bajo la luz del sol que entraba en la estancia desde distintas aberturas que había en el techo. En esta estatua, la diosa estaba representada como una muchacha joven, fuerte y atlética que se preparaba para una cacería nocturna. Hipólita la vio fijamente, pidiéndole ayuda en silencio para enfrentar el problema. Su semblante comenzó a cambiar lentamente, mientras una idea comenzaba a formarse en su cabeza. La arruga de su frente desapareció y levantándose resuelta, dijo:

-Tenemos que llamar al Concilio. Pronto habrá que elegir a mi sucesora-. Mirando a Lisipe directamente a los ojos, le dijo: – De todas es sabido que Xanthe, tu hija, es la mejor guerrera de la generación que se inicia.

Tendiéndole la mano a su antigua rival, dijo:

-Lisipe, hemos crecido juntas y a pesar de nuestra rivalidad, te has convertido en la mejor consejera que podría tener una reina. Eres la única persona en la que confiaría mi bien más preciado. Hagamos un pacto: yo haré de tu hija una fantástica amazona y una reina que tomará mi lugar cuando el momento sea propicio-. Una promesa hecha. Una promesa a la que dedicaría su vida.

-¿Qué quieres a cambio?- preguntó Lisipe, conocía demasiado bien a Hipólita para saber que ella no daba nada, sin recibir algo a cambio.

-Yo cuidaré de tu hija y tu cuidarás de la mía. Te marcharás con ella y te asegurarás de que se cumpla su destino... cualquiera que éste sea - dijo Hipólita con un dejo de tristeza en su voz. La soberbia reina jamás lloraría, y menos en frente de Lisipe.

-¿Adónde nos vas a enviar?- preguntó. El pacto había sido aceptado. Un profundo orgullo llenó el corazón de Lisipe, Xanthe, su hija, algún día sería reina.

-¿Adónde más, si no con su padre?- contestó Hipólita.

Pilomene leyó varias veces el mensaje que le había entregado la amazona. ¡Había tenido una hija con Hipólita! No podía creerlo. Un tropel de imágenes danzaron en su mente, los recuerdos de aquella noche de luna llena cuando era joven y un soldado más en el ejército de su padre.

Era una costumbre en su reino, desde tiempo inmemorial, unir ciertas noches de luna llena, a las jóvenes y más fuertes amazonas con los más gallardos jóvenes del ejército. Nueve meses después, cuando las amazonas daban a luz, se quedaban con las niñas y devolvían los varoncitos al rey. Estos niños eran cuidados con mucho esmero y rápidamente eran entrenados, desde una edad muy temprana, para formar parte de un cuerpo élite del ejército.

Este era un acuerdo beneficioso para ambas partes, pues a las amazonas les garantizaba su perpetuidad y al rey le proveía de futuros fuertes guerreros; además bajaba los niveles de prostitución en el reino y mantenía alta la moral de sus soldados.

Pilomene conoció a Hipólita cuando ésta tenía quince años. Había llegado al palacio de Gangra, en compañía de su madre, Pentesilea. La recordaba con sus ojos negros desafiantes y su cabellera roja como un arrebato de furia. Estaba desconcertada por lo que veía en el palacio, era evidente que era un mundo nuevo, desconocido, que se abría ante sus ojos.

Cuando su madre entró al consejo y ella se quedó sola, sin chaperona, él se presentó y la invitó a dar un recorrido por el palacio. Hipólita lo veía desconfiada mientras él le mostraba los salones y las demás habitaciones. Llegaron a los jardines y después de pasear un poco por ellos, se sentaron bajo un gran árbol a descansar.

- ¿Dónde os entrenáis? – preguntó curiosa.

-Los soldados se entrenan lejos de aquí. Mi padre mandó a construir un recinto fuera del palacio para ese fin.

-¿Dónde te entrenas tú? – preguntó sorprendida.

-Uno de los generales de mi padre viene a darme clases de esgrima y lucha cuerpo a cuerpo, tres veces a la semana. Un profesor de filosofía, astronomía y matemáticas viene los días restantes.

-¿Es que acaso el hijo del rey no se ejercita todos los días? – se mofó soberbia, la joven Hipólita -. Con razón tienes una contextura suave y débil para ser el heredero del trono de tu padre.

El orgullo masculino de Pilomene se sintió herido de muerte.

-¿Débil? Agradece a los dioses que eres una damisela y que me encuentro bajo las sagradas leyes de la hospitalidad, sino en este momento, te daría una paliza que no te parecería nada debilucha –dijo con furia.

-¡Te escudas en la excusa de ser anfitrión! –replicó la joven. Y luego, viéndole burlona, le dijo: -Pues, demuéstrame que eres un hombre de batalla. Te reto a una carrera, de esta manera no faltarías a tu noble papel y te demostraría, lo débil que eres comparado con una verdadera amazona –. Hipólita lanzó el desafío al aire.

Pilomene aceptó sin pensarlo siquiera. Acordaron que correrían desde la parte oriental de los jardines hasta la entrada de las caballerizas, una distancia que Pilomene nunca había corrido con anterioridad. Se colocaron en la marca de salida e Hipólita dio la largada.

Apenas salieron, Hipólita le adelantó velozmente. Pilomene estaba corriendo detrás de ella, apreciando la línea de su espalda y lo esbelto de sus piernas. La muchacha era demasiado rápida, sabía que no podría ganarle, así que escogió la decisión que haría quedar mejor parado a su orgullo masculino. Tomando todo el impulso del que fue capaz, se abalanzó sobre ella desde atrás y la lanzó al suelo. Rodaron uno sobre otro hasta que quedaron acostados en la tierra, él sobre ella, con las caras frente a frente. Podía sentir su rabia y lo suave de su cuerpo bajo el suyo. Ella comenzó a forcejear, pero él trató de mantenerla inmóvil bajo su peso.

-¡Tramposo, como no me pudiste ganar, optaste por derribarme! –dijo escupiendo las palabras.

-No has oído decir, querida damisela, que en el amor y en la guerra, todo

vale.

-¿Qué tiene que ver el amor con todo esto? –preguntó con rabia Hipólita.

-Nada, tal vez -dijo Pilomene dándose cuenta de que la idea que había pasado por su mente, de forma fugaz, sería imposible. Ella era una amazona, una mujer que jamás se sometería a un varón. Pero no podía negarse a sí mismo, lo agradable que se sentía, con el cuerpo suave de esta mujer bajo el suyo.

Mientras hablaban, Hipólita se quedó quieta y confiado, Pilomene aflojó la presión sobre ella. Era extraño observar esta Hipólita quieta y sumisa. Tal vez, ella también estaba disfrutando el contacto.

Pero se equivocaba. Súbitamente, sintió un dolor agudo en sus entrañas. Hipólita había aprovechado su distracción y le había dado un rodillazo fortísimo en sus partes. Un dolor agudo le inundó la entrepierna y se expandió velozmente a través de sus muslos. No pudo resistirse cuando Hipólita le empujó y rodó de lado. La muchacha se puso de pie rápidamente. Se le quedó mirando fijamente, con los cabellos rojos despeinados por la carrera y el revolcón.

- Es solo en la guerra donde todo se vale.

Y caminando se dirigió al palacio, dejándolo chillando de dolor, sobre la hierba.

La segunda vez que la vio fue en una noche de luna llena, la noche dispuesta para la cita entre las amazonas y los soldados del ejército. El encuentro entre los soldados y las jóvenes se realizaba en un bosquecillo consagrado a Artemisa que se encontraba en la frontera entre las dos naciones. La más gallarda de las amazonas hacía sonar el Cuerno Sagrado y mientras las notas llenaban el ambiente, las muchachas se desperdigaban en el bosque. Al terminar el sonido, los soldados entraban y buscaban a las jóvenes entre los árboles, con el beneplácito de la luz de luna que los iluminaba.

Dado su linaje y la reputación que se había ganado con sus hazañas, Hipólita había sonado el cuerno y por lo tanto había sido la última en entrar al bosque. Pilomene sabía que debía buscarla; era un acuerdo

tácito que la hija de la reina se guardara para el hijo del rey.

Comenzó a tantear el terreno, como si se preparase para una cacería. Buscó el rastro de pisadas sobre el suelo y fue adentrándose en el bosque, sabía que encontrar a Hipólita no sería una tarea fácil. Vio un rastro de pasos y lo siguió, las pisadas morían al pie de un gran árbol de grueso tronco, miró hacia arriba y por las hojas estrujadas dedujo que alguien había estado allí hacía poco tiempo; seguramente espiándole desde la altura y riéndose de él, mientras le buscaba.

Pero no había podido ir muy lejos, sabía que había sido la última en ingresar y esto le daba poco tiempo para haberse adentrado mucho más en las profundidades del bosque. Él también era un cazador consumado, había aprendido a cazar con su padre desde que era un niño y cierto instinto le permitía oler que la presa estaba muy próxima. Se quedó quieto por unos minutos, sin hacer ruido, si su razonamiento no le fallaba, ella debería estar escondida muy cerca de aquí. Comenzó a pasear la vista alrededor del árbol, buscando posibles escondites para la muchacha. De repente lo vio, fue solo un pequeño destello. Artemisa, cómplice de Pilomene, le estaba ayudando esta noche. Hipólita se había movido imperceptiblemente pero, la boquilla de Cuerno Sagrado, labrada en plata, había brillado a la luz de la luna.

Hipólita se dio cuenta de inmediato que Pilomene había descubierto su escondite, veloz como un rayo, se puso de pie y comenzó a correr, como lo había hecho tiempo atrás. Al igual que tiempo atrás, él comenzó a seguirla. Y usando la misma treta que le dio tan buen resultado, una vez más, se abalanzó sobre ella y la derribó.

Esta vez no hubo forcejeo, los dos se quedaron tendidos sobre la hierba, Pilomene sobre Hipólita, viéndose fijamente a los ojos. ¡Cuanto había madurado desde aquella vez! A pesar de ser una mujer atlética, Hipólita poseía ahora un cuerpo con curvas más pronunciadas, curvas que una vez más, continuaban amoldándose perfectamente contra su cuerpo de varón.

-¿Te vengarás de mí? – le preguntó.

Pilomene se sumergió en el mar negro de esos ojos, que no podía quitarse de la mente y vio miedo en ellos. ¿Miedo? Tranquila, no te haré daño. Con una sonrisa dulce, le dijo :

- Ya te lo había dicho antes, mi bella damisela, en el amor y en la guerra todo se vale- y comenzó a besarla suavemente mientras aquellas maravillosas piernas, con las que tanto había soñado, lo abrazaban.

Después de aquella noche, esperó nueve meses a la entrega de los varoncitos y siguió con detalle el desenvolvimiento de cada uno de ellos,

pero las amazonas tenían una regla inviolable y absoluta: no había aclaratorias en cuanto a paternidad. Ningún niño llevaba marca alguna o señal que permitiese reconocer quién era su madre o de qué padre había sido procreado, y de las niñas mejor olvidarse, formaban ya parte de la comunidad y no se sabría jamás de ellas.

Ninguno de los varoncitos se parecía a él o a Hipólita. O bien, la muchacha no había quedado embarazada o el fruto de su relación había sido una niña, en cuyo caso no la conocería nunca. Poco tiempo después, su padre arregló sus esponsales con Valia y con el tiempo y la llegada de sus hijas, el recuerdo quedó guardado en lo profundo de su memoria.

Ahora Hipólita le informaba que habían procreado una hija y le pedía que la acogiera en su palacio. Debía estar ocurriendo algo muy grave, para que Hipólita rompiera la rígida tradición y le pidiera que acogiera a su heredera, pensó un tanto preocupado.

-Otra hija hembra- dijo en voz alta. Los dioses le negaban un heredero varón pero estaba feliz, en aquella noche de luna llena había dejado su simiente en esa bravía mujer.

Valia y Toula lo miraron curiosas al oírlo. Instintivamente supo que no sería una tarea fácil, pero acogería y protegería a la muchacha. Se lo debía a la única mujer que había amado en su vida.

CAPITULO 3

El momento había llegado, él y la Palabra se convertirían en un solo ser.

Se encontraba totalmente desnudo, con la cabeza rapada y el rostro afeitado sobre la Piedra Sagrada, esperando la llegada del Consejo de los Sabios. Ellos darían inicio a la ceremonia. Una ceremonia que se remontaba a los comienzos del mundo, cuando la Palabra había sido pronunciada por primera vez.

Una ceremonia secreta, pues pocos podían conocer el Gran Misterio que conducía a la Palabra. Solo unos pocos escogidos… para preservarla de generación en generación a través de los tiempos.

Y él, era el escogido para ser el Portador.

Quería llenarse de valor y no gritar. Sabía que correría sangre, su propia sangre… Pero como digno heredero de su padre, no gritaría, no se movería, no mostraría ningún signo de debilidad.

Una vez que la ceremonia terminase, debería despojarse de sus privilegios, de sus vestiduras, sus sirvientes, sus aposentos. Difícil decisión. Otros no habían soportado el sacrificio que implicaba ser el

Portador, pero él si lo haría. Se juró a sí mismo, sobre aquella Piedra Sagrada que sería un digno heredero de la tradición.

Oyó los cánticos del Corro de los Ciegos que precedían la entrada del Consejo de los Sabios.

La ceremonia ya comenzaba.

CAPITULO 4

La reina Aruza había estado cabalgando sobre su caballo favorito a través del desierto como todas la mañanas. Utilizaba como excusa, el hecho que el ejercicio matutino la mantenía en forma, pero en realidad, era el único momento del día en que podía estar a solas con sus pensamientos y disfrutar de la paz que el paisaje le inspiraba. Llevaba más de tres horas sobre el lomo del animal, el sol comenzaba a alcanzar su cenit y el calor se derramaba en el ambiente. Era el momento de regresar.

Veloz sobre la grupa del caballo, emprendió el camino de vuelta a través del desierto. Sobre el perfil que dibujaba el horizonte con el cielo, Aruza distinguió una masa enorme de roca rosada que se erguía sobre la plateada arena. El sol brilló sobre los gigantescos peñascos rosados, revelando una oscura hendidura entre ellos. Era el Siq, el estrecho desfiladero que hacía de entrada triunfal a Petra, la Ciudad Rosada del Desierto. Sin detener su rápida carrera, se adentró por este legendario camino que tan bien conocía.

El Siq, alto y delgado, estaba flanqueado por inmensos paredones de piedra que llegaban a medir noventa metros en su parte más baja y más de ciento ochenta metros en su parte más alta. Aruza era en realidad un jinete experimentado, pocas personas podían vanagloriarse de ir a tal velocidad por entre ese acceso, pues en algunos puntos de la travesía, la distancia entre las dos paredes alcanzaba apenas los dos metros de ancho.

El trayecto era recompensado con el espectáculo de bienvenida que ofrecía el Al Khazneh, el primer edificio con el que se topaba cualquier viajero, cuando al finalizar el recorrido de más de mil quinientos metros por el Siq, entraba a Petra.

Tallado en la hermosa piedra rosada que conformaba la ciudad, este templo medía treinta metros de ancho por cuarenta de alto. La amplia fachada, esculpida directamente sobre la piedra, poseía seis columnas en la parte inferior, rematadas en sus capiteles con hojas de acanto, como en los templos dedicados a los dioses del otro lado del Mare Nostrum. El dintel era lo único de inspiración local, en vez de seguir la línea triangular de los frontones clásicos, éste se quebraba en el centro, para darle

espacio a un templete circular terminado por una urna.

Después de observar con admiración la fachada del edificio, se encaminó a la calle principal bordeada de edificios también tallados en la roca. Petra, pensaba mientras miraba con orgullo a su alrededor, una de las ciudades más bellas que ha existido jamás. El color de su piedra era indescriptible. En un principio se podía decir que era de un tono rosado claro, pero dentro de la piedra afloraban vetas que iban del rojo sangre al marrón tostado, creando una explosión de color que era un deleite para los sentidos.

Petra comenzaba a disfrutar de su época de mayor esplendor. Pronto sus territorios irían desde Damasco hasta Gaza, y la ciudad de piedra dominaría las rutas de todas la caravanas que vendrían cargadas de incienso, especias, perlas y marfil.

De repente, Aruza escuchó un llanto suave, apenas perceptible. Tardó unos minutos en darse cuenta de dónde provenía. Dushara, el dios de Petra. Los habitantes de Petra no representaban a su dios con una gloriosa estatua de figura humana, como se hacía en Occidente, sino con un bloque de piedra.

¿No era acaso la piedra, la esencia misma de Petra? ¿No deberían pues, reverenciarlo en la forma sagrada con la que él le dio vida a su ciudad? Es por esto que podían verse grandes bloques cuadrados de espectacular piedra rosada en distintos puntos de la urbe. Los bloques eran la morada del dios y a la vez su altar.

Sobre uno de estos bloques de piedra sagrada, Aruza vio el cuerpecito desnudo de un bebé recién nacido. Con asombro, se dirigió hacia la criaturita que descansaba sobre la dura piedra. Una niña. Para una mujer que había parido siete varones, ver a una niña recién nacida sensibilizaba un deseo íntimo, un anhelo reprimido de consentir, acariciar, besar, mimar. Un anhelo que no le permitían expresar a sus hijos varones.

La envolvió en su manto y tomándola en sus brazos, la acercó a su pecho. Le llamó la atención lo frío de su piel. Parece hecha de piedra, pensó para sí. De piedra también parecía su blanca piel, de un blanco inmaculado como el alabastro. El único toque de color en la niña era la pelusita negra que tenía alrededor de la cabeza… y los ojos. La niña abrió los ojos y Aruza pudo observar que eran de un verde profundo y brillante, como el jade. Con una dulce mueca de su carita, le sonrió.

En ese momento, Aruza decidió que se quedaría con ella. Seguramente la diosa Al´Uzza, mujer como ella, se la había enviado como respuesta a una plegaria solitaria que nunca pudo hacer delante de su esposo, un esposo que solo quería varones fuertes para continuar su estirpe. Debía

agradecerle a la diosa Al´Uzza. Y al dios Dushara, por supuesto.

-Pequeña, ¿De dónde vienes?- le preguntó con dulzura mientras la arrullaba contra su pecho-. ¿Cómo alguien pudo dejarte tan pequeña y desnuda sobre esta piedra?

Y de repente, pasó por su mente la absurda idea de que la había parido la piedra. Definitivamente, también Dushara se la había enviado.

Petra tenía una princesa.

CAPITULO 5

Mitrídates, el sexto de su nombre, vio como la piel del pobre infeliz, a quien sus hombres habían obligado a tomar el veneno, se iba tornando azul. La lengua comenzó a hinchársele, y al parecer la garganta también, pues emitía ruidos guturales tratando de aspirar un aire que aparentemente no llegaba a sus pulmones.

Estaba en su laboratorio personal, una sala en el ala oeste de su palacio alejada de todos los eventos de la corte. Era una habitación sin ventanas, la única abertura la constituía el dintel de la pesada puerta con cerrojo de hierro que blandía la entrada. Nadie podía entrar allí, solo él y el estricto círculo de su Guardia Real. No quería que absolutamente nadie conociese sus secretos.

Sobre una vasta mesa de madera, habían un sinfín de tarros de vidrio y cerámica con distintas hierbas, fluidos animales y demás menjurjes. Un arcaico alambique se encontraba cerca de la chimenea y un extraño olor a azufre llenaba la estancia.

El envenenado, un delincuente sacado de las cárceles, estaba a punto de morir, pero el rey quiso esperar hasta el último minuto para comprender a cabalidad el efecto del veneno. Cuando se percató que si tardaba un segundo más perdería la oportunidad de probar el antídoto, levantó una mano y un soldado presuroso acercó el cuerpo del moribundo al de su majestad.

Mitrídates con sus propias manos le abrió la boca y derramó el contenido de una botellita de cristal dentro de su garganta. El preso comenzó a gritar mientras el líquido ardía en su garganta, pero el color volvió a sus mejillas velozmente. Daba grande bocanadas, mientras peleaba por atrapar el oxígeno que se negaba a entrar en su cuerpo debido a las fuertes contracciones de su garganta. La lucha duró unos segundos pero inmediatamente, el preso que se había lanzado de rodillas al suelo, pudo sentarse y controlar suavemente la respiración. Se inclinó de lado, vomitó

todo el contenido de su estómago y se desplomó sobre el piso de piedra.

-Denle un poco de agua fresca y déjenle dormir sobre un colchón de paja - dijo el soberano -. No dejen que ingiera nada sólido hasta mañana.

Mitrídates estaba feliz, había probado siete pociones diferentes y en todos los casos la víctima había muerto, pero esta prueba había sido diferente, tenía por fin en sus manos el antídoto universal que tanto había deseado obtener.

Todavía recordaba con nitidez el banquete en el que su padre había muerto envenenado. El tenía solo doce años de edad y desde entonces, éste era uno de los temas recurrentes de sus sueños. Todas las noches, al dormir, veía a su padre riendo y festejando en la gran mesa rodeado de reyes vecinos y aliados, alzando la copa ante las bailarinas que entretenían a los comensales.

Para el banquete real se había sacrificado un buey y éste se cocinaba lentamente en el gran horno de ladrillos del palacio. Incansables sirvientes servían platos de venado salvaje cazado recientemente y bandejas del preciado verdel proveniente del Mar Negro. Fuentes de aceitunas, duraznos y cerezas corrían presurosas sobre las mesas. Escanciadores no se daban abasto para llenar de vino todas las copas de los sedientos invitados que a gritos pedían más del preciado líquido.

Para entretener a los invitados habían venido magos del norte, tragadores de sable y fuego de la India y bellísimas danzantes que bailaban al son de la música que producían las liras, las flautas y los tambores.

En la algarabía de la fiesta, el rey gritó unas frases de alegría y se llevó una copa de vino a los labios. Inmediatamente sus ojos se abrieron redondos como platos y su pecho comenzó a moverse como un acordeón desgastado. Se llevó las manos al cuello en un vano intento de apartar las invisibles tenazas que ahogaban su garganta y súbitamente se desplomó ante la mesa.

La música se había detenido de inmediato y las bailarinas inmóviles miraban absortas a Mitrídates V. Cuando su esposa se inclinó sobre él, ya era muy tarde, el soberano había fallecido.

Mitrídates VI estaba sentado en una mesa lateral, viendo toda esta escena desde la inocencia de su juventud. En medio del alboroto que se produjo, unas manos fuertes lo agarraron y lo jalaron fuera del palacio real. El niño reconoció a Dorylaus, uno de los generales más leales de su padre. Lo sacó subrepticiamente del comedor aprovechando la confusión que se había desatado y montándolo sobre un caballo lo llevó muy lejos del palacio. Cabalgaron toda la tarde y cuando ya era noche cerrada llegaron

a una cabaña en medio de un bosque en Amasia.

- ¿Por qué? -preguntó el chico al general. Era la primera vez que hablaban desde que habían abandonado Sinope, la capital del reino.

-Para protegeros, su majestad -. Fueron las palabras del fiel soldado.

Mitrídates no respondió. Asintió con la cabeza y entró en la cabaña donde un viejo chamán guisaba un estofado en una gran cacerola. Comió lo que le ofrecían y se echó a dormir sobre un colchón de paja que había en una esquina. A partir de esa noche y todas las siguientes de su joven vida, tendría siempre el mismo sueño, la imagen de su padre riendo, mientras se llevaba la copa de vino a los labios y luego la expresión de sus ojos cuando yacía muerto sobre la mesa de banquetes, con su madre inclinada sobre él. La copa de plata, con los restos del veneno, rodando silenciosamente sobre la gruesa alfombra.

Poco después, llegó la noticia de que su madre se había declarado reina regente y había proclamado a su hermano menor Mitrídates Crestos, como sucesor. No eran necesarias más explicaciones, todo estaba claro en la mente del muchacho.

Vivió siete años alejado de la corte, en la cabaña en medio de los bosques. En ese ambiente salvaje aprendió a blandir una espada, a pelear cuerpo a cuerpo, a matar jabalíes con una lanza, a cabalgar briosos corceles... y a urdir una sustancia capaz de actuar como antídoto ante cualquier veneno.

El chamán que habitaba esos bosques, le enseñó el arte de reconocer y mezclar las hierbas adecuadas. A capturar víboras y extraerles el veneno para hacer un aceite que utilizaba en sus mezclas. A tomar pequeñísimas dosis de venenos letales para que su cuerpo se fuese acostumbrando a ellos y se volviese inmune. Fascinado con todo lo que aprendía, el joven Mitrídates, soñaba con encontrar un antídoto universal.

Después de que esos siete años, le dieran coraje y fortaleza, reunió a un grupo de soldados todavía fieles a los ideales de su padre y atacó Sinope. Lo primero que hizo al entrar a palacio fue buscar a su madre Gespaepyris y a su hermano Mitrídates Crestos. Nadie tenía que confirmárselo, él estaba seguro que la mano que vertió el veneno en la copa de su padre fue la de su progenitora.

Ordenó encarcelar a la reina y al príncipe ungido en el calabozo más negro y profundo del palacio. Se hizo personalmente cargo de los alimentos que le suministraban. Poco tiempo después, la reina y el heredero aparecieron muertos debido a una extraña enfermedad producida por la humedad del encierro, o eso decían los médicos reales. Nadie osaría a contradecir la

causa de muerte de una reina caída en desgracia.

Mitrídates organizó funerales reales para ambos y ordenó luto por tres días en la ciudad. Cuando vio el cadáver de su madre sobre el lecho de piedra, la imagen de su padre asfixiado y cayendo sobre la mesa volvió a su mente. Padre, ya has sido vengado, pensó con el orgullo de un fiel sucesor. Su mirada se volvió hacia los restos de Mitrídates Crestos, los cuales descansaban al lado de la reina. Matar a su hermano fue un asunto de supervivencia, su madre lo había ungido como heredero, no le quedaba otra alternativa que hacerlo desaparecer por completo de la faz de la tierra.

Poco después se casó con su hermana Laodice para legitimar aun más sus derechos al trono. Sus herederos tendrían una indiscutible sangre real. Encerró a sus otras hermanas en una torre aislada del palacio; no podía correr riesgos, debían mantenerse vírgenes y a la espera. Si Laodice no le daba herederos varones, tal vez necesitase otra esposa real y ellas constituían la mejor reserva.

Aun después de coronarse Rey del Ponto, continuó el estudio de sustancias venenosas y sus antídotos; habitaba en él el temor de morir envenenado por manos cobardes y no en batalla como el gran guerrero que era. Retomó los trabajos de su abuelo el rey Farnaces, el primero de su nombre, un soberano de quien había heredado la obsesión de descubrir un antídoto a cualquier veneno.

Rehabilitó su jardín personal donde cultivaba todas las hierbas necesarias para sus pócimas; poseía un pequeño zoológico con distintos especímenes de culebras, escorpiones y sapos venenosos y se hacía proveer de todas las sustancias, cristales y metales que se comercializaban en la rica ciudad de Sinope al borde del Mar Negro.

El Reino del Ponto poseía también nefastas minas de raros minerales que exhalaban vapores tan tóxicos que solo trabajaban en ellas los esclavos sentenciados a muerte por cometer terribles crímenes.

Mitrídates fijó su atención en la más dañina de ellas, la mina conocida como Sandarakurgion Dag. Esta cantera era lo más parecido al infierno en la tierra. La formaban una serie de galerías subterráneas que se adentraban al corazón de la montaña rocosa. Los presos eran obligados a entrar de rodillas a fuerza de latigazos. Ninguno vivía más de seis meses luego de comenzar su lúgubre faena. La piel de estos pobres desgraciados se tornaba verdosa después de pocos días. Los ojos enrojecidos perdían la visión al cabo de tres meses y debían usar el sentido del tacto para ubicarse dentro de las cavernas. El carcelero con cinismo argumentaba que de todas maneras, el sentido de la vista era inútil en parajes oscuros donde no llegaba la luz del sol. La tos que desarrollaban desde los primeros días era lo que finalmente acababa con sus vidas, pues los

vapores tóxicos destrozaban sus pulmones.

Ninguna de estas escenas generaba compasión en el alma de Mitrídates, por el contrario, su curiosidad y su anhelo de descubrir un potente veneno lo llevó a estudiar detenidamente la composición de la mina. Tomando muestras de su suelo y usando una vez más indefensos encarcelados como conejillos de india, logró aislar una sustancia a la que llamó Zamikh, un veneno incoloro e inodoro que producía la muerte de inmediato. Una vez obtenido su nuevo veneno, se aplicó a la tarea de buscar su antídoto y finalmente lo había encontrado.

Su dedicación al estudio de venenos y antídotos, se había convertido en una obsesión, solo superada por su deseo de destruir Roma.

Mitrídates dejó un legado de venenos y antídotos muy apreciado por todos los herbolarios que continuaron su trabajo. El Zamikh, sería conocido posteriormente en Occidente bajo el nombre de Arsénico y causó bastantes muertes y desgracias.

De sus dos obsesiones: acabar con Roma y destilar nuevos venenos, podemos decir que la primera causó su muerte y paradójicamente, la segunda, le impidió que la misma fuese rápida e indolora.

Cuando Pompeyo, uno de los tres grandes de Roma a los que se enfrentó, le había acorralado y se dio cuenta que todo estaba perdido, Mitrídates trató de suicidarse usando el veneno del pomo de su daga. Pero todos los años en los cuales había ingerido su antídoto habían hecho su efecto y el rey aterrado veía que su némesis estaba muy cerca y le atraparía con vida. Incapaz de soportar la idea de morir en una cárcel romana, le pidió a uno de sus más fieles generales que le diera muerte con la espada.

Pero nos estamos adelantando demasiado a los acontecimientos, todavía falta mucha historia por contar antes de llegar a esta escena.

CAPITULO 6

Pilomene daba vueltas nervioso por la habitación, esperando las noticias de la comadrona. Zoe había empezado las labores de parto hacía ya algunas horas. La reina Valia y su hija Toula, curiosas por saber el desenlace, se encontraban al lado suyo, sentadas quietas, esperando.

Todavía recordaba el día que ella llegó a su palacio. Una imponente comitiva de amazonas con escudos en forma de media luna y armaduras de plata, montadas en exquisitos corceles, precedían el carruaje donde Zoe y Lisipe se transportaban. Pilomene estaba impaciente por conocerla, por verle la cara por primera vez. Cuando el carruaje se detuvo y se abrió

la portezuela, su aliento se detuvo, una muchacha de cabellos castaños y ojos glaucos como los suyos, se bajó.

Sus mismos ojos. Glaucos como los de la diosa Atenea, según cantaban los poetas. Eran ojos muy particulares, de un gris azulado, tenían la pupila rodeada de una mancha de color amarillo dorado, lo que hacía que al verlos de lejos, parecieran verdes. No cabía ninguna duda, él había engendrado esa muchacha, era su legítima hija. Al verla, quedó atrás la perorata de su esposa que le espetaba que podía no ser hija suya, que nunca llegaría a saber si él verdaderamente la había engendrado. Con esos, sus mismos ojos, estaba totalmente seguro.

Zoe comenzó a caminar hacia él, con una sonrisa tímida en los labios, y fue entonces cuando Pilomene reparó en su vientre hinchado. ¡Estaba embarazada! Tal vez esa fuese la oscura razón por la cual Hipólita la había enviado a su cuidado. Cualquiera que fuese la causa, cuidaría aún más de ella. Esta muchacha era su hija legítima y en poco tiempo le daría un nieto.

Pilomene no era el único que estaba preocupado en ese momento. Lisipe, que nunca se apartaba del lado de Zoe, observaba ahora a la muchacha en su trabajo de parto. Temía por ella, era demasiado delgada y esa barriga era más grande de lo normal.

No había sido fácil vivir estos últimos meses en este palacio donde todas las féminas eran tan distintas a las mujeres de donde ellas procedían. Allá, en su país, las mujeres se apoyaban, se ayudaban unas a las otras, tratándose en algunos casos como hermanas de sangre; aquí, todas intrigaban entre sí, se criticaban, se burlaban una de otras, se despreciaban entre ellas. En Temiscira, las amazonas respetaban a aquellas que habían logrado hazañas reconocibles; aquí, todo era una absurda competencia por llamar la atención del varón, del cual dependían absolutamente en todos los aspectos. La vida del reino estaba en manos de hombres y las mujeres tenían poco que decir.

Lo peor es que tener que convivir con Toula, pensaba Lisipe. A los pocos días de haber llegado, la hija del rey entró en un pequeño salón que había sido adjudicado a las necesidades personales de Lisipe y Zoe y que éstas utilizaban para trabajar en los preparativos de la llegada del bebé. Sin más preámbulos y sin pedir permiso, se sentó en una de las sillas sin ser invitada y comenzó a decir en tono despectivo:

-¿Dónde se encuentra tu ama? -preguntó soberbia.

Lisipe se encontraba trabajando en lo que parecía una pequeña camita de madera. Sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo le contestó:

-Zoe se encuentra descansando, falta poco tiempo para la llegada del bebé y se fatiga mucho- dijo con calma -. Ella no es mi ama, es la hija de mi reina y a quién juré proteger como si fuese mía. - Había una fría amenaza en su voz.

Toula miraba con rabia la cunita que Lisipe estaba tallando.

-Zoe es una ramera, ni siquiera sabe quién es el padre del niño que lleva en las entrañas-. Comenzó a decir con veneno en la voz -. Ustedes, las amazonas y sus costumbres bárbaras. Yo en cambio fui una mujer casta y decente y llegue al tálamo nupcial virgen e inmaculada. Los hombres quieren una mujer virgen como esposa y no una que se haya acostado y dejado embarazar por cualquiera, y que luego mienta grandilocuentemente diciendo que fue producto del encuentro con un dios.

Al llegar, Lisipe mantuvo una conversación privada con Pilomene donde le explicó que Zoe había quedado embarazada después de un encuentro con Zeus. Esta situación, al parecer, respondía a una antigua leyenda que aseguraba que para salvar la raza de las amazonas, una de ellas engendraría una niña del dios y la pariría fuera de la comunidad. Cuando Zoe relató su encuentro con el mítico caballo, Hipólita y el Consejo de la Guerreras llegaron a la conclusión que Zoe era la muchacha de la leyenda y la enviaron a casa de Pilomene para que bajo su protección, naciera la criatura. Pilomene, en aras de explicar el embarazo de Zoe de la manera más conveniente posible, repitió la historia a todos los miembros del palacio.

Lisipe levantó la mirada de la cuna en la que estaba trabajando y con tono calmado y firme le contestó:

-De la civilización de la que yo provengo, adoramos y consagramos a la diosa. Para nosotras, dios es mujer. Las mujeres nos ayudamos entre nosotras y somos fuertes e independientes del varón, al cual acudimos solo para reproducirnos. Nos proveemos nosotras mismas nuestro alimento, nuestro techo y nuestra seguridad. Enaltecemos el papel de la mujer en la creación, pues es ella quien crea la vida dentro de su ser. Quién es el padre, sencillamente no nos importa. Nuestra línea de sucesión es a través de la mujer, por eso, damos a luz enfrente de la comunidad y la comunidad entera es testigo de nuestro alumbramiento. Nadie puede poner en duda la legitimidad de nuestras hijas, sangre de nuestra sangre, herederas de nuestros bienes.

Mirándola directamente a los ojos, continuó:

-El atributo que realmente importa en una mujer es la fertilidad, pues sin eso no hay vida y sin vida, no hay absolutamente nada. Todo vuestro embrollo de la virginidad y la fidelidad en el matrimonio, que solo se aplica

injustamente sobre la fémina, es por el recelo que tiene el macho, de no saber si el hijo que está pariendo su mujer, heredero de todo sus bienes y todos sus títulos, es realmente suyo. Se os encierra y se os obliga a llevar una vida de privaciones, bajo una falsa moral, para aplacar el miedo de los hombres de no estar nunca, totalmente seguros, de que sus hijos, sean realmente suyos.

El discurso fue demasiado audaz para la estúpida mente de Toula, la cual tontamente aferrada a un único argumento, repetía:

-Eso es lo que ocurre en tu tierra de bárbaros. En el resto del mundo civilizado, la virginidad es el atributo más valorado en una mujer.

-Y si ése, es el atributo más importante, ¿Por qué tu marido te repudió?- le preguntó con sorna -. Para él no era suficiente con que fueras virgen. ¿No te repudió acaso, porque no podías darle un heredero?

Lanzando al suelo la silla con estrépito, Toula se retiró airada, dando así por terminada la conversación.

Lisipe sabía que tendría una enemiga por siempre.

-¡Ya viene, Ya viene! - gritó la partera.

Entraron apresuradamente a la habitación donde Zoe recostada sobre una cama con las piernas dobladas, pujaba con fuerza. La partera se encontraba inclinada con las manos extendidas en espera de la nueva vida que se debatía por salir. La muchacha tenía todo el cabello empapado de sudor y respiraba pesadamente apoyada en Lisipe. Fiel a la férrea educación que había tenido, no se quejaba, ni gritaba, a pesar que la comadrona le instaba a ello.

Zoe tomó una bocanada de aire y concentró todas sus fuerzas en el empujón necesario que ayudaría a nacer a la criatura. Aupada por los gritos de la partera, una pequeña cabecita emergió por primera vez al mundo. Con experimentados movimientos la comadrona jaló los hombros y en un instante todo el cuerpecito estuvo fuera. La mujer ató el cordón umbilical con un hilo de lino, lo cortó con tijeras de hierro y desinfectó la herida con una mezcla de hierbas y vino.

Lisipe extendió los brazos de inmediato para recibir al pequeño ser, sucio de sebo y de sangre. Casi de inmediato, Pilomene, Valia y Toula se

acercaron con curiosidad a contemplar al recién nacido.

-¡Es una niña! -gritó Lisipe feliz.

La reina y su hija sonrieron encantadas al ver el rostro decepcionado de Pilomene. El rey no podía disimular su desencanto, desde que Zoe había llegado, él había seguido el embarazo de cerca, esperando que éste fuese el heredero tan ansiado, la solución a sus problemas. Pero al parecer, no estaba en su destino la posibilidad de poseer un heredero varón, criado por él.

Lisipe envolvió al bebé en un manto de lino blanco y la llevó a una mesa cercana donde había dispuesto agua, aceite perfumado y enseres para limpiar a la criaturita. La partera podría ocuparse de Zoe, ahora que ya había terminado la labor de parto. Ella quería asegurarse de que esta niña tan especial tuviese una merecida bienvenida al mundo.

-Pero, ¿Qué es esto? -oyeron que gritaba la comadrona sorprendida -. ¡Por todos los dioses! Al igual que la perseguida Leto. ¡Aquí viene otro bebé!

Una vez más, todos los rostros se volvieron sorprendidos hacia la partera, que haciendo gala de su experiencia en el oficio, volvía a recibir con pericia un segundo cuerpecito.

-¡Enhorabuena, su majestad! –dijo dirigiéndose exclusivamente al rey -. ¡Es un varón! - y sucio de sangre y de sebo colocó al segundo bebé sobre los brazos de Pilomene.

Pilomene cambió su ánimo y su expresión en un santiamén. Sin saber cómo manejar muy bien aquel bulto que le había dado la partera, salió al balcón con el bebé en brazos y levantándolo en alto, mostró sus partes al cielo, a los dioses, al pueblo, a cualquiera que lo quisiera ver. Por fin había nacido el heredero que tanto había esperado. Al fin y al cabo, tal como lo había temido Valia y Toula, Zoe era la hija primogénita de Pilomene y al no haber un padre que reclamara al niño, debido a las particulares costumbres de las amazonas, él podía declarar a este niño, su heredero. Era un príncipe de sangre noble, nieto de un rey y una soberbia reina.

Lisipe con la niña en brazos, pensó en los designios del destino. Zoe, la dulce Zoe, había complacido a su padre y a su madre a la vez. Había dado a luz a una niña que continuaría la estirpe de las amazonas y un varón, heredero del reino de Pilomene.

A veces me pregunto, si Zeus había planificado todo desde el principio.

CAPITULO 7

La reina Aruza contemplaba a Roxana jugando con los alfareros. La niña que ya tenía tres años, se había convertido en una preciosura. Su piel era aún más blanca y más perfecta que cuando la encontró y el cabello, que ya le rozaba los hombros, era de un negro intenso que contrastaba con su piel. Sus ojos verdes brillaban cuando estaba contenta y mantenían una mirada fija y directa sobre las cosas que observaba. En un principio, la reina llegó a creer que la niña era muda, pues no profería ningún sonido, aparte del sutil lloriqueo para pedir comida, pero cuando cumplió los tres años, comenzó a hablar fluidamente, dejando a todos confundidos.

Roxana era un ser dulce y tranquilo. A pesar de las efusivas demostraciones de cariño de la reina hacia ella, la niña sonreía dulcemente pero rara vez devolvía los besos o los abrazos que recibía.

Aruza la llevaba siempre consigo adonde quiera que ella fuese. Cuando visitaba a los habitantes de la ciudad, la niña le acompañaba, siempre sonriente, ponía sin embargo una barrera entre ella y los demás niños, nunca corría ni jugaba con ellos.

En una de estas visitas al mercado, Aruza llevó a Roxana a los talleres de artesanos de la ciudad. Petra era famosa por sus obras de alfarería; de una calidad exquisita, las piezas eran tan finamente elaboradas que el espesor de sus paredes era escasamente mayor al de un pelo de camello.

Un artesano estaba sentado en el piso sobre una raída alfombra mientras sus manos tallaban una pieza de alabastro. De sus hábiles manos, una ánfora comenzaba a emerger del trozo de piedra y lentamente como si acariciara el material, la escultura descubría una armoniosa forma. El trabajo del hombre despertó de inmediato la atención de la niña. Roxana lo miraba ensimismada y el hombre le sonreía divertido al ver la atención que le prestaba.

Cada tarde la niña le pedía con un gesto silencioso a Aruza que le llevase donde los artesanos y se sentaba a observarlos horas enteras. Ellos la recibían con sonrisas, sintiéndose orgullosos de tan importante visitante.

Una de esas tardes mientras ella los observaba, un viejo alfarero le dio un pedazo de piedra rosada, Para que Su Majestad juegue, le dijo. La niña vio el pedazo con un poco de miedo y lentamente, como si de tocar fuego se tratara, acercó su manita a la piedra. La tomó entre sus dedos y despacio, muy despacio, comenzó a acariciarla.

Algo late dentro de ella, pensó Roxana y empezó a sentir una fuerza cálida emanar de sus manos al entrar en contacto con el material. Quiero

transformarla, liberar al ser que está dentro de ella, pensó.

Había visto a otros niños jugar en la calle con un simpático y travieso gato y quería un gatito para ella pero no se atrevía a pedirlo. Con el pedazo de piedra que le había dado el alfarero, cogió una herramienta del suelo y empezó a tallarla, como había visto hacerlo tantas veces.

Poco a poco, relajando su cuerpo de cualquier tensión, dejando que sus dedos arrancasen de la piedra el material que sobraba y mientras en su mente mantenía fija la visión del animalito que quería crear, Roxana esculpía sin parar.

Raspando un poco de aquí y de allá, sumergida en un lugar sin tiempo ni espacio, comenzó a darle forma a la piedra. Primero las patitas, todas ellas de la misma longitud, el lomo encorvado, la barriguita colgante. El cuello estirado como olfateando el aire. La cola, la recordaba alta y atenta. Llegó el turno de la cara, la visualizaba perfectamente, veía a su gatito sonriéndole, con la pequeña lengua rosada fuera de los dientes. Y mientras modelaba la figurita del animal, disfrutaba de su mascota como si la sintiera muy cerca de sí.

Sus manitos arrancaban de la piedra una imagen del gato asombrosamente parecida a la realidad. No escatimó en detalles, tenía la imagen clara del animal en su mente y sus manos lograron hacer una replica exacta. Cuando terminó lo apoyó en el piso y le puso un nombre Gato, será tu nombre, le dijo en voz alta. Y despacio, muy despacio como se mueven los gatitos al nacer, el animalito de piedra se estilizó, bostezó y con pasitos torpes se acercó a ella. Roxana, mirándolo divertida, soltó una carcajada y batió las manos. Pero el animalito después de unos torpes pasitos, se resbaló, cayó al suelo y se hizo añicos.

La reina Aruza desvió la mirada de lo que estaba haciendo, curiosa por saber que era lo que le causaba tanta gracia a la pequeña. En un principio, creyó que la vista le estaba jugando una mala pasada, pues le pareció ver a un gato de piedra que se movía bajo las órdenes de la pequeña escultora. Pero de inmediato, la imagen que pensó que había visto se convirtió en un mar de pedacitos de piedra derramados por el piso.

Aruza se sobresaltó. Solo ella sabía dónde había encontrado a Roxana. Parecía tener sentido que siendo como era, hija del dios de la piedra, tenía en sus manos el poder de darle vida a la misma.

CAPITULO 8

El sol resplandecía sobre las calles de Pérgamo. Todos los habitantes corrían presurosos al Teatro de Dionisio, en la acrópolis, donde se

celebraría el primer gran triunfo de Mitrídates sobre Roma.

El magnífico Teatro de Dionisio, junto con la Biblioteca de Pérgamo y el Palacio Real habían sido construidos por los Atálidas en todo lo alto de la ciudad. Esta orgullosa dinastía se había inspirado en la Acrópolis de Atenas para erigir estos edificios de incomparable belleza. El terreno donde fueron cimentados era una especie de plataforma a una altura de más de trescientos metros a nivel del mar y bajaba hacia el sur en forma de terrazas, dominando el valle del río Selinus. Sobre estas terrazas inferiores se encontraban los edificios menos importantes y las casas de los ciudadanos comunes.

El teatro, con capacidad para diez mil personas y con las gradas más empinadas del mundo, se encontraba abarrotado desde temprano por aldeanos que se habían levantado al alba para presenciar el magno evento. Un mar de gente frustrada por no poder entrar, se agolpaba en las afueras de la estructura para poder al menos oír lo que allí dentro acontecía.

Mitrídates había mandado a colocar su espectacular trono de oro macizo en la tarima designada a los actores. Un portentoso baldaquín de seda resguardaba del sol al rey y a su comitiva, conformada por su hijos e hijas, sus generales y algunas de sus concubinas.

Mitrídates vestía una túnica larga de lino blanco al estilo griego y unos pantalones persas de color púrpura oscuro arrollados en los tobillos. En la cintura llevaba una suerte de faja de tela, también de color púrpura, enroscada en dos vueltas donde colgaba su inseparable daga. La daga, de hoja de hierro y de pronunciada curvatura, medía veinticinco centímetros de largo y estaba afilada por ambos lados. El pomo de la misma estaba labrado en oro y tenía gemas preciosas incrustadas. Corrían rumores que el pomo estaba hueco y que dentro de él, el rey llevaba el veneno letal que había descubierto en sus minas. En su mano brillaba un anillo de oro, el metal favorito del rey, con una ágata incrustada, igual al anillo que Darío de Persia llevase en su mano mucho tiempo atrás. Los ojos estaban maquillados con kohl y el rostro iba afeitado como los generales de occidente.

De esta manera, Mitrídates combinaba en su atuendo la mezcla de sus orígenes. De su padre había heredado sangre real de los grandes de Persia y su madre era una princesa de estirpe helénica. El rey del Ponto sabía sacar provecho de esta fortuita combinación y la utilizaba astutamente para simpatizar con las poblaciones al este y oeste de su reino. Desde que se había desecho de su madre y de su hermano y había ocupado finalmente el trono, sus ansias de poder se habían desatado y había hecho suyo el sueño de su padre de ser el amo y señor de toda la

Anatolia.

Siendo Rey del Ponto, a orillas del Mar Negro, poseía una ubicación perfecta para atacar hacia oriente u occidente. Con gran pericia militar, había comenzado su campaña de dominación en el este, apoderándose de la Cólquide, legendaria tierra visitada por Jasón y los Argonautas en su heroica búsqueda del vellocino de oro. Posteriormente conquistó las costas septentrionales del Mar Negro cimentando las bases del reino del Bósforo.

Para continuar su racha expansionista en el oriente, se apoyó en su estrecha relación con el soberano de Armenia, Tigranes el Grande, a quien dio su hija Cleopatra 'del Ponto' (para no confundirla con tantas otras reinas llamadas Cleopatra) en matrimonio. Con esta conveniente alianza pudo anexarse Galacia y apabulló a los escitas, los poderosos guerreros iraníes. Fue entonces cuando el rey volteó su mirada hacia el occidente, hacia los territorios ocupados por Roma, su odiada rival en su sueño de conquistar el mundo.

Roma acumulaba triunfos y territorios en el oeste, era dueña de toda la península itálica, de todos los territorios ubicados en toda la costa norte, gran parte de la costa sur y todas la islas del Mar Mediterráneo, o Mare Nostrum como lo llamaban. Dominaba también a Iliria, Dacia, los Balcanes y a toda Grecia. Era inevitable que el Senado y el Pueblo de Roma pusieran sus ojos en Asia Menor. Y con la suerte que siempre la había caracterizado, había heredado una de las ciudades más prestigiosas que ha conocido la humanidad: Pérgamo.

Los Atálidas fueron una magnífica estipe de reyes que reinaron sobre esta ciudad. Pérgamo, estratégicamente ubicada en la parte más occidental de la región de la Anatolia fue siempre un ejemplo de cultura y sabiduría. Atalo III, más bibliotecario que estadista y último de la estirpe, al no dejar ningún heredero de sangre real, legó la ciudad de Pérgamo a Roma en su testamento, como una estrategia para asegurar el orden, la continuidad y la seguridad de sus súbditos. En la región comenzaban a despuntarse demasiadas guerras y el rey apostaba a que Roma se convertiría en un imperio fuerte al que los demás respetarían.

Los romanos aceptaron con gusto el legado, les daba la capacidad de tener un punto estratégico en Asia Menor, una tierra que estaba en sus planes de conquista. Inmediatamente, instauraron como dirigente al general Manio Aquilio en Pérgamo.

Mitrídates comenzó su campaña de expansión hacia el occidente, ocupando Capadocia, provocando con esta acción a Nicomedes IV de Bitinia, pues estos territorios estaban en disputa entre las dos naciones. Nicomedes era un abierto aliado de Roma, pues se apoyaba en ella para mantener su posición de poder. El rey del Ponto sabía que desafiando a

Bitinia, desafiaba a Roma.

Las tensiones comenzaron entre estos reinos vecinos. Aquilio desde Pérgamo, cegado por la avaricia del botín de guerra que significaría el próspero reino del Ponto, se unió a la causa del rey de Bitinia de atacar a Mitrídates, sin obtener antes el permiso del senado romano. Un grave error por su parte, en Roma ningún cónsul podía entrar en guerra contra ninguna nación sin antes obtener el permiso del senado, pues esto podría llevar al general triunfante a quedarse con el botín a título personal en vez de enaltecer la grandeza (y el tesoro) de Roma. La falta del beneplácito senatorial hacía que su acción no solo fuese impulsiva e ilegal, también suicida pues en caso de que los acontecimientos no estuvieran a su favor, ninguna legión de reserva vendría a su auxilio.

Como exactamente ocurrió...

Ante el público enaltecido que gritaba su nombre desde las gradas, la felicidad del rostro de Mitrídates no tenía parangón. Había demostrado sus dotes de estratega de una manera portentosa al derrotar a Nicomedes y Aquilio de manera arrolladora.

Ciegos ante su ambición, los ejércitos aliados de Roma y Bitinia habían invadido apresuradamente el reino del Ponto; Nicomedes se asentó en una planicie cercana al río Amnias, presto a dar batalla y Aquilio, con su tropa, cerca del Monte Escorobas. Ignorantes de la colosal supremacía numérica del ejército que había preparado Mitrídates, se habían colocado exactamente en la zona más conveniente para una victoria por parte del rey del Ponto. Este ya había movilizado sus fuerzas con premeditación y éstas esperaban las órdenes de sus generales para atacar.

Como comandante supremo de su armada, Mitrídates se instaló en una colina que le permitía tener una amplia visión del campo de batalla, una valle plano que se extendía al lado del río Amnias. Colocó allí su trono y sentado en él, supervisó la contienda. Con su peculiar y ostentoso estilo, se había endosado su armadura de gala en bronce bruñido y un manto blanco sobre los hombros; sus pies iban calzados con botas de media caña en cuero y plata repujada. Su hijo Arcadio comandaría la caballería y había apostado a sus dos mejores generales, los hermanos Neptolemo y

Arquelao a dirigir la infantería.

El ejército del Ponto respondía a los esquemas de los grandes comandantes persas de los que tan orgulloso descendiente se sentía Mitrídates. Su cuñado y más fiel aliado, Tigranes de Armenia proporcionó a la caballería con monumentales sementales conducidos por sus más raudos jinetes. La infantería estaba formada por los hoplitas, éstos estaban ricamente dotados de cascos y petos de bronce forjado, de brillantes lanzas y de escudos con joyas refulgentes. Siguiendo las tácticas de Darío, la segunda línea la conformaban los arqueros a pie, dotados de arcos largos y flechas ponzoñosas; detrás estaban los honderos con sus proyectiles de plomo, adiestrados a no fallar nunca su diana y los peltast, luchadores de escudos ligeros y jabalinas.

Mitrídates no dejó ningún detalle al azar y para estar seguro de su victoria, apostó a su flota naval de trescientas naves a custodiar las costas del Mar Negro. Del norte podrían desembarcar más hombres si en el apogeo de la batalla los llegasen a necesitar. En total, Mitrídates contaba con trescientos mil hombres: doscientos cincuenta mil infantes y cincuenta mil jinetes.

Por su parte, Nicomedes había logrado reunir cincuenta y seis mil soldados reciamente entrenados y seis mil jinetes. El ejército de Aquilio poseía solo cuarenta mil hombres y ambos líderes, ignorantes de la fuerza a la que se enfrentaban, confiaban que la cantidad de sus soldados sería suficiente para acabar con las fuerzas del Ponto.

El sol asomaba por el horizonte y sus cálidos rayos se reflejaban sobre las cantarinas aguas del río que indiferente a lo que acontecía, continuaba su marcha a través del valle. El silencio del amanecer fue roto por el sonar de las trompetas que llamaban a guerra. Al compás de la marcha impetuosa de los tambores, los hombres de Nicomedes se colocaron en perfecta formación y comenzaron a golpear sus lanzas sobre el suelo siguiendo el tempo que les proporcionaba el redoble del tambor. Rostros chorreantes bajo las viseras de los yelmos mantenían una expresión fija; el deseo de vivir estaba en ese momento por encima de cualquier otra cosa.

Al escuchar los gritos de batalla de sus líderes, los hombres de Nicomedes corrieron de forma ordenada por la llanura para atacar al enemigo. Marchaban a paso veloz y sus escudos apretados entre sí refulgían bajo la luz del sol como espejos infinitos. Las lanzas extendidas formaban una selva impenetrable de puntas filosas, las cuales estaban hambrientas de pechos enemigos donde ser hincadas.

Pero Mitrídates, astutamente, había dividido su infantería en dos grupos

comandadas por los hermanos Neptolemo y Arquelao, respectivamente.

La infantería comandada por Neptolemo fue la primera en ser embestida por el ejército de Nicomedes. Los hombres del Ponto habían bajado de la colina donde habían sido apostados y chocaron violentamente contra la falange formada por el ejército bitinio que se encontraba en la llanura.

El primer embate fue brutal. La fuerza de las líneas delanteras se puso a prueba así como la determinación y el orden de cada uno de los ejércitos. A medida que un bitinio caía, era reemplazado de inmediato por un soldado de la fila siguiente, manteniendo la compacta alineación. Una vez que las puntas de las lanzas fueron quebradas sobre escudos y pechos humanos, los soldados echaron mano de las espadas, las cuales chocaron entre sí, golpeando los escudos que fuertemente se defendían. La recia disciplina de la falange bitinia contenía el mar de soldados que los atacaban, pero pronto Mitrídates echaría mano de la distinta variedad de recursos que poseía.

Los arqueros pónticos que se encontraban después de la quinta línea de combate, comenzaron a lanzar sus ponzoñosas flechas y éstas, volando con una trayectoria en forma de arco penetraban, desde arriba, al grupo compacto que avanzaba. Los honderos hicieron otro tanto y lanzando su mortales proyectiles de plomo, lograron herir gravemente a los soldados que se encontraban en el centro de la formación. Estos presurosos levantaron sus escudos de cara al cielo y continuaron con su avance, formando un brillante acorazado de bronce que se movía lentamente sobre la llanura.

Cuando los bitinios se encontraban en el fragor de la batalla, Arcadio, el hijo primogénito de Mitrídates, al mando de la recia caballería Armenia atacó de sorpresa, a la masa de soldados por la parte posterior. Debido a su mayoría numérica y a lo fuerte de sus cabalgaduras acabaron con la caballería de Nicomedes en un vergonzoso santiamén y comenzaron a arremeter por la espalda al grupo de soldados que se defendía a pie.

Inmediatamente, sin darles ningún respiro, Arquelao entró con sus hombres por el flanco derecho, lo que logró que finalmente el ejército de Nicomedes se desordenara. Los soldados aunque valientes y bien entrenados, se encontraron súbitamente, defendiendo tres frentes a la vez. La compacta formación se deshizo y los hombres de Bitinia comenzaron a pelear de espalda a espalda ante los distintos lados que se abrían ante ellos. Cada bitinio debía pelear contra al menos tres enemigos simultáneamente, si deseaba salir victorioso de la contienda.

El ejército de Mitrídates como una melodía bien orquestada atacaba armoniosamente al ejército enemigo desde tres puntos distintos. Más que una melodía era una marcha triunfal que in crescendo pronto llegaría a la

nota culminante con la entrada de los carros falcados.

Los carros falcados o de guerra, los cuales se habían hecho famosos en los poemas de Homero, eran vehículos muy ligeros de dos amplias ruedas, atados a briosos corceles que los arrastraban a velocidad increíble. Olvidada desde hacía mucho tiempo su participación en la guerra, solo eran utilizados en carreras en el Circo Romano.

Estudiando las batallas que libraron sus antepasados persas, Mitrídates mandó a construir ciento treinta carros, réplica de aquellos usados por Darío III en la batalla de Gaugamela. Los carros de Mitrídates eran muy similares a los que competían deportivamente en el circo pero éstos poseían una demoníaca diferencia: una cuchilla afilada que sobresalía más de un metro, perpendicularmente, de cada una de las ruedas.

Cuando Mitrídates desde su posición privilegiada vio el desorden que se había creado en el ejercito Bitinio dio la orden a Craterus, el auriga líder de los carros de guerra, de entrar a la batalla.

Craterus levantó su látigo en el aire y con esta señal dio a sus hombres la orden de ataque. Ciento treinta látigos se alzaron en el aire a la vez y con gritos de furia se estrellaron sobre los fogosos corceles que irrumpieron como una estampida por el único flanco que quedaba libre para atacar al enemigo.

Las cuchillas, dando vueltas feroces sobre las ruedas, se abalanzaron como hambrientos dientes de fiera sobre la muchedumbre de soldados desordenada. La carnicería fue indescriptible. Las hojas afiladas cortaban miembros humanos con tal velocidad que algunos soldados continuaban batallando sin darse cuenta que su brazo izquierdo, blandiendo el escudo todavía, reposaba en el piso, desprendido y sangrante.

Ante la terrorífica visión de ver a sus compañeros cortados por la mitad mientras aún respiraban y ver trozos humanos colgando de las ruedas de los carros enemigos, el pánico se apoderó de las filas de Nicomedes, y muchos soldados huyeron despavoridos abandonando el campo de lucha. Algunos valientes, permanecían resistiendo los embates del enemigo pero el cansancio, el desorden y la opresiva avalancha por los cuatro costados hacían la victoria imposible.

Mitrídates había ganado la batalla.

En cuanto se dio cuenta de su derrota, Nicomedes huyó al campamento de Aquilio en el Monte Escorobas. Pero también allí, la derrota no se hizo esperar. Henchido de furor por el triunfo recientemente conseguido, Arquelao y sus hombres atacaron al ejército romano y lo derrotaron de

forma abrumadora.

En el desorden de la refriega, Nicomedes y Aquilio trataron de escapar de Anatolia. Nicomedes pudo llegar a Roma, pero no así Aquilio. En su búsqueda, Mitrídates fue barriendo la región con su poderoso ejército, tomando reinos a su paso.

Aquilio huía mientras Mitrídates le seguía los talones. Esquivo, pudo llegar hasta Grecia pero cuando se encontraba en Mitilene, listo para embarcarse hacia la península itálica, traicioneras manos fieles al rey del Ponto, le entregaron.

Mitrídates estaba feliz, en esta campaña había logrado extender su reino sobre toda Asia Menor y arrebatarle a los romanos el control de Pérgamo. Y ahora estaba aquí, en el teatro de Dionisio, rodeado de una gran muchedumbre para celebrar su triunfo. Con el sabor de la victoria en su boca, se levantó del trono colocado sobre la tarima y haciendo gala de sus excelentes dotes de orador comenzó su discurso:

- Habitantes de Pérgamo y de la Anatolia toda. Yo, Mitrídates, el sexto de mi linaje, me presento ante vosotros victorioso-. Hizo una pausa y la muchedumbre gritó desaforadamente aplaudiendo y aupándolo-. Pudimos tener la oportunidad de decidir si queríamos guerra o no, pero Roma no nos dejó otra alternativa al invadir mi reino.

La multitud gritaba feliz. Habían estado muchos años bajo el dominio de Roma a un costoso precio. Todos los territorios ocupados debían pagar altísimos impuestos a la República y de no hacerlo a tiempo, se convertían en sus esclavos. La población oprimida estaba cansada de esta situación y todos comenzaban a ver en Mitrídates al líder capaz de liberarlos.

-Les he demostrado que Roma puede perder batallas y que nosotros somos lo suficientemente fuertes para enfrentarla. ¡Roma no es invencible! Hemos derrotado a Aquilio y a su aliado Nicomedes. Esto es solo el comienzo, toda la Anatolia bajo mi mando será libre del yugo romano.

>>Los romanos enarbolan el emblema con el Águila Real de la que se sienten muy ufanos, pero sus verdaderos fundadores Rómulo y Remo se alimentaron de una rapaz loba. Los romanos no son águilas que vuelan majestuosamente por el cielo, ¡Los romanos no son más que lobos rapaces que quieren apoderarse de toda nuestra riqueza!

Los gritos y los aplausos se oían por doquier. Toda la muchedumbre como una sola voz apoyó con un grito el discurso de Mitrídates.

-En cambio, yo si puedo hablar por mis antepasados- continuó orgulloso el rey-. De mi padre, Mitrídates V, he heredado sangre de los grandes de

Persia: Ciro y Darío. Mi madre era una princesa descendiente de Alejandro Magno ¡Yo, heredero de las dos culturas que unen a la Anatolia, acabaré con el yugo de Roma! -dijo con éxtasis en la voz-.¡Yo soy el Salvador, El Mesías que habéis estado esperando!

Sus palabras resonaban poderosas en los más recónditos espacios del teatro y los espectadores se encontraban embriagados con la victoria de Mitrídates que veían como suya propia.

La multitud enardecida gritaba descontrolada. Aprovechando la histeria colectiva que estaba generando el discurso de Mitrídates, Arquelao, el general supremo del ejército se dirigió al pueblo. Alzando sus manos al cielo y hablando con su voz portentosa dijo:

-Desde que Roma comenzó su campaña de invasión hace más de doscientos años, con efectos nefastos para los conquistados, profetas de distintas religiones y reinos han anunciado que un Mesías se levantaría del Este y vendría a liberarnos del yugo romano. Las profecías todas coinciden entre sí: Será un rey entre reyes y su nacimiento vendrá marcado por la aparición de un cometa en los cielos.

Con un gesto majestuoso desenvainó su espada, la cual brilló refulgente bajo el ardiente sol que bañaba a todos los espectadores.

- ¡Es cierto, el Rey Salvador ha llegado! Oíd estas sabias palabras - señalando con su espada al rey del Ponto dijo -: ¡Tú eres el Mesías que todos hemos esperado! - Sin tomar aliento continuó -: Todos los signos divinos han estado presente en tu vida. Durante tu nacimiento, una brillante estrella surcó los cielos, y su estela se pudo ver durante setenta días, brillando reveladora con lenguas de fuego que iluminaron los cielos - dijo pomposamente.

Con una mano señaló la frente de Mitrídates.

-Todavía puede verse en tu frente la cicatriz que dejó el rayo que impactó tu cuna cuando eras todavía un infante. No solo sobreviviste, sino que la marca de tu frente asemeja a una diadema: un signo inequívoco del gran designio que tienen los dioses para ti.

>>¿Quién más que tú, nacido en el Este, descendiente de reyes, anunciado por los cielos y tocado con el signo divino en la frente, puede liberarnos del mal que aqueja a nuestra región? - gritó Arquelao enaltecido, abriendo los brazos para dar un efecto dramático a sus palabras.

-¡Alabad todos al Rey Salvador!- gritó exaltado - ¡Mitrídates es el Elegido

de los dioses para liberarnos!

El poder de la voz del general era increíble. Todos los presentes habían callado por un momento, escuchando mudos la revelación de la que estaban siendo testigos. Los argumentos del soldado eran por demás convincentes y teniendo fresco el recuerdo de los triunfos obtenidos por Mitrídates, los ciudadanos aceptaron como verdad única el hecho de que el rey era El Mesías tan esperado.

-¡Larga vida al Rey Salvador! -gritó Arquelao.

Y el público como una sola voz respondió:

-¡Larga vida al Rey Salvador!

Los soldados apostados alrededor de la tarima real comenzaron a chocar sus jabalinas contra el suelo, mientras enaltecidos seguían gritando ¡Larga vida al Rey Salvador! Las fuertes voces y los golpes rítmicos retumbaron en el teatro. El eco, como una voz divina, afirmaba la condición profética de Mitrídates.

Arquelao, dirigiéndose a los otros generales, dijo:

-Vosotros, volved a vuestros soldados, y propagad la buena nueva en todos los territorios ocupados ¡El Rey Salvador finalmente ha llegado!

Y la multitud enaltecida continuaba gritando:

'REY SALVADOR, REY SALVADOR'

Mitrídates abrió los brazos y con una sonrisa en los labios, giró su cuerpo de derecha a izquierda dirigiendo su mirada a las gradas. ¡Este era sin lugar a dudas el mejor momento de su vida!

Pero aún faltaba algo más. Quería dar otra muestra de supremacía ante sus súbditos. Quería humillar al romano de forma tal que toda Asia Menor fuese testigo del poder que tenía sobre el destino de sus enemigos.

Entonces el rey se dirigió a sus soldados:

-Ha llegado la hora de hacer justicia. Traedme al prisionero - dijo con gesto autoritario.

Un burro apareció y sobre él, Aquilio, el cónsul romano, vestido con harapos, amordazado y con las manos atadas a la espalda. La gente lo abucheaba a su paso y le lanzaba verduras podridas y piedras. Una de ellas al estrellarse con su rostro le produjo una herida de la que empezó a

brotar un hilillo de sangre.

Al lado del estrado donde se encontraba Mitrídates y su comitiva, se había colocado una marmita sobre un cúmulo de paja seca. Ante la orden de Mitrídates, un soldado encendió la paja con el fuego de una antorcha. Rápidamente las llamas crecieron y lamieron la olla, calentándola. Uno de ellos alzó la mirada hacia el rey y Mitrídates hizo un gesto de asentimiento, el soldado entonces comenzó a volcar monedas de oro dentro de la cacerola y con un cucharón de madera comenzó a remover el contenido.

Mientras el dorado líquido se iba formando, Aquilio había llegado a la tribuna real. Bruscas manos lo bajaron de su infeliz montura y lo condujeron al lado de Mitrídates. El rey lo recibió con desprecio y mostrando al desdichado Aquilio a la multitud dijo:

-Aquí lo tenéis. Un romano que invade nuestras tierras para robarnos nuestra riqueza, riquezas que nos pertenecen solo a nosotros -. La muchedumbre abucheaba a Aquilio. Los gritos eran ensordecedores.

-Romanos, pagareis cara vuestra codicia- gritó.

Hizo un gesto al soldado que se encontraba al lado de la pira y éste asintiendo, se colocó en las manos unos guantes de cuero de herrero y acercó la cacerola ardiendo al rey. Dentro las monedas de oro ya se habían derretido y un danzarín humo salía del infernal guiso.

El rey se colocó también unos gruesos guantes de cuero con toda la parsimonia de la que fue capaz, mientras el agotado Aquilio había abierto los ojos aterrado, tratando de entender cual sería su cruel destino.

Mitrídates tomó entonces la marmita de las manos del soldado, y se colocó enfrente del desdichado prisionero. Un soldado sujetaba al débil Aquilio, mientras otro le abría la boca bruscamente.

-Tienes una sed infinita de oro, Manio Aquilio - dijo con odio el rey- pues yo saciaré de una vez por todas tu codicioso afán.

Y diciendo esto volcó el oro derretido dentro de la boca forzadamente abierta del general romano. Mitrídates no se detuvo hasta que todo el contenido de la cacerola fue vaciado en las entrañas de Aquilio.

Después de este brutal castigo, Aquilio, sin poder gritar, sin poder moverse por sus ataduras, cayó al piso. Desde allí, los habitantes de Pérgamo presenciaron su muerte, mientras el oro fundido le quemaba las entrañas.

La proclamación de Mitrídates como Rey Salvador no había sido un discurso al azar, por el contrario, el Rey del Ponto se había reunido con sus generales antes de la celebración y habían deliberado de que manera podían sacarle aun más provecho a su devastadora victoria.

Mitrídates era un hombre muy pagado de sí mismo pero al mismo tiempo, inteligente como pocos, sabía que una campaña mediática a su favor le facilitaría la tarea de expulsar a los romanos de la Anatolia.

Hacía mucho tiempo ya, que diversos profetas de distintas religiones vaticinaban la llegada de un Salvador, un Mesías que liberaría al mundo de la opresión romana. Mitrídates se encargó de personificar esta profecía y personalmente creo que llegó a creérsela él mismo pues realmente los signos coincidían con su persona. Sin embargo, la historia nos cuenta que no fue él el que acabó con Roma, sino Roma la que acabó con él.

Pero para los efectos de este momento, Mitrídates logró su cometido y después de su primera victoria, muchos llegaron a creer que él era el Rey Salvador, el Mesías anunciado por los profetas.

CAPITULO 9

Toula estaba sentada en su salón privado, tejiendo un tapiz bajo la ventana. Para realizar los intricados nudos necesitaba de toda la luz del exterior. Sus dedos diligentes seguían el recorrido de los diferentes hilos pero no podía concentrarse con los gritos que llegaban del jardín. Sus manos se encresparon y frustrada tiró el tapiz al suelo como era su costumbre cuando algo se escapaba de su control. El alboroto del jardín, le hizo voltear su mirada hacia fuera. Allí están esos mocosos haciendo ruido otra vez, pensó con rabia.

Desde su sorpresiva llegada al mundo, los mellizos habían cambiado la vida de todos en el reino. Dromeas se había convertido en un niño de cabello rubio, ojos color miel y carácter vivaz e inquieto. Adhara era una niña preciosa que había heredado los ojos glaucos de su madre (y de su abuelo) y poseía una larga cabellera castaña con reflejos cobrizos que Zoe adoraba peinar.

El palacio se había llenado de la algarabía de los niños, sus gritos y juegos se escuchaban constantemente en todas las habitaciones. Pilomene estaba tan contento de tener un heredero varón que cerraba los ojos ante cualquier travesura que efectuase Dromeas. Interrumpía sesiones en la Sala de Consejo si el niño le pedía un poco de su atención y embajadores de otros países debían esperar pacientemente al rey que riendo a

carcajadas jugaba con su nieto.

Solo Toula veía con odio todas estas escenas de afecto desde lejos, a lado de su madre. Ella era la gran perdedora de esta situación. Ahora que este niño existía, ella era una molestia en el palacio de su padre, una mujer sola a la que había que atender pero no respetar. Había sido despreciada por su marido y el papel de heredera se había escapado de su futuro. Su resentimiento nato, contra todo y contra todos, se acrecentaba mientras más se fortalecía el vínculo entre Pilomene, Zoe y los niños.

Ese chiquillo rubio había acabado con todas sus esperanzas, vieja y sin herencia sería aun más difícil dejar de ser una carga en el palacio. Desde la ventana, veía a Pilomene sentado al lado de Zoe, y una punzada de celos atravesó su corazón. Lo peor de todo es que no solo me robó mi herencia y mi futuro, también me robó a mi padre, pensaba con tristeza.

Mientras tanto, Zoe y Pilomene estaban sentados bajo un árbol viendo a los niños corretear por el jardín. Dromeas estaba trepándose a un árbol sin miedo, desafiando traviesamente a la ley de gravedad. Mientras desde el suelo, Adhara le seguía retadora, incapaz de aceptar que su hermano fuese mejor que ella en algo.

Zoe veía a sus hijos divertida. Aquí en este jardín viendo a los niños jugar, sentada al lado de su padre, se sentía plenamente dichosa. Desde que se bajó del carruaje y sus ojos se encontraron con los de Pilomene, una conexión especial se había establecido entre ellos. El rey era un padre dulce, comprensivo. Pasaba largas horas sentada con él, contándole como había sido su infancia. El quería conocer todo acerca de su vida, quería recuperar todo el tiempo que había pasado lejos de su hija.

Tomó como costumbre reunirse todas las tardes con ella y los niños y pasear por los jardines del palacio. Zoe se sentía culpable por haber decepcionado a su madre pero no podía negar que se sentía muy feliz desde que había llegado a Gangra. Disfrutaba de su papel de madre y de hija, disfrutaba del mundo donde veía hombres y mujeres en sus distintos roles y disfrutaba de la admiración y atracción que despertaba.

Pero lo que más agradecía era el haber podido ver crecer a sus dos hijos tal como los veía ahora. No hubiese podido soportar el dolor de desprenderse de uno de ellos al momento de su nacimiento, tener que haberle entregado y dejar su cuidado a manos desconocidas.

-Mi madre estaría feliz de conocer a los mellizos -dijo con una sonrisa.

Pilomene la vio y sonrió.

- Evidentemente, no heredaron ninguna de mis cualidades - dijo, mientras los niños se habían enfrascado en una pelea y rodaban uno sobre otro por

la hierba.

El rey fijó la mirada en la niña y una marea de recuerdos se revolcó en su mente ¡Cuánto se parecía a Hipólita! Adhara poseía el mismo rostro hermoso de líneas clásicas que tanto artistas habían plasmado en las estatuas de las diosas. Su cabello largo y espeso, de un tono rojo oscuro, refulgía bajo el sol como un escudo de cobre recién bruñido y su actitud arrogante y retadora gritaba a los cuatro vientos que corría sangre amazona por sus venas. Al menos tiene mis ojos, como Zoe - pensaba Pilomene con un dejo de tristeza.

Un sirviente interrumpió sus pensamientos. Traía un pergamino sellado que entregó a Pilomene.

-Tiene el sello de Tesmicira - dijo el rey. Lisipe que estaba parada muy cerca de ellos, volteó la mirada de los niños y la enfocó en Pilomene. Desde el nacimiento de Adhara, Lisipe nunca se apartaba de su lado.

El rey tomó el documento en sus manos y rompió el sello. Leyó el contenido en voz alta.

-El Consejo de las Amazonas notifica a todos los reinos vecinos que por unanimidad se ha acordado que Xanthe, hija de Lisipe, sea la heredera al Trono de las Amazonas - hizo una pausa para ver la expresión de Zoe-. Hipólita continuará ejerciendo sus funciones de soberana pero se dedicará a asesorar, entrenar y preparar a Xanthe para su futuro cargo cuando ella muriese o no pudiera continuar físicamente con sus funciones.

Zoe se puso de pie de un brinco y corrió a abrazar a Lisipe quien todavía mantenía una expresión de sorpresa en su mirada.

-¡Xanthe será reina!-. Se alegraba muchísimo por su amiga de la infancia. Sin lugar a dudas, ella era la persona más indicada para liderar a las amazonas.

Lisipe abrazó fuertemente a Zoe y cerró los ojos con fuerza. No podía permitir que las lágrimas de emoción surcaran su rostro. ¡Xanthe cumpliría el sueño que ella nunca pudo lograr!

Abrió los ojos y la primera imagen que vió a través del hombro de Zoe fue la de la pequeña Adhara correteando por el jardín. Se plantó sobre sus dos pies y se llevó las manos a la cintura, miró desafiante a Lisipe y le dijo:

-Xanthe está sentada en mi trono. ¡Yo soy la Reina de las Amazonas! - dijo orgullosa.

Lisipe soltó una carcajada. Adhara era la copia exacta de su abuela Hipólita y la vieja amazona estaba encantada del orgullo que la niña sentía por su raza. Dromeas se acercó corriendo, se dirigió a Pilomene y le dijo:

- Si Adhara es reina, yo también quiero ser rey-. Y Pilomene con una sonrisa le contestó:

- Algún día serás rey de Paflagonia, Dromeas.

El niño se volteó hacia su hermana y le dijo:

-¿Oíste eso, Adhara? Los dos seremos reyes. Uniremos nuestros reinos y conquistaremos el mundo entero.

Adhara comenzó a reír encantada y batió las palmas en señal de asentimiento. Los dos niños se agarraron de las manos y comenzaron a dar vueltas vertiginosamente.

Pilomene, Zoe y Lisipe comenzaron a reír también contagiados por el entusiasmo de los pequeños. La vieja amazona enfocó su mirada en Adhara. Cuando la tuvo en sus brazos recién nacida había tenido miedo de que la niña hubiese heredado la apatía de Zoe pero desde el momento que abrió sus ojos grises había demostrado que era sin lugar a dudas la Última de las Amazonas. Pensó en su rival en Temiscira y en su hija Xanthe ahora sentada en el trono.

Hipólita cumplió su promesa - pensó agradecida. -Ahora yo terminaré de cumplir la mía.

Lisipe observaba a los mellizos montados en sus respectivos caballos empuñando espadas de madera y escudos de bambú. Los niños escuchaban atentos la lección que les impartía la vieja amazona y obedientes seguían sus instrucciones. Adhara y Dromeas tenían una complexión atlética excelente y una habilidad innata en el manejo de las armas lo que hacía que fueran los alumnos más aventajados que un maestro pudiese desear.

Había tomado las riendas de la educación de los mellizos en cuanto lo juzgó conveniente. Para ella era una gran responsabilidad el entrenamiento que Adhara debía recibir. Hipólita nunca le perdonaría que no hiciera de ella una amazona del más puro linaje. Pero, como los niños eran inseparables, decidió que adiestraría a los dos por igual. Tal vez

fuese un desperdicio gastar su tiempo con Dromeas, pero de esta manera, Adhara tendría un compañero necesario para las prácticas.

-Adhara, monta firme, aguanta el estribo con una sola mano y corre, corre. ¡Sácale todo el aliento a ese corcel!- gritaba Lisipe -. Ahora, aprieta la grupa del animal con las rodillas, y no te agarres de la brida. Si no tienes las dos manos libres, no podrás usar la espada y el escudo.

Adhara había hecho tal cual le habían pedido y cabalgando, soltó sus manos y elevó los brazos blandiendo la espada y el escudo en el aire, manteniendo el control del caballo con las rodillas, bajo la aprobadora mirada de Lisipe.

Dromeas se reía burlón montado desde su corcel. Apoyó sus manos en el cuello del animal, tomó impulso y se puso de pie sobre la silla. Con el caballo en movimiento y logrando un equilibrio perfecto, blandía el escudo y la espada como lo había hecho su hermana hacía muy pocos minutos.

-¡Cuidado, te vas a caer! -le gritaba Lisipe fingiendo enojo, pero por dentro estaba orgullosa de la pericia del niño.

-No te preocupes, Lisipe - gritaba Dromeas desde su montura. - Estoy aprendiendo de ti. Y tú, luchas y cabalgas mejor que los generales de Pappous-. Y ante el ceño fruncido del ofendido Pilomene, la amazona trataba torpemente de disimular una sonrisa de satisfacción.

Lisipe sabía a que se refería Dromeas. Recién llegada a palacio y mientras conducía sus prácticas de entrenamiento como todas las mañanas en el jardín, un general del ejército la observaba con mofa apoyado en un árbol. Su nombre era Branco y era un soldado bravucón y altanero, que solo se mantenía en su cargo por su estupenda pericia con la espada y la lealtad incuestionable de sus soldados.

-El arma que deberías tener entre tus manos es una cacerola y no una espada, mujer- le gritó despectivo.

El comentario fue suficiente para que Lisipe montase en cólera. Lentamente se volvió hacia el hombre y con una señal de su mano le invitó a acercarse.

-¿Me estás invitando a tu cama? -dijo riéndose -. A mí me gustan los pollos jóvenes y tiernos, no las gallinas viejas y duras - dijo acercándose con la espada desenvainada. Le daría una lección a esta mujer pretensiosa y la pondría en su lugar, pensaba ufano. No le gustaba la idea de mujeres armadas merodeando por el palacio. Ellas pertenecían a la cocina o a la cama.

Lisipe le esperaba sin pronunciar una palabra, con la espada baja y una actitud tranquila.

-No llores muy fuerte cuando te corte esa cara fea que tienes. No me gustan los lamentos ni las lágrimas -dijo Branco mientras traicioneramente levantaba su espada y arremetía contra la amazona.

Con un movimiento veloz, Lisipe levantó su espada y paró en seco la estocada a traición que le dedicó el hombre.

-En un combate es deshonroso no llamar al ataque y acometer de sorpresa - le dijo entre dientes mientras la potencia de su espada lo catapultaba hacia atrás. Branco no se esperaba ese empujón que frenó su arremetida y con redoblado esfuerzo se enderezó y con toda su fuerza, trató de embestir a la amazona. Esta blandió su espada y resistió el primer golpe, y el segundo, y el tercero y así sucesivamente hasta que el general comenzó a jadear por el esfuerzo que le estaba resultando pelear con esta mujer que se defendía como si fuese una muralla de piedra.

Mientras tanto, Lisipe soportaba los golpes manteniendo su postura, sin ceder un solo centímetro. Cuando se dio cuenta que su adversario comenzaba a sentir el cansancio de su afrenta, tomó impulso y comenzó con fiereza un ataque frontal. El soldado ahora se defendía de los fuertes ataques de la espada rival y poco a poco fue retrocediendo tratando de esquivar la furia de Lisipe.

Mientras las espadas chillaban, Lisipe alimentaba su ímpetu con los recuerdos de lo que hasta ahora había sido su vida en palacio. Las mujeres la veían con temor y los hombres con desprecio. Tenía que demostrar cuanto valía. Tenía que demostrarle a este patán que una mujer podía empuñar una espada igual que él... o mejor. Y motivada por este pensamiento, arremetió con más fuerza contra el hombre armado.

Éste, tratando de defenderse, comenzó a caminar hacia atrás, tropezó con una rama y perdió el equilibrio. Antes de que su trasero se apoyase en el piso ya tenía la espada de Lisipe en su cuello.

-A mí, nunca me ha gustado la gallina, ni joven ni vieja. Aun menos cuando tienta de blandir una espada sin valorar al adversario -le dijo con desprecio al hombre que tendido en el suelo no podía moverse, pues de hacerlo, la espada cortaría la piel de su cuello.

Branco la veía desde el piso con odio, incapaz de aceptar su derrota. En ese momento llegó corriendo Dromeas, con Adhara atrás y lanzándose sobre Lisipe la abrazó diciéndole:

-Eres el mejor guerrero que conozco. Quiero ser como tú. Entréname, por favor, entréname-. Le suplicaba clavando su ardiente mirada sobre la

amazona.

Lisipe no pudo evitar el espontáneo abrazo de Dromeas. Su misión era solo entrenar a Adhara, pero ahora con el niño entre los brazos se dejó llevar por sus sentimientos y le devolvió el abrazo con fuerza. Nunca hubiese imaginado que llegaría a encariñarse tanto con este pequeño varoncito.

Pilomene estaba consternado, estos niños tenía más sangre de Hipólita en sus venas de lo que él hubiese querido. Si dejaba a Dromeas en las manos de Lisipe, todo el equilibrio que había logrado en la zona desaparecería en poco tiempo. Aunque se sentía orgulloso de las capacidades físicas de su nieto, no quería un guerrero en su trono como sucesor.

Pilomene había manejado muy bien la diplomacia, como todos sus antepasados, y pensaba que esa era la manera correcta de gobernar. Por eso quería encauzar de alguna manera los ímpetus de gloria y la soberbia de su nieto. Le hubiese gustado que Dromeas mostrase más inclinación hacia la historia, la escritura y las matemáticas. Todos estos eran conocimientos más útiles para un rey que quisiera gobernar de forma pacífica.

Intentó despertar su interés trayendo un considerable número de maestros al palacio, pero nada de esto llamaba la atención del pequeño. En cuanto el maestro se descuidaba, Dromeas se escapaba y se dirigía adonde Lisipe estuviese a comenzar de nuevo con las prácticas que tanto le gustaban. Lisipe era divertida, le enseñaba a combatir, a montar a caballo y a hacer flechas. El niño adoraba a la vieja amazona y solo era feliz estando a su lado.

Los maestros frustrados le gritaban y le seguían por el jardín tratando de alcanzarle para hacerle regresar al salón de clases, pero el chiquillo era endemoniadamente rápido, no había manera de alcanzarle.

Corría veloz como el viento. Corriendo Dromeas se sentía en su elemento. Correr, correr, correr, desafiar al viento mientras sentía su zumbido en los oídos y su fuerza en la cara. Galopar sobre caballos veloces, mientras se sentía dueño y amo del animal, de la naturaleza, del mundo. Desafiar a todo y a todos, a todas las leyes de la naturaleza, a la gravedad, a la autoridad de su abuelo. Pelear, demostrarle a todos que era el mejor pugilista, el mejor jinete, el mejor atleta. Eso era lo que Dromeas quería hacer y no estar sentado con el cuerpo inmóvil escuchando a ancianos

hablar de cosas que él no podía ver, ni tocar, ni sentir. Le gustaba usar su cerebro para controlar cada uno de los músculos de su cuerpo, para sentir la energía divina que corría por sus venas y no para dedicarlo a abstractas ideas que le aburrían.

Por su parte, Adhara se había beneficiado de la educación de su hermano, algo que no hubiese sucedido en esa época, donde las mujeres solo aprendían labores del hogar. Pilomene esperaba que al tener a su hermana como compañía, Dromeas considerase que las lecciones eran más interesantes. Pero no fue así. Mientras Dromeas desdeñaba el salón de clases y huía de él en cuanto podía, para Adhara se había abierto un mundo maravilloso ante sus ojos. Su amor por lo que estaba aprendiendo competía con el tiempo que tenía que dedicar a ejercitarse y esto preocupaba a Lisipe.

La niña era increíblemente inteligente. Los maestros pensaban que era un desperdicio que existiera una mente tan brillante dentro de la cabeza de una mujer. Traería más problemas que beneficios, cavilaban moviendo tristemente la cabeza de un lado a otro, ningún hombre querría a su lado una mujer más lista que ellos.

Al menos era hermosa, pensaba un profesor de Atenas que le enseñaba geometría, mientras veía su perfil inclinado sobre el banco de estudios. Cualquier hombre desearía hacerla su esposa... si ella accedía a supeditarse a un varón, algo que ninguna amazona estaría dispuesta a hacer.

Tal vez debería dejar mi reino a Adhara, pensaba Pilomene. Pero dejarle su reino a una amazona tampoco iba en línea con la idea de diplomacia que habían tenido sus antepasados.

Pilomene se le acercó mientras ella estaba inclinada sobre su caja de arena trazando figuras imposibles. Cuando tenía su perfil inclinado sobre el banco de estudios, su expresión se suavizaba y su parecido con Hipólita disminuía. En esos momentos, lejos de las armas y utilizando sus útiles, Pilomene sentía a su nieta mucho más cerca de él. No solo heredó mis ojos, también heredó mi pasión por aprender.

- ¿Qué haces? - le preguntó mientras Adhara levantaba el rostro y lo recibía con una sonrisa.

-Estoy calculando la edad de Diofanto, Pappous – le decía dulcemente.

Pilomene se sentó a su lado y mientras discutían los postulados, resolvieron juntos el problema. Pocas situaciones disfrutaba el rey más que estos momentos con su nieta.

A Adhara le gustaban todas las materias pero sentía una atracción especial por las matemáticas. Se pasaba horas resolviendo problemas. En su mente todo encajaba y encontraba sentido. Cuando su mente se abstraía en algún problema matemático su pensamiento se iba, viajaba a niveles superiores, donde no había tiempo ni espacio, solo raciocinio. Su mente navegaba y analizaba las alternativas, se movía entre árboles de decisión, retomaba el argumento y luego de estar flotando durante un tiempo no cronometrado, la solución surgía de algún oscuro rincón de su cerebro. Como si por un instante, una chispa divina hubiese generado una conexión con una mente más grande, una mente que sabía todo y se comunicaba con ella. Era divertido encontrar la solución a un problema. Entendía como se sentía Dromeas cuando ganaba una carrera o una pelea. Esa sensación de logro, de dominio, de sentirse pleno era lo mismo que ella experimentaba cuando le ganaba a todos sus maestros en resolver problemas.

Pilomene la contemplaba orgulloso de su inteligencia mientras los gritos de Dromeas se oían desde el jardín y su silla vacía le recordaba el poco interés que le despertaban los libros.

¿Cómo se controlan a los hijos de Zeus y una amazona? se preguntaba Pilomene.

CAPITULO 10

- Traed más agua caliente, el baño se está enfriando - ordenó Rikae a su sirviente con voz autoritaria mientras una esclava le daba masajes en la espalda con una esponja empapada en esencia de jazmín. La tina donde estaba sumergida había sido forjada en bronce y tenía repujados complicados dibujos que recordaban flores geométricas, flores trazadas con compás y escuadra en vez de con la mano libre de un artista.

En el reino del Ponto, Rikae disfrutaba de todas las ventajas de ser la esposa de uno de los hijos de Mitrídates. Sus habitaciones eran inmensas, sus ropajes estaban hechos con las mejores sedas de Oriente y linos de Egipto, poseía joyas de allende el mar y decenas de esclavas que cumplían sus más mínimos caprichos.

Sumergida en el agua caliente, cerró los ojos y sonrió. Estaba feliz por el reciente triunfo de Mitrídates, El reino del Ponto se está agrandando consideradamente, pensaba mientras abriendo los ojos nuevamente, admiraba el nuevo anillo de Caria que brillaba flamante en su dedo.

Tal como lo había planeado Pilomene, Rikae se había casado con Farnaces II, uno de los hijos de Mitrídates VI, Rey del Ponto. Mi padre debería estar contento, de todas mis hermanas soy la que ha obtenido el mejor marido, pensaba con relamida felicidad. Además, mi padre debería agradecerme que mi suegro no lance sus tropas de una manera espantosa

sobre Paflagonia, como lo ha hecho con Bitinia.

- Mi padre es viejo zorro astuto- dijo en voz alta. Las esclavas continuaban frotándole la espalda con la mirada baja, con la actitud de alguien que no existe. Esta princesa era impredecible y nadie osaba a contrariarla nunca-. Sobrevivir, eso es lo que siempre ha hecho, el muy timorato.

Tan diferente a su suegro, pensó con relamida voluptuosidad recordando la noche anterior antes de partir a la batalla contra Nicomedes. Su suegro se había presentado en sus habitaciones sin anunciarse, al parecer las ansias de batalla despertaban sus apetitos carnales. Ella se encontraba reclinada sobre un diván vistiendo solo una túnica blanca y el cabello largo y oscuro cayéndole por la espalda hasta la cintura. El deseo brillaba en las negras pupilas del rey; ella con una sonrisa provocadora se le acercó y sin apartar sus ojos de los de Mitrídates se desprendió de su túnica quedando completamente desnuda ante sus ojos.

El rey era un hombre fogoso pero sus gustos no eran muy diferentes a los de otros varones. Al final, todos los hombres quieren lo mismo, pensó Rikae con una sonrisa voluptuosa. El arte de las ninfas. Un arte al que se había dedicado desde muy temprana edad.

Dentro de este baño perfumado que acariciaba todo su cuerpo, recordaba cuando siendo muy joven había descubierto su sensualidad. Se había escapado del cuidado de su nodriza y había ido al gimnasio donde se entrenaban los jóvenes soldados del ejército de su padre. Oculta en un rincón los veía, desnudos y untados en aceite, pelear entre sí. Ante la imagen de estos cuerpos musculosos retorciéndose entre ellos, un fuego despertó en su vientre, un deseo arrebatador la poseyó, una sed que le urgía saciar.

Al oscurecer se escapó de sus habitaciones y entró quedamente en los aposentos donde los jóvenes descansaban. Se acercó al primer catre donde un muchacho dormía desnudo y se cubría con una gastada tela de lana. Rikae apartó la tela y despojándose de su peplo se acostó al lado del joven despertándole con un húmedo beso.

Este gesto avivó el deseo del soldado de inmediato y Rikae sin estar muy segura de lo que venía a continuación se entregó a los brazos de su joven amante. Esa noche descubrió como podía usar su cuerpo para sentir placer y para provocarlo... y se volvió adicta a él.

Todas las noches se escapaba de su habitación y se dirigía a las barracas llenas de hombres. No podía evitarlo. Necesitaba satisfacer esa urgencia feroz que le arañaba el vientre. Era insaciable.

Después de todas esas noches, se convirtió en una amante experimentada. Estaba abierta a probar cualquier cosa que pasase por su imaginación o la de cualquiera de sus compañeros. Descubrió que podía usar su cuerpo como un arma, y que los varones tenían debilidades. Sabía que tenía un poder grandísimo sobre los hombres, un poder que le permitía obtener cualquier cosa de ellos mientras ella también se sumergía en mares de placer.

Jugaba a hacerlos sufrir; se desnudaba ante ellos, danzaba suavemente bamboleando sus caderas y no les permitía poseerla hasta que no realizaran alguna tarea que ella les impusiera. Los manipulaba como esclavos. Sabía que ellos tenían que obedecerla pues al fin y al cabo, era la hija del rey y no podían forzarla. Por otra parte, el placer que ella había aprendido a proporcionarles, les convertía en dóciles corderitos dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de hacerla suya.

Mitrídates era una amante fogoso y experimentado. Le gustaba llevar el goce al límite y aventurarse en busca de placeres más sofisticados. Pero Rikae estaba a la altura y lo sabía. Sabía llevar al soberano al borde del éxtasis, sabía que era mejor que cualquiera de sus esposas o concubinas... y lo mejor de todo era que él también la complacía. En sus manos quedaba satisfecha, al menos por un corto tiempo.

Pero de todos los placeres que había experimentado, el que más le gustaba era yacer entre sus brazos después del cansancio amoroso y oírlo hablar de sus planes de conquistar el mundo. Le divertía cuando le contaba de sus experimentos y se reía glotona cuando le describía el efecto de algún veneno sobre su víctima. Nada excitaba a Rikae más que el poder y Mitrídates, a través de la espada o de los fármacos, era dueño y señor de la vida de los demás mortales.

Definitivamente, Mitrídates era más interesante que el aburrido de su hijo Farnaces. Rikae tenía que hacer lo imposible para no quedarse dormida entre sus decepcionantes brazos. Sus conversaciones estaban siempre carentes de ambición. Su marido le recordaba a Pilomene, poco dado a las armas, prefería solucionar los conflictos a través de pactos. Como los cobardes, pensaba con desprecio.

En cambio, su suegro, era un hombre de batallas, conquistaría toda Asia Menor y a su muerte, ella sería la reina y señora de toda Anatolia, se decía con relamida antelación. Ofrecerle un poco de placer era un precio muy bajo comparado con todo lo que iba a obtener en el futuro, pensaba maquiavélicamente.

Salió de la tina y otra esclava presurosa le arropó con un paño de lino. La secó con suavidad y empezó a aplicarle el aceite perfumado sobre el

voluptuoso cuerpo entrado en carnes.

Una doncella le acercó un peplo color azafrán y con mucha delicadeza se lo pasó por la cabeza y se lo abrochó a la altura de los hombros. El prominente pecho de Rikae tensó la parte frontal del atuendo y al colocarle el cinturón que completaba la vestimenta, la esclava notó que le costaba ceñirlo. Alguien debería decirle a la princesa que debía evitar comer tantos pasteles de miel y almendras pero la pobre muchacha no imaginaba nadie capaz de comunicarle a Rikae que estaba engordando... ni siquiera Mitrídates.

Rikae se dio cuenta que a la esclava le costaba abrocharle el cinturón y no le pasó desapercibida su sonrisa. Molesta preguntó:

- ¿De qué te ríes, estúpida?

La esclava palideció de miedo y bajó la mirada nerviosa. Un mensajero entró en la habitación y sin saberlo salvó a la pobre infeliz de la embarazosa situación.

-Su majestad, correspondencia -. El heraldo le entregó dos pergaminos a Rikae.

Las dos misivas procedían de Gangra. ¿Qué querría ahora su padre? se preguntaba. Siempre tan noble y correcto, siempre tan meticuloso, le había escrito miles de cartas pidiéndole que tratase que su marido intercediese con Mitrídates y no continuase la provocación a los romanos. Pero Rikae hacia caso omiso de esta correspondencia, le decía que sí a su padre y en realidad, quemaba todas sus cartas.

Ojalá tampoco fuese de Toula quejándose de Zoe y los niños, pensó con fastidio. Rikae no había podido conocerles. ¿Quién quería ir a la provincial Gangra cuando podía estar en Sinope, la capital del reino? Aquí, ella tenía intereses que cuidar y en casa de su padre no existía nada que le llamase la atención.

Sin embargo, el asunto del chiquillo en la corte y la desmedida atención de Pilomene por él, tenía molesto al reino del Ponto. Pilomene haría bien en recordar sus promesas.

Con fastidio vio que sus peores sospechas estaban confirmadas, había una carta de su padre y otra de Toula. El pergamino que le enviaba su padre era una invitación a tres días de festividades en conmemoración a sus años de vida. La segunda era una carta de Toula donde le decía que en esa fiesta su padre proclamaría a Dromeas como su futuro heredero.

Pilomene debía estar muy trastornado con ese niño. ¿No se daba cuenta que al nombrarlo su heredero ponía en peligro a Paflagonia y a Dromeas

mismo? Mitrídates había hecho poco caso de Paflagonia pues la consideraba ya conquistada. Si Pilomene continuaba con esta tontería de nombrar pomposamente un heredero, el rey del Ponto lo vería como una provocación y una burla a la alianza matrimonial que había hecho. Rikae tendría mucho que perder, su poder en esta corte venía del legado que traía con ella. Sin Paflagonia como dote, su poder en Sinope quedaba disminuido. Debería ir a esa fiesta por el bien del Ponto y del suyo propio.

Recreó en su mente la lista de invitados. Allí estarían todas sus hermanas con sus esposos, Zoe a quien finalmente conocería, los mocosos, Toula y por supuesto el marido que la repudió, Felon. Al recordarse de él, una sonrisa sensual asomó a sus labios. Agradables recuerdos volvieron a su mente.

Ahora que Mitrídates se encontraba en Pérgamo, ella acudiría en su nombre a la ceremonia. Iría a esa fiesta y disfrutaría del circo.

CAPITULO 11

La algarabía reinaba en las calles de Gangra, la capital de Paflagonia. Campesinos, comerciantes, jornaleros y amas de casa se habían dedicado los últimos días a preparar la ciudad para la celebración de los cincuenta años de Pilomene.

Pilomene era un rey muy querido por todos sus súbditos. Sus políticas de armonía y justicia, junto con su habilidad para la diplomacia hacían de su pequeño reino un remanso de paz en el medio de la siempre conflictiva Asia Menor. Los habitantes agradecían la sabiduría de su rey.

El pueblo entero se había dedicado a barrer las calles, limpiar las fuentes y colocar guirnaldas de flores en todas las puertas y ventanas de sus viviendas. Querían demostrar lo orgullosos que estaban de su ciudad a los invitados que desfilarían por sus calles para asistir a la celebración.

La festividad consistiría en tres días de festejos. El primer día, después de la bienvenida, se celebraría el banquete real y durante los dos días siguientes se efectuarían las Carreras de Caballos de Paflagonia.

Los corceles del país era reconocidos en toda la región de la Anatolia por su calidad, belleza y brío. Reyes, amazonas, soldados y ricos comerciantes venían de todos los rincones del mundo conocido para hacerse de los portentosos sementales y hermosas yeguas que se criaban en esta tierra. Algunas leyendas contaban que estos animales solo se alimentaban de unas flores que crecían en la ladera del monte Olgasys. Estas flores eran de grandes pétalos de brillante color azul, carentes de olor y duras de roer, lo que les daba las cualidades de belleza y fuerza únicas en la

región.

Los paflagonios, orgullosos de sus caballos, se habían dedicado a la tarea de meticulosamente trenzar con cintas de colores todas las crines y colas de sus corceles. Sin importar adonde dirigiese la mirada el visitante, siempre sus ojos se toparían con un hermoso corcel cuidadosamente acicalado.

El palacio real no escapó de esta alegría colectiva. Sus paredes habían sido recientemente blanqueadas y vueltas a pintar del amarillo ocre típico de la región. Se ajustaron los mecanismos de las fuentes y nuevas estatuas salpicaban los jardines. Un gigantesco estandarte había sido desplegado sobre la entrada principal, en él se mostraba orgullosamente el símbolo de Paflagonia: un brioso corcel cabalgando sobre un fondo azul.

Pilomene se apostó en las gradas de entrada de su residencia para recibir personalmente a la caravana de invitados que desde hacía horas comenzaban a llegar. Llevaba un manto largo del mismo azul del estandarte y dos broches hechos en forma de cabeza de caballo le sujetaban los hombros. Se habían rizado la barba, todavía castaña, con pinzas calientes y sus pies estaban enfundados en botas de suave cuero de ternera.

La comitiva de bienvenida estaba formada por el rey, la reina, sus familiares más cercanos y algunos de los funcionarios de la corte. Branco, el comandante de su ejército se encontraba a su izquierda ricamente ataviado con su uniforme de guerra y la espada al cinto. Miraba nervioso hacia la derecha del rey, allí Lisipe se encontraba detrás de los mellizos, siempre atenta y erguida. Desde su infortunado encuentro con la amazona, trataba de evitarla en lo posible. Una pesada enemistad se había entablado entre ellos.

Guiados por el maestro de ceremonia, desfilaban los invitados recién llegados: una larga línea formada por sus reyes vecinos, dignatarios y embajadores de otros reinos.

De sus hijas, Rikae fue la última en llegar. Arribó en un Harmamaxa, un pomposo carruaje de oro de cuatro ruedas tirado por seis hermosos corceles. Los cojines eran de brocado dorado, el techo estaba soportado por cuatro columnas de madera y el toldo que lo cubría era de un grueso tejido púrpura. Los caballos también llevaban bridas de oro y penachos de plumas blancas. Un séquito de eunucos seguía el cortejo y se adelantaron ligeros cuando el vehículo se detuvo para ayudar a bajar a la princesa. Un enano se colocó presuroso frente la portezuela, se arrodilló y colocó las palmas de la mano sobre la tierra, haciendo de escabel a Rikae.

Rikae se bajó del carruaje con deliberada calma, para hacer de su aparición un momento espectacular. Apoyó un pie sobre la espalda del enano, que apretaba los dientes para soportar su peso. Paseó su mirada sobre el entorno para asegurarse que todos los allí reunidos la observaban. Quería dejar bien claro la importancia y el poder de los que gozaba en el Reino del Ponto.

Tres soldados de la Guardia Real de Sinope la precedieron y dos esclavas solícitas le ajustaron el recargado traje bordado en gemas que vestía. Llegó caminando lentamente hasta Pilomene y le tendió los brazos cargados de pulseras de oro.

Pilomene, ignorante de que Rikae conocía sus planes de herencia, se acercó a su hija y la besó en ambas mejillas. La reina Valia hizo lo mismo.

Deliberadamente, Rikae saludó primero a su hermana Toula con muestras de un afecto que estaba lejos de sentir. Después de darle un prolongado abrazo a la princesa renegada, su mirada se volteó lentamente hacia Zoe.

- ¡Vaya! Así que esta es la hermana que no conocíamos - dijo despectivamente mirándola de arriba a abajo.

Inmediatamente sus ojos se posaron en Dromeas y Adhara.

- Y estos deben ser tus... hijos - dejó un espacio suficientemente largo para que todos sintieran que la palabra que realmente quiso pronunciar era bastardos. Se produjo un momento incómodo que Pilomene trató de evitar preguntándole por las novedades en la corte de Sinope.

Mientras el rey hablaba, los ojos de Rikae se pasearon alrededor de las personas que estaban apostadas detrás de Pilomene. Su mirada se encontró con la de Lisipe. La amazona se encontraba detrás de Adhara, como una sombra. La mujer soportó la mirada altivamente y Rikae sorprendida ante tal muestra de coraje, volvió sus ojos sobre Pilomene. Interrumpiendo la conversación que el rey estaba tratando de entablar, Rikae dijo:

-El viaje ha sido largo y estoy cansada. Mostradme mis aposentos, ya nos veremos en el banquete -y diciendo esto se adentró al palacio, sin esperar respuesta, seguida de sus sirvientes.

Zoe estaba consternada, nunca había conocido a una mujer como Rikae. Sus ropajes eran espléndidos, así como también sus joyas, pero más allá de la ostentosa riqueza que a todas luces la colocaba en un rango real, tenía la actitud de ser la dueña y señora del mundo. Poderosa y despectiva, a la vez. Hacía sentir a los que se encontraban a su lado como seres que no eran lo suficientemente buenos para estar en su compañía.

No tuvo tiempo de pensar al respecto pues el maestro de ceremonia anunciaba al próximo invitado.

Tres yeguas castañas con mantos cortos rojos y estribos de oro se detuvieron ante la comitiva de bienvenida. El jinete a la cabeza desmontó veloz y con andar seguro se dirigió al encuentro de Pilomene. Era un hombre apuesto, alto y de amplios hombros. Sus cabellos negros estaban atados en la parte posterior de la cabeza y sus ojos azules reflejaban incomodidad en la mirada. Los otros jinetes eran dos recios soldados que formaban su única escolta. Caminando con porte marcial, se acercó a la comitiva que lo esperaba.

El hombre hizo una respetuosa reverencia a Pilomene, saludó a Valia con una reverencia también y le dedicó una mueca fría y tortuosa a Toula. Fue entonces cuando Pilomene se dirigió a Zoe.

- Zoe, hija mía, te presento a Felon, rey de Pisidia.

Felon se inclinó ante ella y al levantar la vista, la expresión de su rostro se relajó, sus ojos se quedaron prendados por un largo momento y una corriente eléctrica pasó entre ellos. Zoe poco habituada a contactos con miembros del sexo opuesto, se sonrojó de inmediato y una tonta sonrisa se dibujó en su rostro. Apartó la mirada confundida y entonces se encontró con un par de ojos que irradiaban furia y veneno, los ojos de Toula.

Se dio cuenta entonces de lo delicado de la situación. Por todos los dioses, era el esposo de su hermana. Al ver la expresión de Toula sintió que la cercanía a este hombre podría traerle muchos problemas. Trataría de no verlo más durante el tiempo que durase la celebración.

Una moira, delante de la rueca, se reía de sus intenciones.

El banquete se realizaría en el extenso comedor del palacio. El recinto también había sido meticulosamente preparado para esta celebración. Las esclavas habían limpiado los pisos de rodillas y los habían encerado hasta que fueran capaces de reflejar las imágenes como un espejo. Grandes candelabros de bronce de cinco brazos fueron colocados entre las mesas y en los pebeteros se quemaban costosos inciensos que perfumaban el

ambiente con su delicioso aroma.

Pilomene presidiría la cena desde la mesa principal colocada sobre una tarima en el comedor del palacio. Dos largas mesas laterales acomodarían a los invitados; sobre estas mesas se habían colocado manteles de lino y cuencos de plata cargados de avellanas, ciruelas, cerezas y peras.

Zoe entró presurosa a la sala del banquete. Había tomado demasiado tiempo frente al espejo arreglándose para alguien a quien supuestamente se había jurado que evitaría toda la noche. Al llegar allí, se dirigió a una de las mesas laterales donde ya estaban sentados sus hijos y Lisipe. Para su consternación descubrió que la única silla libre era la que se encontraba al lado de Felon. Con una sensación de aprensión en el pecho se dirigió al puesto vacío y se sentó.

Los sirvientes presurosos entraban con bandejas repletas de piezas de cacería. Pilomene había organizado una batida de caza una semana antes para proveer a sus invitados de los más exquisitos especímenes de sus bosques. Por los platos de los comensales se deslizaban guisos hechos de carne de ciervo, jabalí y faisán, cocinados con aceite de oliva traído de Grecia y las mejores especias de oriente. El rey no escatimó gastos en esta celebración. Grandes jarras de vino eran volcadas para llenar las copas de los sedientos comensales.

La atmósfera se había relajado por los efectos del vino y del buen comer, los invitados reían y ocasionalmente levantaban sus copa y brindaban en honor a Pilomene. Con todas las guerras y acontecimientos que estaban ocurriendo en la región, esta fiesta le ofrecía a los comensales la oportunidad de relajarse, divertirse y olvidarse por un rato de todos sus problemas.

Se oyó el tañido de instrumentos musicales y un grupo de bailarines entró en el comedor. Esbeltas jovencitas y ágiles mancebos vestidos con túnicas transparentes comenzaron a bailar entre los comensales, recreando con sus movimientos pasajes conocidos de historias de héroes y dioses.

En la primera danza, los donceles vestidos con las armas y escudos de Paflagonia se despendían de las muchachas que fingiendo llanto alzaban sus brazos hacia ellos. Esta era una escena de la historia de Paflagonia, cuando después de perder la guerra al lado de los troyanos, un gran grupo de paflagonios emigró a otras tierras, hacia el oeste, en territorios bañados por el mar Adriático. Pilomene veía estas escenas con lágrimas en los ojos. El éxodo había ocurrido hacía muchísimos años pero era un tema recurrente en las nostálgicas canciones que se habían oído desde siempre en todo el reino.

Del lado opuesto del comedor, Rikae observaba con desdén el espectáculo. Estaba sentada al lado de Toula, hermanas unidas por un

mismo odio, dirigían sus miradas a la mesa vecina mientras los ojos de los comensales estaban fijos en los bailarines.

-Pareciera que nuestra media hermana tiene un nuevo admirador - dijo ponzoñosa Rikae, mirando inocentemente a Toula a los ojos.

Toula hizo señas a un sirviente y éste presuroso sirvió más vino en su copa.

-Maldigo cada minuto que ella y sus hijos han pasado entre nosotros -dijo con rabia empujando su plato hacia adelante. Rikae miró con lástima la patética reacción de su hermana, esta tonta que se había dejado birlar al marido.

-¿Qué hay de cierto en el mensaje que me enviaste? ¿En verdad crees que nuestro padre nombrará a Dromeas su heredero? Tal como está la situación actual en la región es la decisión menos diplomática que podría tomar. No parece una acción acorde con su manera de gobernar - preguntó curiosa.

-Desde que ese niño nació, nuestro padre ha cambiado - dijo tristemente Toula, mientras se bebía de un golpe todo el vino que le habían servido -. Es un hecho, lo sé con certeza. Le nombrará su heredero. Solo espera que el mocoso gane la carrera de caballos y en la ceremonia de entrega del trofeo, soltará el anuncio-. Hizo señas autoritarias al sirviente que escanciaba el vino. Éste, solícito, llenó su copa vacía otra vez.

Rikae se quedó pensativa, analizando la palabras de su hermana mientras movía su dedo rítmicamente sobre el borde de su cáliz. No le convenía en lo más mínimo que el anuncio de Pilomene ocurriese. Su mirada se posó persistente sobre Dromeas. Una idea comenzaba a tomar forma en su mente.

Súbitamente la música cambió y de la tonada triste y melancólica, las arpas y las flautas comenzaron a tocar una música con un ritmo acelerado. Unos hombres de largas barbas y cubiertos con mantos de seda entraron en el comedor llevando panderos y tambores en sus manos. Los músicos aceleraron la tonada y las bailarinas sonrientes extendieron una ristra de flores. Comenzaron a pasar a través de los comensales, envolviendo sus cuellos con ellas, mientras el resto de los invitados reían a carcajadas y aplaudían.

Una bailarina delgada de grandes ojos oscuros se acercó a Dromeas y coqueta, le envolvió con su cinta. El muchacho se levantó de inmediato y se dirigió con la doncella al centro del salón y comenzaron a danzar al loco trepidar de los instrumentos. Un joven doncel hizo lo mismo con Adhara. La joven también se levantó con una sonrisa en los labios y se dirigió con

su pareja al centro de la pista donde se encontraba su hermano.

Desde la mesa Lisipe los observaba, los muchachos bailaban divertidos y felices ajenos a todos los acontecimientos que estaban ocurriendo a su alrededor.

Su mirada se volvió a Adhara. Estaba preciosa, con la excepción de Felon que no apartaba los ojos de Zoe, la muchacha era el blanco de atención de todos los hombres de la fiesta. Había dejado de lado el quitón, la falda corta que siempre usaba y se había colocado un peplo azul claro, un azul que recordaba el cielo en un soleado día de primavera. El vestido estaba recogido en los hombros con broches de plata y la tela se curvaba dulcemente sobre el pecho de la joven que se movía incitante al son de la danza.

Su largo cabello cobrizo estaba recogido en alto en gruesas ondas que bajaban desordenadas por la espalda. Las sirvientas habían entrelazado cintas de plata entre las guedejas y de plata también era el cinturón que abrazaba su esbelta cintura.

Lisipe estaba confundida. Había jurado proteger a esta niña y ayudarla a cumplir su destino, pero no sabía qué hacer. ¿Cómo podía protegerla en este mundo con reglas tan distintas? Súbitamente una idea apareció en su mente: ¡Podían prometerla en matrimonio! Hasta ahora Adhara había gozado de una libertad única para las mujeres del palacio. Era capaz de montar a caballo, de pelear y blandir una espada. Había tenido la oportunidad de aprender a leer y a escribir, pero ahora que ya estaba acercándose la edad de casarse ¿Qué pasaría si la prometían a un rey aliado? Ella era una amazona ¡Las amazonas no se sometían a un varón! Lisipe tendría que estar a su lado para evitar que eso ocurriese.

- Debes estar muy orgullosa de tus hijos. La chica es preciosa-. Lisipe oyó que Felon le decía a Zoe-. Se parece a ti, pero tú eres mucho más hermosa. Más hermosa que cualquier otra mujer que he conocido en mi vida - le dijo galante mientras sus ojos azules se clavaban en los labios de Zoe. Ella, ruborizada, bajó la mirada.

Lisipe lanzó una mirada torva. ¿Qué le ocurría a Zoe? ¿De dónde venía todo ese rubor y esas sonrisas tontas? Nunca se había comportado de esta manera, estaba gritando a los cuatro vientos que ese hombre le estaba afectando. ¿Podría estar pasando por la cabeza de Zoe la idea de casarse? ¿Con el anterior esposo de su hermana?

Sus ojos se posaron en Toula al otro lado del salón. Era evidente que Toula estaba molesta, pero no entendía por qué, Felon la había repudiado ¿Qué necesidad tenían estas mujeres de tener un hombre al lado? Sus ojos siguieron la fila de invitados y se encontró con la mirada burlona de Rikae. Esta mujer no me gusta nada, pensó para sí. Daba por hecho que

era la señora del mundo entero y se había pasado la noche mirando insistentemente a Dromeas. Esto era algo que a la amazona no le agradaba.

Un sirviente le puso delante un plato donde descansaba un buen pedazo de jabalí cocinado con ciruelas. La vieja amazona adoraba el sabor de esta carne. Con apetito cortó un gran pedazo y se lo llevó a la boca mientras su mirada se dirigía al festejado que reía feliz desde su mesa.

Lisipe también pensaba que Pilomene estaba cometiendo un error anunciando a Dromeas como heredero. Las amazonas conocían a Mitrídates y sabían que era un guerrero feroz, Paflagonia no tendría chance contra él, no contaba con un ejército fuerte, ni con la disposición de afrontar una guerra.

¿Qué estaba ocurriendo aquí? ¿Por qué todos se estaban dejando llevar por las emociones? Zoe y Felon no podían disimular las ganas que tenían el uno del otro, Toula no podía disimular sus celos, Pilomene no podía disimular su orgullo con respecto a Dromeas y Rikae... ¿Qué era lo que no podía disimular Rikae? se preguntaba Lisipe. Ella siempre había sido una buena intérprete de las debilidades humanas pero esta burlona princesa se le escapaba de las manos. De una cosa sí estaba segura, Rikae era capaz de todo. Una mujer ambiciosa, sin lugar a dudas.

Allí, está otra vez, pensó Lisipe. No aparta la mirada de Dromeas. Era la misma mirada que tenía un tigre entre los arbustos acechando a su presa. ¿Es que no se daba cuenta que era demasiado joven para ella?

La música culminó y los invitados aplaudieron eufóricamente la interpretación. Sin aliento, pero riéndose a carcajadas, los mellizos volvieron a sus puestos en la mesa. Dromeas se había percatado que Lisipe observaba con desconfianza a la hija menor de Pilomene, y desvió su mirada hacia Rikae, tratando de entender de dónde venía la preocupación del rostro de la vieja amazona. Sus ojos se pasearon por sus ojos oscuros y sus sensuales labios. Una mujer hermosa sin duda, pensó para sí. Un joven de dieciséis años como él, no podía dejar de sentirse atraído por una fémina tan voluptuosa.

Rikae volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Ella hizo un mohín coqueto y le sonrió. Con lenta deliberación, mientras le mantenía la mirada, tomó una copa solitaria que se encontraba al lado de la suya y vertió un poco de vino. Tomando ambas copas con las dos manos se levantó de la mesa y se acercó a la silla de Dromeas.

Caminó lentamente el espacio que los separaba, dándole tiempo al joven de apreciar el bamboleo de sus abultados pechos mientras se acercaba a él. Dromeas tenía la mirada fija en ella, como un conejo hipnotizado por

un depredador.

-He oído decir que eres muy hábil con los caballos - dijo Rikae acercándose al muchacho.

-Eso dicen - tartamudeó Dromeas mientras no despegaba los ojos de esos labios carnosos.

-Estoy segura que mañana serás el vencedor. Eres el favorito - dijo Rikae con adulación-. ¡Propongo un brindis por el campeón de mañana! - y diciendo esto le dio una de las copas a Dromeas y alzó la suya, instando al muchacho a tomar el vino.

Dromeas tomó la copa que le ofrecía en sus manos y con una expresión embobada en su rostro, no despegaba los ojos de los labios de la mujer.

-Creo que no es bueno ingerir vino antes de una carrera -intervino Lisipe tomando la copa de la mano de Dromeas -. Nubla el sentido y agota los miembros -. No le gustaba la actitud de esta mujer y algo en su fuero interno le urgió a proteger a Dromeas.

-Además, tienes que estar descansado para mañana si de verdad quieres ser el vencedor - continuó Lisipe en tono imperativo.

Dromeas la vio de mala gana, Lisipe le estaba haciendo quedar como un niño tonto ante esta espectacular mujer.

-Soy lo suficientemente capaz de ganar esta contienda sin necesidad de mucho descanso - dijo presuntuoso.

-¡Brindo por ello! -dijo Lisipe y levantando la copa que le había arrebatado a Dromeas en alto se tomó todo su contenido de un solo golpe -. Pero es hora de que todos nos vayamos a dormir-. Y con gesto autoritario puso la copa vacía sobre la mesa.

-¡Buenas Noches a todos! - dijo la amazona como si fuese una gallina protegiendo a sus polluelos. Y se retiró del comedor, empujando a los gemelos rumbo a sus respectivas habitaciones.

El rostro de Rikae se había convertido en una máscara de piedra mientras Lisipe bebía de su copa. Había hecho un vano intento para impedir que la amazona bebiese pero Lisipe ingirió el vino de una manera tan rápida que no tuvo oportunidad de detenerla. Su mirada se quedó fija sobre su espalda mientras ella abandonaba el comedor detrás de Dromeas y Adhara. Cuando se quedó sola, se encogió de hombros, hizo una mueca con los labios y se aseguró de llevarse la copa vacía con ella.

Mientras tanto Zoe y Felon, ajenos a todo lo que estaba aconteciendo a su alrededor, continuaban conversando amenamente.

-Sé que las amazonas son excelentes jueces en cuestión de caballos. Me encantaría que conocieras al mío. Se llama Toribus y voy a montarlo mañana -. Se acercó a ella y le susurró en su oído dulcemente -: Si gano la carrera, te la dedicaré, hermosa Zoe.

Felon la había cortejado durante toda la cena. Utilizaba cualquier escusa para tocarla y su rodilla buscaba la suya bajo la mesa. La joven amazona inexperta ante los galanteos de un varón tan atractivo apenas pudo probar bocado durante toda la noche y para su pesar había ingerido más vino del que hubiese reconocido. Se sentía relajada y feliz, con ganas de gritarle al mundo lo contenta que se sentía de estar en compañía de este hombre.

Ante el comentario de Felon, Zoe emocionada, bajó la mirada.

- Eres muy amable -contestó tímidamente.

-¿Por qué no pasas por los establos, mañana temprano antes de que comience la carrera y así me deseas un poco de suerte?-preguntó con voz ronca.

La idea de estar a solas con él era una tentación demasiado grande a la que no quería renunciar. ¡Al diablo con Toula!

- Allí estaré -prometió Zoe.

Aunque dicha en voz muy baja esta respuesta llegó a oídos equivocados.

Era una mañana con un sol espléndido, Zoe salió presurosa de la habitación en dirección a su cita en los establos. Sentía mariposas en su

estómago y no había podido dormir en toda la noche.

El palacio estaba irreconocible con la algarabía de pabellones en los jardines. Los invitados deambulaban por todos los rincones y sirvientes presurosos atendían los preparativos para la carrera.

Zoe estaba feliz, feliz, feliz.

Tropezó con una figura conocida mientras se dirigía a los establos.

CAPITULO 12

Flavia sacó a su hijo de la tina de latón con un gesto protector. Era el primer baño que le daba al pequeño desde su nacimiento y el niño había resistido bien la inmersión en el agua. Con el cuidado que solo una madre sabe dar, lo acercó a su pecho y se sentó cerca de la chimenea para que el fuego lo calentase.

Ella y su esposo habían llegado a Pérgamo provenientes de Roma hacia un año. Eran parte del grupo de comerciantes que comenzaban a realizar negocios en la zona desde que la ciudad se había convertido en provincia romana. Vivían en un barrio habitado en su mayoría por ciudadanos como ellos y disfrutaban de la lucrativa actividad que tenían.

Mientras secaba al bebé con una manta de lana, la llama de la chimenea se apagó. Flavia la vio asustada, como buena romana sabía que su deber como mujer era ante todo proteger y mantener el fuego sagrado de su hogar. Esta era una tradición muy arraigada entre los itálicos, la chimenea familiar no solo servía para cocinar los alimentos sino que también era el altar donde la cabeza de la familia ofrecía sus oraciones y sacrificios. Era un mal presagio que el fuego se extinguiese.

Apoyó al niño en su cuna y extrajo, de un arcón que se encontraba apoyado en la pared, el espejo cóncavo con el que debería encender el fuego. La tarea era tediosa y difícil. Con un suspiro de frustración abrió la ventana, necesitaba reflejar la luz del sol hacia el espejo y desde éste hacia las astillas de madera para obtener el fuego. Esta era una técnica que le había enseñado su madre desde pequeña, era la lección más importante que cualquier mujer romana aprendía si deseaba ser la matrona de su propia casa.

Un ruido feroz se escuchó desde la ventana abierta. Era extraño oír tal algarabía en este barrio tranquilo, donde solo los gatos llamaban a pelear. Cuando Flavia se inclinó hacia afuera para entender de donde provenía la confusión, el grito de un hombre la detuvo.

Un esclavo, alto y musculoso, con el rostro tatuado, entró presuroso a la habitación y bajando la mirada esperó respetuosamente que Flavia le

diese permiso para poder hablar.

- ¿Qué sucede? -preguntó Flavia.

-Un tumulto de personas están entrando a la fuerza en las casas, domina.

Una mano fría se cerró sobre el corazón de Flavia. Echó una ojeada a la camita de su hijo y después de comprobar que el niño estaba seguro en su lecho, subió veloz como el viento a la terraza de la casa y desde allí observó atentamente las calles del barrio donde vivía.

Tal como le había dicho el esclavo, una muchedumbre armada de palos, espadas rotas, cuchillos de cocina y armas improvisadas, golpeaba y derruía las casas que los rodeaban. El ruido era una cacofonía de gritos, insultos y amenazas que se convertían en gritos de triunfo cuando finalmente vencían la resistencia de alguna de las viviendas.

Flavia tembló ante el espectáculo que estaba viendo, su esposo no estaba con ella, había salido muy temprano a entregar una encomienda y ella estaba sola con su pequeño hijo y Livio, el esclavo. Bajó corriendo las escaleras y volvió a la sala principal donde había dejado a su hijito.

El esclavo que le había dado la noticia se encontraba allí esperando sus órdenes. Flavia tuvo que pensar rápidamente.

- ¡Oh, Livio!, ¿Qué podemos hacer?

- Debemos huir, no podemos enfrentar a la muchedumbre. Atranqué la puerta principal con algunos muebles. Les tomará tiempo derribarla, domina.

- Muy bien hecho, Livio, huyamos por la puerta de atrás.

Sin detenerse a pensar, Flavia tomó al niño en sus brazos y se dirigió a la cocina donde se encontraba una puerta que daba acceso a la salida posterior de la vivienda.

Las tres figuras salieron por los callejones traseros que unían las casas. Estos todavía estaban parcialmente vacíos del gentío que gritaba en las calles principales.

Mientras corría por las estrechas callejuelas con su bebé en los brazos y su fiel sirviente delante de ellos, Flavia trataba de entender que estaba sucediendo. La ciudad estaba bajo el dominio de Mitrídates ¿Quién podría estar atacándola? La muchedumbre que arremetía parecían ser habitantes comunes de Pérgamo y no soldados de ningún ejército extranjero.

Mientras corría detrás del amparo de Livio comenzó a percatarse que no todas las casas parecían ser asoladas por la multitud. La muchedumbre estaba organizada y no atacaba todas las viviendas de señores acaudalados, por el contrario, muchas de ellas eran ignoradas y sus dueños tranquilos miraban desde sus ventanas lo que ocurría en las calles. Solamente las casas de los romanos eran invadidas y saqueadas.

Como un relámpago, su mente comprendió lo que estaba sucediendo. Eran ellos el blanco de los ataques y antes de que el miedo la paralizase supo que hacer.

- ¡El santuario! -gritó Flavia con todas sus fuerzas para que el esclavo la escuchase -. Dirijámonos al Santuario de Esculapio.

Solo podrían salvarse si llegaban al templo y pedía Asilum.

El templo de Esculapio en Pérgamo era un sitio de peregrinaje para los seguidores de los dioses del panteón griego. Esculapio, el hijo del dios Apolo y hombre elevado a la categoría de dios por sus expertas curaciones, poseía el templo más hermoso de la ciudad. Nadie osaría tocarlos si pedían asilo en ese santuario. Allí estarían a salvo.

Mientras corría, sus recelos aumentaban, los cadáveres que veía en el piso estaban vestidos con togas de lino y sandalias a la usanza romana. Cuando llegó al centro de la ciudad, sus sospechas quedaron totalmente confirmadas. Bajo el grito ¡Mueran romanos!, la muchedumbre saqueaba reconocidos establecimientos de origen itálico y una vez vacíos, los quemaban. Un grupo de jóvenes apaleaba con ponzoña a un viejo y a su esposa que desde el piso trataban inútilmente de protegerse con las manos.

Flavia apretó a su hijito más fuerte contra su pecho y el niño comenzó a llorar.

-¡Shhh! Cálmate, pequeño -le decía, mientras lágrimas de miedo y dolor corrían por su rostro. La visión se le nublaba pero podía moverse segura entre la muchedumbre pues iba detrás de Livio, el cual al ser tan corpulento actuaba como un escudo defendiéndoles, a ella y a su niño.

Finalmente pudo ver la silueta del templo de Esculapio en la distancia. Se dio cuenta que muchas personas corrían desde distintas direcciones buscando amparo bajo el techo del mismo. Cuando faltaban menos de dos metros para llegar, un grupo de tres hombres armados con picas les hizo frente. Livio les plantó cara.

-Alégrate esclavo, hoy serás libre. Hoy borraremos de la faz de estas tierras a todos los romanos que aquí habitan y que nos explotan. Únete a

nosotros, mata a esta perra y a su cría, y serás recompensado.

Livio se detuvo callado y se quedó mirando a los hombres como si estuviese valorando la oferta. Solo estos tres hombres separaban a Flavia del templo.

Livio se volteó hacia la mujer y con un gesto señaló el templo.

-Corred, domina ¡Salvaos! - y diciendo esto, sacó una pequeña daga que tenía en el cinto y atacó al hombre que tenía más cerca. El hombre se echó hacia atrás pero no lo suficiente y la daga lo hirió en un costado.

Livio era un esclavo fuerte, proveniente de la región de Tracia, había aprendido vivir desde pequeño en las calles y sabía cómo defenderse. Esta no era su primera pelea, ni sería la última.

Flavia sacó fuerzas de donde pudo, agradeció mentalmente a Livio por su valor y ciegamente corrió hacia el edificio. Tenía los brazos entumecidos por cargar a su bebé por toda la ciudad pero la idea de conseguir cobijo le dio las energías que necesitaba para recorrer la distancia que todavía le separaba del templo.

Corrió todo lo rápido que pudo, mientras Livio se enfrentaba a los dos hombres todavía en pie y sin volver la vista hacia atrás, subió las escaleras del templo y entró en el recinto gritando ¡ASILUM!

La imagen que halló dentro era desoladora. Se encontraban en su mayoría mujeres y niños de todas las edades. Los llantos de los críos asustados, se solapaban con los sollozos de las mujeres y los pocos ancianos que habían logrado llegar.

Flavia reconoció a dos o tres de las mujeres que allí se encontraban y se acercó a ellas. Instintivamente todas se abrazaron.

- ¿Qué está sucediendo? -preguntó.

Nadie conocía la respuesta. Nadie entendía por qué la muchedumbre atacaba a civiles romanos e itálicos. Personas sin preparación militar y sin armas que vivían su vida como ciudadanos normales entre las demás razas.

-Pero aquí estamos a salvo -dijo con convicción, tratando de dar ánimos a todos los que habían acudido al templo en un vano intento de salvarse. - Es tabú matar a alguien en un templo consagrado. Nadie osará tocarnos.

Pero no pasó el tiempo suficiente para que su voz tuviese eco en las paredes del santuario cuando sus peores temores se hicieron realidad. Un grupo de hombres armados con afiladas espadas entró al recinto gritando

consignas de odio y muerte.

-¡No!-gritaban las mujeres aferrándose a sus hijos en un intento vano de protegerlos. Los ancianos comenzaron a encomendar sus vidas a sus dioses conocidos.

Flavia mantuvo la calma estoicamente, viendo a su verdugo a los ojos, retándolo a matarla mientras le sostenía la mirada. Pero no había compasión en ellos, solo el odio se reflejaba en esas oscuras pupilas.

El hombre levantó su espada y de una sola estocada atravesó el corazón de Flavia y del niño que apretaba contra su pecho. Pronto, muchas otras espadas se unieron y brillando en el aire como una coreografía mal sincronizada, bajaron violentamente para cercenar la vida de todos, absolutamente todos, los allí presentes.

No importaba que fuese un hombre, un niño pequeño, una mujer indefensa o un anciano que pidiese piedad. Todos eran culpables por ser romanos, todos tenían escrito Muerte en su futuro. Y así, el Templo de Esculapio conocido y respetado en la antigüedad por poseer la más fuerte tradición de asilo, conoció de la sangre y del odio de los seres humanos.

Corría el año 88 antes de Cristo. Rutilaos Rufus un romano que vivía en la región fue uno de los pocos sobrevivientes de la masacre y relató los hechos con lujo de detalles.

Después de su grandiosa victoria sobre los romanos, el rey del Ponto no esperó mucho tiempo para planear su próximo ataque. Sin embargo, esta vez sus esfuerzos no fueron dirigidos a acabar con soldados reciamente entrenados sino civiles de origen romano que vivían pacíficamente en Anatolia. Instigó tanto odio entre los ciudadanos comunes de sus reinos ocupados que éstos colaboraron con su ejército para llevar a cabo el tan despreciable exterminio.

Mitrídates llevó a cabo su plan de una manera increíblemente perfecta. La masacre se realizó el mismo día y a la misma hora en toda Asia Menor, sin ninguna sospecha por parte de los ajusticiados. De cómo pudo lograr tan exacta sincronización, nadie lo supo nunca.

El único requisito necesario para morir era ser ciudadano romano. Todo lo que poseyeron se les fue arrebatado: sus propiedades fueron confiscadas, sus acreencias canceladas y sus esclavos fueron liberados e incorporados rápidamente al ya poderoso ejército del Ponto. Ni siquiera sus cuerpos mancillados obtuvieron algún tipo de respeto, sus restos fueron entregados a las fieras y a los buitres en un macabro festín. Cualquiera que se atreviera a proteger a un romano o tratar al menos de darle digna

sepultura sería cruelmente castigado.

Los historiadores no tienen un número concreto pero se calcula que las bajas fueron entre 80,000 y 150,000 vidas. Este hecho infame, se escribió en las páginas de la historia como las Vísperas Asiáticas, cuando todos los romanos fueron borrados de la faz de Anatolia bajo las órdenes de Mitrídates, conocido posteriormente como "Mitrídates, el Grande".

CAPITULO 13

La caravana de camellos viajaba lentamente por el desierto. El sol brillaba radiante sobre la arena y su reflejo hubiera podido cegar otros ojos menos acostumbrados a estos paisajes. Pero no a ellos, ellos eran hombres del desierto.

Se les había unido tiempo atrás, cuando su cabello y su barba ya habían crecido. Después de haber finalizado la ceremonia de iniciación, aquella que le había convertido en el Portador de la Palabra, le habían llevado a las cuevas y le habían dejado solo, con unas vasijas de agua de manantial y trozos de carne seca. Allí habían cicatrizado sus heridas y había recuperado las fuerzas.

Vagó solo por el desierto desconocido durante siete lunas, siete lunas solitarias sin la compañía de ninguna alma humana. Cuando la séptima luna afloró en el cielo, sus ojos reconocieron un grupo de errantes viajeros que se acercaban hacia él.

Llegó como un extranjero entre ellos, pero lo aceptaron con cordialidad. Le pusieron el sobrenombre de El Silente, porque casi nunca hablaba, solo pronunciaba las voces necesarias. Su reserva era consideraba su flaqueza, pues esta era una raza que apreciaba la elocuencia sobre todas las cualidades humanas. Pero él pensaba que tampoco tenía mucho que decir, lo realmente importante estaba por pronunciarse.

Se había unido a ellos, porque necesitaba el desierto, necesitaba que sus manos se sensibilizaran y el contacto con la blanca y brillante arena, lo ayudaba. Pasaba largas horas sentado en el suelo, haciendo correr arena entre sus manos. Se había ya acostumbrado a su textura, a su temperatura, a su sonido. Sus manos se comportaban como relojes de arena infinitos, cuando el último grano, deslizando por sus manos volvía al suelo, sus puños se volvían a llenar con el preciado material y éste comenzaba otra vez su recorrido a través de sus purificadas palmas.

Habían pasado ya muchos años desde el día que se unió a ellos, había disfrutado de su camaradería, de los largos paseos al lomo de camellos, de oír maravillosas historias a la luz del fuego en las frías noches del

desierto, pero hoy era el día de abandonarlos.

Ella había nacido una vez más, en el mismo momento que se celebraba la ceremonia. El vínculo entre ellos venía de lejos, cuando la Palabra fue pronunciada por primera vez, cada vez que era pronunciada. Su esencia era la misma que la de la Palabra y el destino mandaba que emprendieran el viaje juntos. Ella ya debía estar lista, esperándolo. Había llegado el momento de ir a buscarla.

Delfos. Era lo único que le habían dicho los ciegos después de la ceremonia. Delfos. Solo esa palabra y nada más. Sabía que después de encontrarse con ella debería dirigirse a Delfos. Allí donde su destino le esperaba.

CAPITULO 14

Raiko estaba izando las velas del barco. Su mirada se dirigió al mar, donde ráfagas de espuma marcaban la trayectoria de sus recientes movimientos. Una vez más, gracias a los cantos de las sirenas, habían burlado a los oficiales y el cargamento que llevaba de contrabando pasó sin inspección de las autoridades. Estaba en vías de convertirse en alguien extremadamente rico, más rico de lo que nunca hubiera llegado a imaginarse cuando vagaba por los puertos descalzo y hambriento. Pero a pesar de tener los cofres llenos de oro, su corazón no encontraba paz.

Tal vez era el hecho de que llevaba demasiado tiempo en el mar. No se había quedado en tierra firme más de tres días seguidos en los últimos siete años. Tenía nostalgia de su tierra, de su hogar… En este momento, hubiera dado cualquier cosa por saber que habría sucedido con su familia. ¿Estaría vivo su padre? ¿Se sentiría todavía tan avergonzado de él? ¿Le habría perdonado? ¿Qué habría sucedido con su hermano?

Volver a casa no era una opción para encontrar respuesta a estas preguntas. Tal vez si consultase un oráculo... La idea bailaba en su cabeza desde hacia meses, provocándolo. Sí, definitivamente, iría al Oráculo de Delfos, ofrecería los sacrificios correspondientes y trataría de averiguar si su destino era continuar sobre este barco surcando los mares. Quería saber si algún día podría enfrentar a su pasado.

Su mirada se desvió hacia Odón, su fiel amigo y le dijo:

-Dirige la embarcación hacia el oeste.

-¿Al oeste? -preguntó Odón con sorpresa -. La isla de Rodas queda en dirección contraria.

-Quiero que nos encaminemos hacia el puerto de Kirra. Me gustaría hacer

una visita a Delfos.

-¿Quieres ir al Oráculo de Delfos?- preguntó con sorna -. ¿Y desde cuando crees que tu destino lo gobiernan los dioses?

-Tal vez haya alguna oportunidad de negocio en esas tierras. En épocas de guerra es cuando ganamos más dinero. Tal vez podamos conseguir que nos paguen un alto precio por lo que llevamos en la bodega - mintió Raiko, desviando la mirada.

Odón lo miró fijamente y no se dejo engañar. Se dio cuenta de que por primera vez en siete años, Raiko quería reconciliarse con lo que había sucedido.

-Como quieras. Tus deseos son mis órdenes -dijo con sorna haciendo una reverencia exagerada y burlona.

El barco cambió de dirección mientras Raiko observaba el azul infinito del mar desde la baranda de la cubierta. Desde el agua, chapoteando le saludaban coquetamente. Instintivamente se llevó las manos al collar de conchas de mar que pendía de su cuello. El regalo de la diosa.

No sé que sería de mi negocio sin ustedes, pensó y dedicándole la mayor de sus sonrisas, movió la mano en señal de saludo. Al ver que el barco cambiaba de rumbo y se dirigía al puerto de Kirra, las sirenas se despidieron con un gritito que significaba hasta la próxima y se alejaron mar adentro.

CAPITULO 15

La reina Aruza se encontraba con Roxana en una de las salas del palacio. Habían pasado ya muchos años desde que la encontrara, pequeña y desnuda, sobre aquella piedra. Aruza la miraba de reojo, se había convertido en una hermosa mujer capaz de tener hijos, pero a la reina le extrañaba que nunca demostrase atracción por el sexo masculino. Dada su belleza y su rango, varios hombres se habían acercado a cortejarla pero ella no demostraba el más mínimo interés en sus atenciones.

Roxana estaba a lado suyo y como era su costumbre tallaba una pedazo de piedra. Desde pequeña, desde que la viera dando vida a sus propios juguetes, la reina nunca dejó de maravillarse de la magia que su hija tenía en las manos. Solo ella podía arrancar formas maravillosas de corrientes pedazos de piedra.

Roxana estaba concentrada en su trabajo, había conseguido un pedazo de mármol azul y estaba tratando de darle forma de pez. Como le sucedía desde que era niña, una extraña fuerza guiaba sus manos. Ella solo debía mantener fija su mente en la imagen de lo que quería lograr y sus manos

se movían solas, arrancando lo que sobraba a la piedra y revelando la figura deseada. Sin embargo, todavía no estaba contenta con el resultado que lograba. Las proporciones eran exactas y el resultado final hermoso, pero nunca pudo lograr que sus figuras se moviesen, como había logrado con aquel gatito cuando era niña. Su primera mascota se había movido tan torpemente que se cayó y se quebró. Pero después de aquel intento, ningún pedazo de piedra había tomado vida. Había logrado darle la forma con una exquisita precisión pero aún se le escapaba algo y ese algo la obsesionaba. Terminó una de las aletas posteriores, levantó por un momento la mirada y sus ojos se encontraron con los de la reina que la miraban siempre tan amorosamente.

Roxana se sentía culpable, amaba a su madre pero ella no podía expresar sus sentimientos de la misma manera que los demás, como tampoco podía irradiar el calor que los demás irradiaban. Para ella el amor era una fuerza que resquebrajaba desde adentro. Una fuerza que te hacía sentir que dentro de ti algo se rompía poco a poco, despedazándote y ese era un sentimiento que le daba miedo. Hubiese hecho cualquier cosa por su madre, menos acercarse a abrazarla. Pero sabía que su madre lo entendía como una falta de afecto.

Además, temía que su madre sufriese por su partida. Ya se estaba acercando el día, ella lo sabía. No conocía exactamente como ocurriría pero debería marcharse. Una conciencia vieja que a veces oteaba en su mente, le traía recuerdos de otras vidas. Otras existencias que había vivido con anterioridad, recuerdos vagos de otras piezas esculpidas, la visión de sus manos revelando secretos.

De noche, en sus sueños, veía un par de ojos que la observaban. Un par de ojos cálidos que le veían con curiosidad pero al mismo tiempo, le urgían a encontrarse con los demás y cumplir la profecía una vez más.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un sirviente que entró con un mensaje. Inclinándose ante Aruza, dijo:

-Hay un hombre que pregunta por la princesa, señora.

-Hacedlo pasar -contestó la reina.

En la habitación entró un hombre de largo cabello negro recogido en una trenza y barba larga, igualmente negra. Su piel se veía curtida por el sol del desierto. Al entrar en la sala, buscó con la mirada a Roxana, cuando la encontró, se dirigió a ella.

-He venido a buscarte, mi señora -dijo respetuoso.

-Te estaba esperando -contestó suavemente Roxana, sin mostrar sorpresa

en su voz.

El hombre se postró sobre una rodilla ante ella.

-Soy Ammos, de la tribu del desierto. Tienes en mí a tu más fiel servidor - dijo con la cabeza inclinada sobre ella.

-Levántate - dijo Roxana, mientras le tendía una mano -. Sabes muy bien que soy yo, la que debería servirte.

Aruza veía la escena desconcertada. En el fondo de su alma, siempre había existido el miedo de que algún día Roxana se marcharía. Al parecer, estaba presenciando la escena de su despedida.

-Madre -dijo Roxana dirigiéndose a la reina, y Aruza estaba esperando las fatídicas palabras -. Debo partir.

Una lágrima rodó por las mejillas de la reina.

-¿Tan pronto? - preguntó con un hilo de voz.

-He pasado ya muchos tiempo con vosotros - dijo Roxana -. Gracias por haberme dado cobijo en vuestra casa.

-Gracias a ti por haber vivido con nosotros - y tomo sus frías manos entre las suyas y se las besó.

Ordenó a los sirvientes que prepararan una litera real, que llenasen vasijas de agua y cueros de comida. Su amada hija saldría de palacio como una princesa de alto linaje.

Cuando Roxana se montó en la litera, con Ammos a su lado sobre un brioso corcel, la reina se le acercó y por primera vez, Roxana la abrazó muy fuerte porque sabía que no la volvería a ver.

CAPITULO 16

Pilomene vio a los caballos y sus jinetes partir y una tristeza profunda se apoderó de su corazón. Una vocecita en su mente le decía que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ver a sus nietos. Dromeas y Adhara, los hijos mellizos de Zoe acababan de emprender un largo viaje.

Dromeas se había presentado hacía pocos días y le había informado que se marcharía en busca de un maestro de reconocida reputación que lo ayudaría a entrenar para las Juegos Píticos, las competencias que se realizaban en Delfos. Todavía no había cumplido la edad reglamentaria para comenzar su entrenamiento pero quería prepararse con tiempo, fue lo que le dijo. Pilomene lo conocía demasiado bien para saber que no era

cierto. Después de un año de la tragedia, ni Dromeas ni Adhara habían podido recuperarse.

Antes de montarse en el caballo, Pilomene llamó a Dromeas a su lado y le colocó en el cuello una delgada cadena de oro con un dije donde se mostraba orgulloso el corcel de Paflagonia sobre un fondo azul. Este era el símbolo de su reino y este dije solo podía ser llevado por el rey de Paflagonia. Pilomene se lo entregó allí, sin pompa, sin testigos y sin grandes ceremonias. ¡Todo tan distinto de como lo había planeado el año anterior!

Abrazó muy fuerte a Adhara, el ser más inteligente que había conocido y de la que se sentía tan orgulloso. Si no hubiese tantas mujeres en la línea de sucesión... pensaba con desasosiego.

-Cuida a tu hermano - le dijo al oído y ella con un mudo gesto se lo prometió.

Viendo sus siluetas desaparecer en el horizonte, el orgullo de su descendencia volvió a llenar su pecho, pues nadie podía negar su noble complexión y porte soberbio. Zoe hubiese estado muy orgullosa de ellos… y Lisipe también.

¡Cuanto hubiese deseado Pilomene que las cosas se hubiesen quedado así por siempre! Que sus problemas hubiesen sido únicamente la educación que estaban recibiendo sus nietos. Pero el destino es algo impredecible, y cuando uno menos lo espera la fatalidad vuelve como un huésped no deseado.

No debió haber realizado aquella celebración, pensaba ahora. Fue un acto de soberbia mostrar a todas luces su felicidad. Los dioses lo consideraron una afrenta y lo castigaron.

Al día siguiente al banquete, el rey se levantó temprano, con una extraña sensación de angustia en el pecho y se dirigió a los pabellones apostados en el jardín. Mientras hablaba cordialmente con los invitados, un criado llegó con la noticia.

-Su majestad, debéis venir de inmediato -dijo con un hilo de voz y sin levantar la mirada del piso.

-¿Qué pasa? -se oyó preguntar.

- Dromeas, mi señor - dijo quedamente.

-¿Qué le ha sucedido a Dromeas? - preguntó preocupado.

- Os ruego que me acompañéis a los establos.

Pilomene siguió con paso apresurado al sirviente hasta los establos y entonces, la escena explotó delante de sus ojos. Dromeas se encontraba en el suelo abrazando a una Zoe bañada en sangre. El pecho de la mujer estaba atravesado por una flecha y al ver la expresión vacía de sus ojos supo que estaba muerta.

El muchacho se había quedado mudo e inmóvil pero con fuerza apretaba el cadáver de su madre contra su cuerpo y los sirvientes asustados trataban de separarlo en vano.

Pilomene se acercó.

-Dromeas, por favor déjame ayudarte -le dijo.

-¡No, vete de aquí!- gritó Dromeas -. ¡Váyanse todos de aquí!

Varios sirvientes trataron una vez más de ayudar. Se acercaron tímidamente alargando los brazos, pero Dromeas gritando con todas sus fuerzas los apartaba de él sin desprenderse del cuerpo de su madre. La locura de su mirada los espantó.

Haciéndose paso entre la multitud que ya se había formado alrededor de ellos, llegó Adhara. Se detuvo perpleja ante su hermano y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la escena. Inmediatamente entendió lo que estaba ocurriendo. Con un gesto mandó a todos a hacer silencio y lentamente se acercó hasta Dromeas. Suavemente lo abrazó a él y al cuerpo inerte de su madre. Al sentir el contacto con su hermana, Dromeas comenzó a llorar. Adhara apoyó sus labios contra su sien y siseando le confortó, le susurró unas palabras al oído y finalmente Dromeas soltó el cuerpo de su madre entre gritos de dolor. Pilomene se acercó a él y dándole un fuerte abrazo se lo llevó consigo fuera del establo.

Mientras tanto Adhara se había agachado al lado del cuerpo de Zoe que se encontraba ahora tendida sobre el piso y una expresión de horror trastocó su rostro. Fue algunos momentos después que un criado leyó los pensamientos de la muchacha y dirigiendo su mirada hacia donde los ojos de ella estaban fijos, gritó:

-Por todos los dioses, ¡La flecha que atravesó su corazón pertenece a Lisipe!

El corazón de Zoe estaba atravesado por una flecha roja con tres plumas de gallo, una flecha amazona, el mismo tipo de flecha que Dromeas había aprendido a construir con Lisipe cuando travieso, se escapaba de las

clases de sus maestros.

Una exclamación colectiva surgió de los espectadores. Todos los rostros se voltearon tratando de buscar la figura de la amazona, pero ésta no se encontraba en ninguna parte. Pilomene mandó a hacer una búsqueda exhaustiva ese día y muchos otros días después pero nunca se encontró ningún rastro de la mujer.

Pilomene nunca supo que había trastornado más a los mellizos, el hecho de que su madre estuviese muerta o el hecho de Lisipe fuese su asesina. Lisipe, la mujer que los había criado, que juró proteger a su madre y a Adhara sobre todas las cosas. ¿Pudo Hipólita haberse equivocado tanto? Pilomene lo dudaba. ¿Qué pudo impulsar a Lisipe a matar a Zoe y desaparecer? No tenía ningún sentido.

Había pasado ya más de un año y durante todo ese tiempo no habían vuelto a ser los mismos. Desde la muerte de su madre, Dromeas abandonó las armas. La idea de que una de las flechas que él mismo había elaborado había ocasionado la muerte de Zoe era algo que no podía soportar. No podía oír mencionar el nombre de Lisipe sin que se apoderase de él un arrebato de furia asesina. Pero dentro de su alma, se debatían conflictivas emociones: Dromeas había adorado a Lisipe, la vieja amazona fue su maestro, su modelo a seguir y el solo pensar que ella había acabado con la vida de su madre le atormentaba. El muchacho se dedicaba solo a correr y correr, tratando que el cansancio físico le permitiese dormir de noche.

Por su parte, Adhara también dejó las armas de lado por un tiempo, por las mismas razones que su hermano. La muchacha se concentraba cada vez más en su ábaco, en su caja de arena y en sus círculos imposibles. Mantenía una expresión triste y distante, tampoco ella entendía lo que había sucedido. El palacio de Gangra, tan acostumbrado oír risas y gritos en sus paredes, se convirtió en un mausoleo silencioso donde cualquier susurro hacía eco.

Dromeas se había parado bajo la sombra de un gran árbol, respiraba con dificultad tratando de recuperar el aliento que había perdido en la reciente carrera que había realizado.

Correr era la única manera que tenía de liberar sus demonios. De noche era incapaz de dormir, el sentimiento de venganza inundaba su alma. Su madre había muerto en manos crueles y cobardes ¿Quién había querido

acabar con su vida? Zoe era una mujer dulce e inofensiva, una mujer que había renunciado a ser una amazona para poder criar a sus hijos. Peor que el sentimiento de venganza era la impotencia. No sabía quién había sido el cobarde. Todo apuntaba a Lisipe, pero ni él, ni Adhara lo podían creer. Pero, ¿Dónde estaba? ¿Por qué había desaparecido sin dejar el más mínimo rastro? Si confirmaba que Lisipe era la asesina de su madre, ¿sería él capaz de matarla? Mientras más se mantenían fijos estos pensamientos en su mente, mayor era la necesidad de correr para desprenderse de ellos y conseguir algún consuelo.

Una voz lo distrajo de sus pensamientos.

-Toma un poco de agua, te dolerá la cabeza si no lo haces - dijo un joven acercándose con un odre lleno del preciado líquido. Se lo tendió a Dromeas y éste bebió todo el contenido de un tirón.

El joven que se había acercado era Dimitri, el maestro que había venido desde Atenas a enseñar a los muchachos. Deambulaba por el palacio sin nada que hacer, pues no podía completar la misión que le habían asignado. A Adhara no había nada que se le pudiese enseñar y Dromeas pasaba todo el día a la intemperie, corriendo o montado a caballo.

-¿Sabes que corriendo así podrías obtener grandes triunfos en Olimpia o en Delfos? - le dijo con admiración.

-¿De qué hablas? -preguntó sin interés Dromeas.

-De los juegos de Olimpia. Es una costumbre de las ciudades-estado griegas celebrar cada cuatro años competencias atléticas, de canto y de poesía para honrar al más grande de nuestros dioses, Zeus -. Viendo que había captado la atención del muchacho, Dimitri continuó -: Unos meses antes, se proclama una tregua sagrada y mensajeros recorren todos las ciudades buscando atletas dispuestos a competir. Todas las guerras se suspenden y durante una semana, los representantes de cada ciudad compiten justamente, sin armas y sin muerte, para obtener la corona de olivos del vencedor.

Hizo una pausa y viéndole a los ojos le dijo con admiración:

-He visto a jóvenes competir en las carreras pero estoy seguro que tú podrías ganarles a todos.

Le daba pena ver a ese muchacho con tales cualidades físicas, extenuarse todos los días por una obsesión sin sentido. Dromeas debía recuperarse de su pérdida, lamer sus heridas y continuar con su vida. No podía quedarse enfrascado en una rutina sin sentido.

-¿Cualquiera puede participar? -preguntó curioso Dromeas. Dimitri sonrió, por primera vez, el muchacho oía con interés algo de lo que él le decía.

-No, para competir en Olimpia, primero debes realizar el entrenamiento reglamentario en la ciudad de Ellis - hizo una pausa y continuó -: Pero, en la ciudad de Delfos también se realizan juegos de esta índole, se les llama Píticos y no necesitas un entrenamiento tan rígido para participar. El estadio se encuentra dentro del Oráculo de Delfos.

- ¿Oráculo, dijiste? - preguntó Dromeas.

- Sí, dentro del Oráculo - respondió Dimitri -. Al Oráculo se presentan los fieles a consultarle al dios Apolo, su futuro, su pasado y su presente. Van a buscar respuestas a sus dudas y consejos para su porvenir.

Una idea comenzó a formarse en la cabeza de Dromeas.

Sí, tal como te lo imaginas, el decir que iría a Delfos para entrenarse para los Juegos Píticos, fue solo una verdad a medias por parte de Dromeas. La verdadera razón de su partida estaba ligada a las preguntas que quería hacerle a la pitia. Pero esto prueba una vez más que no existen coincidencias y que el destino de los gemelos era encontrarse con los demás en Delfos.

CAPITULO 17

Al llegar la noticia de la masacre a Roma, el Senado, el ejército y la población entera había montado en cólera. Una afrenta como esta no quedaría sin castigo. A pesar de que existía una guerra interna en la república, se echó a la suerte cual de los dos cónsules Mario o Sila, acérrimos enemigos entre sí, líderes cada uno de ellos de las facciones en disputa, iría a Asia Menor a reconquistar los reinos y darle a Mitrídates su justo merecido.

Para desgracia del Rey del Ponto, el escogido fue Sila.

Lucio Cornelio Sila, es sin lugar a dudas, uno de los personajes que he conocido personalmente que más me ha impresionado. La historia lo ha juzgado tal vez de una manera demasiado dura pero Roma se convirtió en un gran Imperio precisamente por hombres como él. Hombres que no solo poseían voluntad y ambición, sino que eran capaces también de liderar, de influenciar a sus hombres de manera tal, que lograban de ellos fidelidad y entrega absoluta. Hombres además, flexibles, capaces de reaccionar rápidamente en situaciones complicadas y lo suficientemente inteligentes para buscar creativas soluciones a problemas de guerra. Hombres con una visión de nación más grande que la historia que tenían detrás de ellos.

Hombres romanos.

Lucio Cornelio Sila era alto y fornido, de piel muy blanca, sus cabellos eran rubios y sus ojos azules y desafiantes. Su cara tenía marcas rojas, y no se sabe si era por esto o por la fortaleza de su carácter que era conocido como el General Rojo. Aunque de orígenes patricios, su familia había venido a menos y el joven Sila se había criado en la calle entre artistas, juglares y bufones. Sin embargo, hábil como ninguno, el astuto Sila con su apuesta figura, logró que una prostituta adinerada, locamente enamorada de él, le legase todos sus bienes en su testamento y pronto con ese dinero y el buen nombre de su familia, pudo entrar en el ejército.

Desde su llegada al ejército, Sila brilló como el gran líder y estratega que era. Una tras otras, sus victorias le hicieron coronarse como una de las figuras políticas y militares más admiradas en su tiempo.

Apenas puso pie en suelo griego con sus ejércitos, los pueblos helenos que se habían unido a Mitrídates en la masacre de las Vísperas Asiáticas, se rindieron ante su ejército sin chistar. Así de imponente era la fuerza que este hombre emanaba a través de todos sus poros. Y sin empuñar un arma, solo con su presencia, Sila fue retomando muchos de los territorios griegos a su paso.

Solo una ciudad se enfrentó rebelde al General Rojo, solo una, Atenas. Y estaba pagando caras las consecuencias.

Lucio Cornelio Sila miraba las murallas de Atenas que tenía ante sí ¡Esas paredes eran condenadamente fuertes! Habían sido construidas tiempo atrás en la época de Temístocles, cuando Atenas orgullosa se había enfrentado a Persia, y estaban hechas de la sólida piedra caliza de la zona. Los muros que bordeaban toda la ciudad, medían más de ocho metros de altura y alcanzaban una profundidad de dos metro y medio.

En su desesperada construcción se había utilizado toda la roca disponible, los atenienses echaron mano de lápidas de cementerio y de las columnas del que debía ser el templo de Zeus. Los ciudadanos pensaron que era una protección más segura usar la piedra en la muralla que en la construcción del templo, confiados en que Zeus se mostraría complaciente

con sus intenciones.

En ciertos intervalos se habían construido torres de cinco metros de lado y con una altura de tres metros adicionales al perfil del muro. Sobre estas torres estaban apostados soldados del ejército ateniense que monitoreaban constantemente cada uno de los movimientos de la tropa romana situada en su exterior.

Los romanos habían tratado de quebrarlas utilizando arietes de guerra pero no había podido causar la menor mella en ellas; iban a necesitar de sus mejores ingenieros para construir máquinas que derruyeran estas paredes.

Al menos tenía tiempo, pensaba Sila con resignación. Sabía que los atenienses se estaban debilitando por falta de alimentos. El había bloqueado todos los suministros que podían llegar desde el Pireo y para este momento no debería quedar ni carne, ni grano dentro de esas arrogantes paredes.

Atenas y el puerto del Pireo se encontraban separados por una distancia de solo quince kilómetros. En el pasado las dos ciudades se conectaban con una edificación conocida como los Muros Largos. Estos muros comenzaban en la parte sureste de la muralla ateniense y se extendían hasta llegar al puerto del Pireo. De esta manera el tráfico entre la ciudad y el puerto estaba resguardado por esta fortaleza. Con el venir de los años y las distintas guerras acontecidas en la zona, los Muros Largos habían sufrido considerables deterioros en su estructura, haciendo vulnerable el tránsito entre las dos ciudades.

Mitrídates sabía de la importancia de abastecer Atenas y por eso había enviado a su general Arquelao a defender al Pireo para asegurarse del constante suministro de bienes a la ciudad.

Los hombres de Sila habían tratado de tomar El Pireo pero la duras paredes, hechas con la misma piedra caliza que su par ateniense, se lo impidieron. La población del Pireo se nutría del puerto custodiado por las cuatrocientas naves de la flota de Mitrídates. Un asedio no tendría sentido, pues mientras los romanos trataban de derrumbar sus murallas, la población continuaba recibiendo provisiones desde el mar, algo que ellos no podían impedir pues no contaban con naves que atacaran a la flota del Ponto. Tras intentos vanos que ocasionaron bajas de ambos lados, Sila decidió entonces que su objetivo sería la toma de Atenas.

Atenas, la ciudad emblema de la cultura helénica sería un golpe duro a la moral de todos los griegos y su triunfo le ayudaría a conquistar más fácilmente las restantes ciudades rebeldes.

Para lograr su cometido, sometió a la ciudad a un cruel bloqueo, apostó a una parte de su ejército sobre los restos de los Muros Largos, impidiendo la llegada de suministros a Atenas desde El Pireo. En este momento Aristión se encontraba encerrado tras su fortaleza y había soportado el asedio durante todo el invierno sin recibir ningún tipo de ayuda. La población y el ejército debían estar muy débiles por la falta de alimentos. Si lograba crear una brecha y entraba en la ciudad, no tenía la menor duda que sería muy fácil conseguir la victoria. Pero pasaban los días y no encontraba la manera de debilitar las murallas.

Sila se encontraba en el pabellón central de su campamento reunido con sus centuriones. Lucio Licino Murena, su principal comandante, repasaba con él, por enésima vez, un mapa donde estaba dibujado el perímetro de la ciudad. Impaciente, Sila levantó los faldones de la puerta, asomó la cabeza fuera de la tienda y con voz autoritaria le dijo a uno de los soldados que hacía guardia.

- Llamad a Cassius. Que venga de inmediato.

- Si, mi señor - y el soldado presuroso fue en busca del jefe de ingenieros.

Habían transcurrido pocos minutos cuando un hombre bajo y grueso cargado de papiros entró en la tienda donde el cónsul romano le esperaba.

Sin esperar ningún saludo del hombre que entraba, Sila se dirigió a él.

-Cassius, necesito una entrada a la ciudad -le dijo apremiante al ingeniero.

- Lo sé, mi señor -y con una sonrisa continuó -: Llevo tiempo trabajando en una idea y creo tener una respuesta a vuestra petición.

Cassius desenrolló los papiros que había traído consigo sobre una mesa plegable que se encontraba en el centro de la tienda. Una vez hubo aguantado las esquinas con pesos, comenzó a explicar los detalles de su diseño.

-En la actualidad poseemos catapultas que pueden lanzar proyectiles de dos kilos a una distancia de doscientos metros. En la construcción de estas catapultas lo que hacemos es imitar la tensión que se genera en una

flecha tensada en un arco -. Cassius detuvo su explicación y vio a los ojos de los generales reunidos en la habitación para comprobar que seguían sus explicaciones.

Sila hizo un gesto leve de asentimiento con la cabeza para obligarlo a continuar.

Señalando el boceto de su catapulta continuó:

-He diseñado una catapulta que funciona aplicando la fuerza de torsión. Este potente brazo será entonces capaz de lanzar proyectiles de al menos cinco kilogramos. Si lanzáramos una lluvia constante de proyectiles de este peso sobre una zona concentrada de la pared, lograríamos crear el boquete que necesitamos - tomó aire y mientras movía los dedos sobre sus planos explicó -: Para poder lograr esta torsión ataremos mulas al otro extremo de las sogas y ellas serán las que harán girar el mecanismo.

Sila seguía las explicaciones de Cassius y una sonrisa apareció en su rostro.

-¡Excelente! Buen trabajo, Cassius - dijo eufórico.

El ingeniero rebosaba de orgullo mal disimulado. Sacó otro papiro y lo mostró.

-También quería mostraros esto -. Extendió el segundo papiro y comenzó su explicación -. Estas son torres ligeras pero muy resistentes. Podemos construirlas lo suficientemente altas y con capacidad para soportar más de cien soldados a la vez. De esta manera, cuando acerquemos esta estructura a las murallas, podríamos llegar al tope de la misma y superar en número a los pocos guardias que se encuentren en ese tramo vigilando.

Sila rió exaltado.

- ¡Excelente, excelente! - y con tono apremiante dijo -: Comenzad la construcción de inmediato.

En ese momento Cassius se sintió incómodo, bajó la mirada y con tono preocupado dijo:

-Mi señor, nos harán falta construir muchas catapultas si queremos lograr una verdadera avalancha sobre los muros. Para eso es necesario muchos enseres, hará falta soga, herramientas, mulas...

-No hay problema muchas ciudades se han rendido a nuestro paso -. Dirigiéndose a su primer hombre en comando dijo -: Murena, toma una centuria de tus hombres y ve a todas las regiones por las que hemos

pasado y exige que te den los suministros y las mulas que necesitamos. Tebas, se ha rendido también, exigidle armas y metales, que tienen de sobra. Así nos aseguraremos de que no los utilizarán contra nosotros.

- Si, mi señor - dijo su fiel soldado y salió presuroso de la tienda a realizar su cometido. Nadie podía darse el lujo de hacer esperar a Sila.

Cassius seguía azorado.

- Mi señor, vamos a necesitar también madera, mucha madera. ¿De donde piensas obtenerla?

Sila se quedó mirando al ingeniero fijamente, sus manos estaban apoyadas sobre la mesa plegable y dirigió una vez más su mirada a los bocetos de Cassius. Sus ojos se recreaban en los meticulosos diseños del ingeniero. Dando un puñetazo sobre la mesa salió de la tienda y atravesando el campamento, se dirigió al bosque que rodeaba a Atenas. Los generales y el ingeniero siguieron su paso rápido detrás de él, de inmediato, sin chistar.

Sila señaló el inmenso grupo de olivos que se encontraba detrás de su campamento.

- De allí - dijo señalando con el dedo-. De allí sacaremos la madera.

Los hombres lo veían asombrados, nadie se atrevía a contestar. Llenándose de valor, uno de los generales dijo:

-Pero mi señor, ese el bosque sagrado de la Academia y del Liceo. Es un bosque consagrado a la diosa Atenea y forma parte de la gloria de Atenas. Bajo esos olivos se pasearon e impartieron clases Sócrates, Platón y Aristóteles. ¡Cortar esos arboles sería considerado un sacrilegio!

Sila lo escuchaba con la mirada fija en los árboles. Sin volverse a mirarlo, contestó con los dientes apretados:

- Un sacrilegio sería volver a casa derrotados. ¡Ese es el único sacrilegio que no podemos permitirnos!- se volvió hacia Cassius y le ordenó -: Reúne un grupo de los más fuertes soldados, proveedles de hachas y decidles que yo, Sila, no temo a la ira de los dioses.

Temiéndola o no, Sila despertó la furia de una diosa en particular. Desde lo alto, Atenea montó en furia cuando vio las intenciones de los soldados de Sila. ¡Cómo osaba este mortal tocar su árboles sagrados! Ese bosque se creó el día que le ganó la justa a Poseidón y le entregó el olivo como regalo a los atenienses. No dejaría que este extranjero arrogante profanase su querido bosque. Rauda como el pensamiento de un filósofo, Palas Atenea se dirigió a Zeus. Ella era su hija favorita y su padre debía

escuchar y apoyar su legitima queja y ayudarla a impedir que esto sucediera, pensaba la diosa.

Nunca, mortales y dioses han sabido de qué lado de una contienda se encontraba Zeus, hasta que ésta terminaba. Hábil como ninguno, el gran dios manejaba ambos lados a su antojo hasta que decidía quién era el ganador y movía la balanza a su favor.

Zeus recibió a Atenea, y tratando de apaciguar la cólera de su hija, oyó su queja y accedió a intervenir en el conflicto.

Desde su templo en el Olimpo, Zeus dirigió su mirada al bosque de la Academia. Un grupo de soldados se dirigía con sus hachas brillantes recién afiladas hacia la arboleda. Los hombres se detuvieron enfrente de los árboles y se miraron unos a otros. Uno de ellos, valientemente se adelantó, levantó el hacha y la clavó sobre el tronco del retorcido olivo que se encontraba en la primera fila.

Con la mirada de su hija fija en él, Zeus extendió su mano derecha, movió los dedos en el aire y con un sonido silbante, un rayo apareció en la palma de su mano. El rayo brillante y eléctrico comenzó a emitir chispas que estallaban en el aire. Levantó el brazo y con acertada puntería lo lanzó sobre el pobre soldado y el desgraciado, después de sufrir el impacto del proyectil divino, cayó al suelo muerto. Atenea sonrió complacida.

Sin embargo, yo que conozco el desenlace de esta historia, puedo decirte que Zeus, en esta disputa, no era simpatizante de la causa del rey del Ponto y sus aliados, aunque éstos fuesen griegos. Entre sus favoritos siempre estuvieron los romanos. Mientras con la mano derecha hacía ver a su hija que cumplía con su promesa y enviaba el rayo fulminante, con su mano izquierda, y mientras Atenea no se daba cuenta, manipulaba la posición del cuerpo del soldado caído, mandando así un mensaje de confianza a los ejércitos de Sila.

Cuando en el campamento de Sila se oyó el rayo y vieron al pobre hombre, con el hacha en la mano, tendido en el suelo, un desánimo se apoderó de toda la tropa. Sila se acercó al cadáver e hizo llamar a su augur.

- Calcas, ¿Puedes decirme si éste es un mal augurio? - dijo con voz lo suficientemente alta para que todos sus hombres le oyeran-. ¿Hemos despertado la ira de los dioses al cortar el árbol?

Su mirada fija se posó directamente sobre los ojos del adivino. Éste le devolvió la mirada con valentía; sabía que con su respuesta podría cambiar el ánimo del ejército. Sabía de la responsabilidad que pesaba sobre sus palabras.

El augur se tomó su tiempo en contestar. Observó minuciosamente el cadáver, se acercó a él, le olió y dio vueltas a su alrededor y luego con una sonrisa dijo:

-No, mi señor, por el contrario es un buen augurio- y señalando la cabeza del hombre prosiguió:

-Mirad, al caer al suelo su cabeza quedó apuntando al Pireo- y continuó con voz triunfante -: Eso asegura que ganareis la contienda tanto en Atenas como en El Pireo.

- Pues, poned manos a la obra de inmediato - gritó Sila a sus soldados-. Necesito que estas máquinas estén listas cuanto antes.

Y los soldados presurosos tomaron sus hachas y comenzaron a talar los bosques ante la atónita mirada de la diosa Atenea.

El bosque había sido talado en su mayoría y escuadrones de soldados construían las infernales máquinas de guerra bajo las acertadas órdenes de Cassius. El ingeniero pronosticaba que éstas estarían listas dentro de pocas semanas. Sila había enviado una vez más a un escuadrón a bordear el perímetro de la muralla y ahora los veía acercarse a él.

- Señor, hemos dado la vuelta a las murallas y no conseguimos todavía ninguna fractura - dijeron pesarosos.

Tiempo, Sila sabía que era solo cuestión de tiempo. Cuando los atenienses comenzaran a remojar cuero en agua para poder masticarlo, cuando se hubieran comido la última rata, cuando los calambres en el estómago comenzaran a enturbiarles la visión y el ánimo, ese sería su momento. Y él esperaría, ¡Sí, por todos los dioses que esperaría! Se vengaría de los griegos por haberse unido a la causa de Mitrídates en contra de Roma y además se llevaría el Tesoro que estaba buscando.

El Tesoro. Desde niño había sabido de su existencia y ahora hecho hombre

ya, todavía soñaba con encontrarlo.

Recordaba cuando era un chiquillo y merodeaba por las calles pobres de Roma. No eran las mismas calles donde se habían criado su padre y sus antepasados. Después que su familia se viniese a menos, Lucio Cornelio Sila, su madre y sus hermanos se habían trasladado a la parte baja de la ciudad. Allí donde abundaban los lupanares, las tabernas y los mercados populares.

Recordaba de niño correr entre esas calles que olían a grasa de puerco y a orín y junto con otros chiquillos ir a tirar piedras a las ventanas de los lupanares. Las ventanas cerradas aún después del mediodía resguardaban a las prostitutas de la luz del sol y las dejaba reponer fuerzas del trabajo de la noche anterior.

Debido a los incesantes guijarros lanzados, alguna prostituta en camisón asomaba la mitad del cuerpo por la ventana para espantarlos y a ellos les daba el chance de ver un seno que se escapaba de las ligeras ropas que vestía la mujer al inclinarse para proferirles gritos y vaciarles las bacinillas sobre sus cabezas.

¡Cuan distintas se veían esas calles de noche a la luz de las antorchas!

De noche, esas calles se transformaban en pasajes de magia y entretenimiento. Las vías se llenaban con artistas, juglares, magos, bailarinas, encantadores y prostitutas. La algarabía de la música, los olores de las cocinillas que freían sus viandas en las esquinas, las risas de los transeúntes y la ocasional pelea de borrachos eran todos elementos comunes del paisaje nocturno de aquella zona de Roma.

Pero la atracción que más llamaba la atención al joven Sila, después de las prostitutas, por supuesto, era el anciano Locutius. Locutius era un juglar viejo y desdentado que tenía los ojos blancos y lechosos debido a las cataratas. Se sentaba en una esquina, su esquina habitual, con la espalda apoyada al muro, envuelto en su vieja capa que alguna vez había sido roja y por una moneda era capaz de recitar cualquier poema que el espectador pidiese. Trasmutaba su aspecto deplorable en cuanto comenzaba a hablar pues el poder de su oratoria era tal, que captaba la atención de todos los presentes cuando su voz daba vida a una de sus narraciones.

Sila lo escuchaba de lejos y se transportaba a fantásticos parajes en compañía de héroes y dioses, de reyes y amazonas. De escucharlo todas las noches, se había aprendido los versos de la Ilíada, la Odisea, la Eneida y muchas otras obras de autores y filósofos famosos. Entre la juerga de la noche, siempre había algún soldado, algún borracho o algún rico comerciante que lanzaba una moneda en la pequeña vasija de barro que Locutius tenía a sus pies y él, como una robot de feria, comenzaba

sistemáticamente su narración y no se detenía hasta que terminaba de recitar la obra completa. El viejo juglar fue lo más cercano que el joven Sila tuvo de ir a la escuela.

La vasija de barro se convirtió en una tentación para los bravucones del barrio. Después de una noche bastante fructífera para el anciano, un par de chicos se acercaron a la esquina donde el viejo permanecía sentado. Eran dos hermanos fanfarrones, bastantes altos y con cicatrices en la cara; el mayor de ellos tenía la nariz deforme de tantas fracturas que había sufrido en peleas callejeras.

Fue éste el que se acercó a Locutius y dándole una sorpresiva patada en el estómago le gritó:

-Un viejo desdentado como tú, no necesita tanto dinero. Ni siquiera podrías masticar la comida que comprarías con estas monedas -dijo burlón mientras el hermano presuroso se acercaba a tomar el dinero acumulado durante la noche. El viejo comenzó a lloriquear y tapándose la cara con las manos, se encogió sobre sí mismo para evitar otra patada por parte del grandulón.

Sila observaba la escena desde el otro lado de la calle y una furia asesina se desató en su pecho. Cruzó la calle corriendo y tomando impulso, derribó al piso al gandul que trataba de robar el dinero de la vasija. Cogido por sorpresa, el muchacho no pudo reaccionar al puñetazo que rápidamente le dio Sila debajo de la barbilla. El chico sintió el gusto acre de la sangre en su paladar. El golpe había sido lo suficientemente fuerte para arrancarle un diente. Se llevó las manos a la boca y comenzó a gritar por el dolor que le causaba la encía sangrante.

El grandulón que estaba de pie comenzó a arremeter contra Sila que todavía se encontraba en el suelo, dándole patadas desde su posición privilegiada. Sila, delgado y esbelto giró sobre sí mismo tan velozmente que pronto estuvo fuera del alcance de los pies de su enemigo. Se levantó ágil y colocándose detrás de él, rodeó el cuello del muchacho con sus dos brazos y se echó hacia atrás, aplicando todo el peso de su cuerpo como una horca invertida. El muchacho al sentir que se estaba asfixiando, abrió la boca y comenzó a emitir ruidos guturales tratando de respirar y hablar a la vez.

Sila, todavía a sus espaldas, acercó sus labios a su oído y le dijo amenazadoramente:

-Tu hermano y tú se marcharán de aquí y no volverán por esta calle nunca más ¿De acuerdo?

El grandulón tenía los ojos fuera de sus órbitas por la falta de aire y con un imperceptible movimiento de su cabeza asintió. Entonces Sila aflojó los

brazos que tenía alrededor de su cuello y lo dejó ir. Ambos muchachos salieron corriendo calle abajo.

Mientras tanto el anciano se había vuelto a sentar erguido, se acomodó la raída capa sobre los hombros y dirigió sus lechosos ojos a su salvador.

-Estoy en deuda contigo, muchacho -le dijo con voz suave -. ¿Cómo puedo pagarte? ¿Quieres que te relate algún poema en particular? ¿La gloria de Aquiles, tal vez?

- No - dijo Sila retomando el aliento. La pelea había agotado todas las energías de su joven cuerpo y se sentó en el suelo a lado del viejo a descansar un momento antes de volver a casa.

- No, lo sé. Alguien como tú quiere que se canten poemas en su nombre. No serás tú el que escuche las gestas de otros héroes -dijo con la sonrisa del que sabe muchas cosas -. Te convertirás en alguien grande, sin lugar a dudas.

Sila sonrió. ¡Cuanto le hubiese gustado que las palabras que decía el viejo se hicieran realidad! Soñaba con unirse al ejército, con devolverle la gloria al nombre de su familia, con dejar de ser un niño de la calle y formar parte de ese grupo de ciudadanos élite que gobernaba la ciudad.

-Te voy a contar un secreto - le dijo el anciano con voz baja -: Estoy en deuda contigo y yo siempre pago mis deudas.

Calló por un momento tan largo que Sila pensó que se había quedado dormido. Con voz ronca retomó la conversación.

-Hay un Tesoro aguardando un hombre de valor como tú. Un Tesoro que da mucho poder al que lo posee. Un Tesoro por el que los sabios darían su vida. Un Tesoro que tiene años esperando a que lo descubran.

Y el joven Sila, sentado en la sucia calle, escuchaba embelesado las palabras del viejo juglar.

Tal como lo había predicho el viejo Locutius, Sila había acumulado triunfos y éxitos, retornando la gloria a su familia. Pero a todo lo largo de su carrera militar, nunca había olvidado las confesiones que le hiciera el anciano aquel día. Durante todos esos años no había cejado su empeño en conseguir el Tesoro; había seguido varias pistas y finalmente, una de ellas

le había revelado el nombre de Apelicón de Teos.

Sabía que Apelicón se había refugiado en Atenas, bajo las faldas de Aristión. Sus ojos se posaron en el perfil de la ciudad que tenía frente a sus ojos. Tan cerca y tan lejos, a la vez, pensaba con aprehensión.

Las palabras del viejo Locutius volvían a resonar en sus oídos. En cuanto tomara la ciudad, le tomaría prisionero y le obligaría a entregarle el Tesoro.

Mientras tanto debía terminar esta guerra y no se le estaba haciendo fácil.

CAPITULO 18

El oráculo se celebraba de primavera a otoño, el séptimo día de cada mes, para conmemorar el nacimiento de Apolo. Tal día como hoy, el siete de Bysios, el dios había llegado al mundo con la ayuda de su hermana melliza, la diosa Artemisa, que había nacido un día antes que él y que había ayudado a su pobre madre Leto con las labores del parto de su hermano. La celosa Hera, sabiendo que el abultado vientre de Leto era fruto de una infidelidad de Zeus, había prohibido que ésta pudiera dar a luz en tierra firme o en cualquier isla. Entonces, Delos surgió del mar, un escudo de agua la cubrió como un manto transparente y la desgraciada Leto pudo finalmente dar a luz, no solo a uno sino a dos niños.

Al ser un día tan importante para los seguidores del culto, los sacerdotes esperaban una visita masiva de peregrinos. Se habían apostado en la terraza del templo mayor, pues desde allí, tenían una vista privilegiada sobre todo el santuario. Era un sitio excelente para observar a las personas que llegaban, sin ser vistos.

La cantidad de gente que circulaba dentro del recinto amurallado era mayor a lo habitual, por sus trajes se podía reconocer su procedencia: Esparta, Tebas, Frigia... solo los atenienses brillaban por su ausencia.

-Parece que hoy recibiremos gente del linaje al que estábamos acostumbrados- dijo Enos mientras señalaba una comitiva real que acababa de llegar.

-Tienen el emblema de Petra- dijo Duos reconociendo el emblema de la Ciudad Rosada del Desierto.

-Pero, no es el rey- replicó Exos, que oyendo sus voces, se unió a la conversación -. Debe ser alguien de la familia real.

Un hombre fuerte, de largos cabellos negros recogidos en una trenza y barba larga igualmente negra, se bajó de un caballo que escoltaba una

litera. Por su musculatura se podía percibir que era un hombre fuerte, acostumbrado a la intemperie. De la litera se bajó una mujer bellísima, alta, de cabello largo, negro y rizado y grandes ojos verdes. Pero su característica más resaltante era el color de la piel. Impecablemente blanca, perfecta. Había en ella una majestad y serenidad sin igual, caminaba lenta y silenciosamente como si sus pies no tocaran el piso.

-¿Tendrán estas visitas algo que ver con la profecía?- preguntó curioso Enos señalando la entrada.

Los sacerdotes siguieron con la vista hacia donde apuntaba el dedo de su compañero. Un hombre y una mujer llegaron acompañados de un solo sirviente; no tenían emblemas, ni escudos, pero por la calidad de los caballos y los atuendos que vestían, era fácil deducir su noble linaje.

Al ver al hombre, cualquiera hubiese podido creer que el mismo dios Apolo había bajado del Olimpo a visitar su templo. Era joven, rubio como el oro fundido, de ojos claros y brillantes como los rayos del sol y de complexión física perfecta. Vestía una corta túnica recogida sobre un solo hombro lo que dejaba el pecho parcialmente descubierto. Su cuerpo cincelado por las largas horas dedicadas a la actividad física le daba el mismo aspecto proporcionado y perfecto de las estatuas del dios.

La muchacha, hermosa, esbelta y bien proporcionada, tenía cabellos del color del cobre recién bruñido y ojos verde-gris. No llevaba peplo como las demás mujeres sino un quitón corto al estilo de las amazonas que dejaba al descubierto una par de bien torneadas piernas. Los dos se bajaron de sus monturas y dejando al sirviente a cargo de los caballos, se acercaron al conjunto de tarantines que se habían instalado en la esquina sur oriental del recinto.

-Puede que ellos sean los elegidos-. Pentos, que estaba escuchando a los otros tres sacerdotes, contestó la pregunta que había quedado en el aire -. Pero recordad que hemos dejado en manos de Heptos la misión y es solo él, el encargado de llevarla a cabo.

-¿Estáis todos seguros que Heptos es la persona correcta para llevar a cabo la tarea de salvar el Tesoro?- preguntó una voz.

La voz provenía de un sacerdote que se había quedado en el interior del templo, escuchando la conversación de sus compañeros. Dio unos pasos al frente y la luz del sol alumbró su cara, era Tesseros.

Era el más joven de los sacerdotes y el que más recientemente se había unido al culto. Desde el inicio de su estadía no había formado vínculos de confianza con ninguno de sus compañeros y consideró que este era el

momento oportuno para sondear las lealtades de los presentes.

-Por supuesto- contestó de inmediato Pentos -. Él es el sacerdote de más jerarquía del oráculo. Es él quien conoce el paradero de la riqueza del santuario.

Lo que era conocido como el Tesoro de Delfos, no era solo el grupo de estatuas y piezas arquitectónicas que decoraban el recinto, incluía también el conjunto de objetos de valor, obras de orfebrería, joyas y monedas de oro y plata que las diferentes ciudades-estados griegas habían donado al oráculo en la antigüedad. Algunos griegos importantes también utilizaban Delfos como baúl de seguridad, para guardar sus fortunas personales, debajo de templetes que llevaban el nombre familiar.

Después de las guerras sagradas y las invasiones de Filipo de Macedonia, Delfos se percató que no era inmune a los saqueos. Por esto, los sacerdotes habían urdido escondrijos a lo largo del recinto y en las zonas aledañas, para esconder las piezas de valor, que podían ser robadas, de futuros invasores. El guardián de este secreto solía ser el sacerdote de mayor jerarquía o antigüedad en el cargo.

Las monedas, las joyas y los bienes más fáciles de transportar se encontraban dentro de burdos cofres de madera en una simple carreta tirada por mulas; le habían colocado paja seca sobre ellos para que no llamaran la atención. Cuando los siete elegidos de la profecía se reuniesen se encargarían de poner a buen reparo esta fortuna.

Heptos lideraría al grupo de los siete para salvar el Tesoro de Delfos. Los sacerdotes estaban seguros que el oráculo renacería una vez más después de que la guerra entre Roma y el Ponto terminase. Ese era el significado que habían interpretado de la profecía que hacía pocos días había comunicado la pitia. Sila, el General Rojo los saquearía, o al menos saquearía lo que ellos estuvieran dispuestos a dejarse robar. Pero ellos no tenían miedo. En el pasado había sucedido lo mismo, guerras ocurrían y los vencedores saqueaban lo que conseguían a su paso. Era solo cuestión de esperar y volver a reconstruir todo otra vez, pero esta vez tendrían los fondos adecuados.

Tesseros miró receloso a los demás, particularmente él nunca confió totalmente en Heptos. El anciano sacerdote no era un hombre avaro, ni tampoco demostraba una sed insaciable de poder, por el contrario siempre había mostrado una actitud humilde y servil, pero Tesseros tenía miedo que Heptos dedicase el oro a otra cosa, aunque él mismo no sabía definir a qué. Desconfiaba enormemente de él. Y más aún de ese sirviente suyo, Cleantes, ágil como un gato.

Tesseros no se sentía seguro dejando ciegamente su futuro, en las manos de Heptos. En ese momento decidió que tomaría las medidas necesarias para asegurarse que el más antiguo de los sacerdotes cumpliese a cabalidad la tarea a la que tan noblemente se había ofrecido.

CAPITULO 19

Cleantes estaba en la borda del barco, disfrutando del aire del mar, cuando divisó una asombrosa edificación de mármol blanco que comenzaba a divisarse en el horizonte.

-¿Impresionante, verdad?- oyó que una voz le decía a su lado. La voz provenía de uno de los pasajeros que había abordado junto con él, en el puerto de Kirra.

-Tolomeo I, reunió a una gran cantidad de sabios para construir esa torre. La llaman Faros, pues la isla donde fue construida se llama de esa manera - dijo señalando el pequeño montículo de tierra que sobresalía del mar y que formaba una pequeña isla frente a la costa-. No en vano es considerado una de las siete maravillas del mundo que conocemos, el rey utilizó todo el conocimiento humano del que se disponía para lograr un mecanismo que mantuviera perennemente el fuego que se vislumbra en lo alto de la torre - dijo señalando la punta del magnífico monumento que medía más de ciento cincuenta metros de altitud -. La luz que emite de noche previene a los barcos que navegan en este mar, de esos arrecifes de piedra caliza que bordean la costa… en especial, ese, ¿Lo veis?- dijo señalando la parte septentrional de la costa -. Lo llaman el Cuerno de Oro y ha sido el responsable de bastantes hundimientos.

Cleantes lo miraba fijamente sin pronunciar palabra. El pasajero continuaba hablando con la familiaridad de un viejo amigo.

-Por supuesto, lo que Tolomeo no le dijo a nadie, es que esa torre también fue pensada, dada su altura, para avistar al enemigo. Es muy difícil llegar a Alejandría sin que nadie lo sepa - y diciendo esto volteó la mirada que tenía fija en la pequeña isla y la clavó en los ojos de Cleantes. Este notó por primera vez que el desconocido tenía un ojo castaño y el otro azul.

-Tendrían que ser Zeus, señor todopoderoso del rayo, para conocer todo cuanto acontece bajo la luz del sol -. Cleantes le mantuvo la mirada con tranquilidad.

-No solo los dioses gobiernan nuestros destinos. Si fuese tú, dedicaría más tiempo a preocuparme de los humanos- y diciendo esto se marchó.

Cleantes reflexionaba en la velada amenaza que contenía las palabras del desconocido mientras veía acercarse la línea de la costa. La isla en la que se hallaba el Faro estaba unida al continente por el heptastadion, una

calzada construida por el hombre que medía siete estadios de longitud y que dividía el Puerto en dos. Esta construcción poseía dos inmensos arcos en su parte inferior que permitían el paso de los barcos de un extremo al otro.

El Puerto Oriental quedaba contiguo a las edificaciones reales, por esto se le conocía como Puerto Real pues ahí atracaban los barcos de los altos dignatarios de la ciudad. El barco donde viajaba Cleantes sin embargo, amarró en el puerto occidental que estaba dedicado a comerciantes y viajeros en general.

Una vez en tierra, recogió la bolsa que contenía sus pocos enseres y comenzó a vagar distraídamente por las calles de la ciudad. Caminando perezosamente, llegó hasta el mercado que se encontraba en la gran plaza.

Sus ojos deambulaban entre los diferentes puestos de venta. Los comerciantes mostraban los mejores productos que se producían a todo lo largo de la costa del Mare Nostrum y de más allá. Dátiles del valle del Nilo, aceite de oliva y queso de cabra de tierras griegas, vinos de la isla de Cerdeña y las especies más preciadas: canela, clavo y nuez moscada de la India.

Cleantes se paró frente a un puesto de fruta y estaba palpando un dátil cuando los cabellos de la nuca se le tensaron; el que lo seguía se había colocado demasiado cerca de su espalda.

Lo había sospechado desde que bajó del barco y por eso había comenzado su estadía con un breve paseo de reconocimiento de la ciudad. Ágil como un gato, jaló el cajón de fruta al suelo, el cual cayó con un gran estrépito a los pies del hombre que se había parado detrás de él. Salió corriendo mientras el dueño del puesto junto con sus hijos apresaban al individuo que no había sido lo suficientemente astuto para prever la movida de Cleantes.

Corrió y corrió entre tarantines y callejuelas, tratando de recordar su última estadía en la ciudad. Si no se equivocaba al doblar a la derecha en la próxima calle había una fuente donde se paraban los portadores de literas a beber agua durante sus travesías. Continuó corriendo haciendo caso omiso de los gritos que todavía escuchaba detrás de él. Cruzó a la derecha como recordaba y para su agradable sorpresa, ante sus ojos se encontraba un grupo de sirvientes que conversaban al lado de la fuente.

Se topó con un negro alto y fuerte, sus ojos se encontraron y sin decir una palabra el fortachón levantó la tela de una litera y le hizo señas de que entrase. Inmediatamente bajó los visillos y continuó la conversación

que mantenía con sus compañeros.

Un hombre apareció corriendo, al ver al grupo reunido alrededor de la fuente, se detuvo y tratando de recuperar el aliento preguntó:

-¿Habéis visto pasar por aquí a un hombre delgado de cabello castaño, vestido con una vieja toga blanca?- preguntó a los litereros.

Todos se miraron con sorpresa entre sí.

-No, por aquí no ha pasado nadie- contestó uno de ellos.

-¿Estáis seguros?- Todos asintieron con desgano.

El hombre recorrió con la mirada el sitio. Fijando su atención en la litera que tenía los visillos cerrados, preguntó:

-¿Y, esa litera? Parece lo suficientemente ancha para que quepa un hombre holgadamente. Es la única que no permite ver lo que hay en su interior- dijo con suspicacia -. Voy a echarle una mirada.

El negro alto y fortachón lo paró en seco.

-¿Acaso sabes a quién pertenece esa litera?- preguntó.

-No, ¿A quién? - preguntó desconfiado.

-Esta litera es propiedad de mi ama, Berenice- dijo regodeándose en el nombre -. No creo que quieras que alguien de la casa real se entere de la falta de respeto que estás por cometer.

¿La sobrina del faraón? Analizó rápidamente los riesgos que acarrearía su acción y de mala gana contestó:

-Bueno, ya sabéis, si veis al hombre que os digo apresadlo, es un truhán que ha robado en el mercado. No se puede dejar a esas sabandijas sueltas -. Dando media vuelta se marchó.

Los litereros, cómplices del encubrimiento, siguieron conversando plácidamente hasta que el desconocido desapareció por una de las calles. Cuando sintieron que el peligro había pasado, el negro retiró la cortina de la litera y con una gran sonrisa que mostró sus dientes blancos, dijo:

-Cleantes, viejo amigo, ¿en qué problema andas metido ahora?

-Gracias, Abu, los dioses te pusieron en mi camino una vez más- dijo soltando un suspiro de alivio -. Ando corto de tiempo y necesito que me

hagas otro favor.

-¿Otro? Querido amigo, no puedo protegerte de todos los bravucones de la ciudad- dijo con una sonrisa.

-Este favor es más sencillo. Necesito que me lleves a un sitio aquí en Alejandría, con el mayor sigilo posible.

-¿Adónde quieres ir? ¿Algún asunto de mujeres?- preguntó guiñando un ojo.

-No, no se trata de eso - dijo Cleantes serio -. Necesito que me lleves al recinto que será recordado como la gloria de esta ciudad. Quiero que me lleves a la Biblioteca de Alejandría.

CAPITULO 20

Después de una larga travesía por tierra, Adhara y Dromeas habían finalmente arribado al Oráculo de Delfos. Después de bajar de sus monturas, y sin percatarse que habían sacerdotes desde una lejana terraza observándoles, Dromeas había entregado las riendas a su sirviente diciéndole:

-Espéranos aquí y cuida de los caballos. Mi hermana y yo tenemos algunos asuntos que resolver - y ambos comenzaron a caminar hacia el mercado que se había instalado en la puerta del recinto.

-Dromeas, creo que debemos comprar el cabrito para la ofrenda al dios- le dijo Adhara. Dromeas asintió y la acompañó hasta el puesto donde había un pequeño corral que exhibía cabras de varios tamaños. Trataron de llamar la atención del vendedor, pero éste no se daba abasto, pues era mucha la gente que estaba esperando para ser atendida. Dromeas impaciente por conocer el recinto, le dijo:

-Adhara, quédate aquí hasta que te atiendan y puedas hacerte con una cabra. Yo voy a dar una vuelta, no tardo - y diciendo esto se marchó, sin darle tiempo a su hermana de contestarle.

Desde que había llegado, había sentido el ansioso deseo de ver con sus propios ojos cómo era el Stadio de Delfos. El relato de Dimitri había despertado sus ganas de competir y ahora estaba ansioso por comprobar cómo se sentiría correr sobre su arena.

Comenzó su búsqueda subiendo por la Vía Sagrada. Le preguntó a un peregrino por su ubicación y recibió como respuesta que el estadio se encontraba aún más arriba de la colina, en los límites del mismo oráculo.

Dromeas apresuró el paso para no dejar a Adhara sola durante mucho tiempo, siguiendo las instrucciones que había recibido, llegó hasta el final de la Vía Sacra, rodeó el Templo de Apolo y llegó hasta el Teatro. Desde allí podía divisar la estructura que conformaba la edificación.

El estadio del Oráculo de Delfos había sido originalmente construido hacía más de cuatrocientos años, siguiendo los parámetros estándares de los estadios de la antigüedad. Estaba conformado por una pista ovalada de ciento ochenta metros de longitud, rodeada de escalinatas de piedra que servían como asiento a los espectadores.

Dromeas bajó hasta la pista bajo los efectos de una febril ansiedad de correr. Se quitó las sandalias y se recogió el rubio cabello en una trenza en la parte posterior de su cabeza. Inhaló una bocanada de aire y dio pequeños saltos para aflojar los músculos de las piernas, mientras sacudía los brazos paralelos a su torso. Puso sus pies en la líneas talladas sobre la piedra de mármol que marcaba la salida, tal como lo habían hecho miles de atletas anteriormente, y se dio a sí mismo la largada, tratando de imaginar cómo sonarían las trompetas de los agonothetais.

Cuando comenzó a correr, logró alcanzar una velocidad que nunca había logrado antes. Sus pies apenas tocaban la arena y el viento se llevaba hacia atrás los músculos de su cara, dándole a su rostro una expresión extraña. Corrió uno, dos, tres, cuatro, cinco estadios consecutivamente, rompiendo su marca personal de resistencia. En ese momento con el viento en la cara, sintiendo que sus pies casi no tocaban el piso y con el loco latir de su corazón dentro de su pecho, se sintió más que nunca, cerca de los dioses.

Sin aliento, comenzó a frenar su carrera y sus piernas cansadas se doblaron, haciéndolo caer de rodillas al suelo. Arrodillado en la arena, recorrió con la vista las gradas. Trató de imaginarse cómo sería estar allí, con el estadio lleno, oyendo a seis mil quinientas personas vociferar su nombre, felicitándolo, llevando la gloria al país de su abuelo, convirtiéndose en un héroe para los suyos y para el mundo entero.

La gloria, eso era lo que perseguía. A esto quería dedicar su vida. Faltaba poco para cumplir la edad reglamentaria mínima para poder competir. El mismo día de su cumpleaños se inscribiría y comenzaría el entrenamiento de rigor en la ciudad de Elis. Estaba seguro que lo lograría, ganaría en Delfos la corona de laurel y también se haría con el más prestigioso de los premios, la corona de olivos de Olimpia.

Pero primero debía resolver los asuntos que lo habían traído hasta allí. Debía encontrar las respuestas a las preguntas que tanto le atormentaban.

Finalmente, Raiko había puesto pies en tierra firme. Una vez atracada la nave, había dejado una pequeña parte de la tripulación en el barco, con la aburrida tarea de hacer reparaciones y mantenimiento de rutina. A los demás, les dio dos días libres, recomendándoles que no se gastaran la totalidad de sus ganancias en tan poco tiempo.

Todo estaba revuelto por el conflicto con Mitrídates. Con la guerra en el puerto del Pireo, el puerto de Kirra estaba abarrotado de personas y barcos. Rentó el mejor caballo que pudo encontrar en la posada donde Odón y sus hombres esperarían por su regreso.

Mientras iba al lomo del caballo, pudo disfrutar de la espectacular vista que ofrecía el Golfo de Corinto visto desde la altura, las azules aguas refulgían bajo el reflejo del brillante sol. Era la primera vez que estaba solo en muchos años y por alguna extraña razón, sentía que le observaban. Un par de ojos seguían los pasos inseguros de su caballo. Alejó esos pensamientos de su cabeza y se concentró en hacer que su montura avanzase más rápidamente. Sin embargo, el viaje no fue tan corto como esperaba, en algunos trozos, el camino se convertía en una estrecha senda de cabreros de montaña, lo que hacía difícil el paso con la montura. Tal vez hubiese sido mejor alquilar un burro en vez de este costoso corcel, pensó con su cinismo habitual.

Cuando llegó al oráculo, lo primero que divisó fueron las tiendas de los mercaderes que se apostaba en la entrada.

El mercado improvisado bullía de personas que vendían los cabritos que debían ser presentados como ofrenda al dios. También había puestos de comida, de vino, de pequeños artesanos que mostraban estatuillas de dioses hechas en barro o esculpidas en piedra y por supuesto, de timadores. Estos encantadores de serpientes no perdían la oportunidad de hacerse con el dinero fácil de extranjeros inocentes.

Estaba evaluando cuál cabra comprar, cuando escuchó una voz que vociferaba en el puesto de al lado.

-Hoy, el día que celebramos el nacimiento de nuestro gran dios Apolo, realizaremos un acto de magia incomparable-. Señalando una caja con virutas de madera que descansaba sobre la mesa de su tarantín improvisado, continuó -: Poseo en esta caja una cantidad de virutas de madera escogidas al azar. De ellas aparecerá, por designio divino, el

número siete, el número consagrado a Apolo.

Señalando a un campesino fortachón que lo miraba embobado, le dijo -: Por favor escoged un cantidad de virutas menor al número de dedos de vuestras dos manos.

Con sus manos rechonchas el aldeano separó cinco virutas.

-Muy bien- replicó el timador, que para aquel momento había llamado la atención de un gran público a su alrededor-. Ayudadme a contar las restantes. -Contando en voz alta, la audiencia constató que quedaban quince astillas de madera en la caja.

-Quince. Si sumamos los dos dígitos del número quince, obtendremos seis, pues uno más cinco es igual a seis –, señalando nuevamente al aldeano que se encontraba rojo de vergüenza por ser el blanco de tantas miradas, le pidió -: Retirad ahora este número calculado.

El aldeano hizo tal cual le habían pedido y retiró seis virutas, las cuales puso junto a las cinco iniciales.

-De todos es harto conocido que nuestro gran dios Apolo no llegó solo al mundo, lo acompañaba en su nacimiento su hermana Artemisa, es por esto mi noble ciudadano, que os pido que retiréis dos virutas más: una en honor a Apolo y otra en honor a su hermana melliza-. El aldeano hizo tal cual le pedían.

-Ahora mi querida audiencia, seréis testigos del milagro logrado. Este noble aldeano escogió por sí solo, el numero inicial de virutas que retiraría, el juicio de ninguno de nosotros se interpuso en su elección. Pero sin importar que numero escogiera él o cualquier otra persona, nuestro gran dios continuaría obrando su magia-. Señalando la caja con las virutas restantes, dijo: -Ayudadme a contar los trozos de madera que descansan aquí-. Ante un atónito público que contaba junto a él, uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-SIETE, aparecieron siete virutas en la caja.

-No importa qué número escojáis, el dios Apolo siempre venerará como suyo el numero siete y éste será el número de virutas que siempre aparecerá en la caja. ¿Quiere alguno de vosotros volver a desafiar esta matemática divina?

La gente comenzó a aplaudir, unos nerviosos y otros totalmente embelesados ante el acto del dios. Mientras tanto, el compañero pasaba una bolsa de lona para aceptar cualquier moneda u ofrenda que según él, sería ofrendada a Apolo para que cosas maravillosas como éstas siguieran sucediendo.

Raiko miraba divertido al hombre que recogía la limosna, a todas luces era evidente que esas ofrendas no iban a parar a los pies del dios, si no a los bolsillos de dos entes mucho menos divinos. La multitud comenzó a dispersarse, pero Raiko notó que una muchacha se quedaba quieta en su puesto, tenía los ojos clavados en la caja y una expresión abstraída colgaba de su ceño.

-Ese truco solo funcionaría, si comenzáis con veinte virutas en la caja y no con un número al azar como predicáis – dijo con voz firme la joven. Raiko no podía quitarle la mirada de encima. Era un doncella joven y esbelta, de largos cabellos cobrizos. Vestía una toga corta y sandalias que se amarraban en sus pantorrillas. Unas pantorrillas muy bien formadas, a juicio de Raiko.

-¿Qué decís, bella dama?- preguntó desconfiado el mercader.

-Ese truco es posible, si y solo si, el número de virutas inicial es veinte. Como fijáis el monto inicial a extraer, entre uno y nueve, el resto oscila entre once y diecinueve. Al sumar los dos dígitos de esta cantidad y restarla una vez más del contenido de la caja, siempre os quedarán nueve pedazos de madera. Luego, aplicáis el banal argumento de restar dos, porque Apolo tiene una hermana gemela y os quedarán siete astillas en la caja. Pero esto no es debido a los designios del dios, es debido a la cualidad particular del número nueve en el sistema decimal, restringido a que el número inicial sea veinte y que solo se retire un número de astillas entre uno y nueve - explicó la doncella.

¿Por qué una joven tan hermosa debía ser tan versada en cuestiones matemáticas? Se preguntó el dueño del tarantín ¿Por qué no estaba en el puesto de al lado, probándose collares y brazaletes de Caria que tan bien deberían quedarle sobre ese altanero cuello? ¿O es que acaso no había ningún hombre por ahí que la mantuviera ocupada en otras cosas y la pusiera en el lugar que le correspondía?

-¿Negáis acaso los poderes de Apolo, aquí mismo, en este lugar consagrado a él? –preguntó apostando a la carta de la religiosidad de las personas presentes.

Los aldeanos, gente sencilla, no seguían los razonamientos matemáticos de la muchacha y tampoco querían verse involucrados en ningún tipo de blasfemia, lo cual ayudaba al embaucador.

Mientras la conversación se acaloraba, Raiko ya había llegado hasta ella y pudo apreciar que tenía una cara de hermosas facciones y unos impresionantes ojos grises.

-Le estoy diciendo que lo que usted afirma que es magia, no es más que una particularidad en los números. Nada tiene que ver con los designios

del dios-. La joven no cambiaba el tono -. Aquí se viene a orar y a escuchar el oráculo, y no a ser tomado por tonto.

En un santiamén, el socio se colocó detrás de la muchacha. Con sus labios casi pegados a su oreja izquierda, le susurró:

-Será mejor que te calles y no sigas explicando a toda esta gente nuestros trucos.

La mujer sintió su aliento asqueroso en la nuca y de repente se dio cuenta de lo sola que estaba. Con el rabillo del ojo entrevió que el hombre se llevaba la mano al cinturón y sintió la punta de algo filoso en su cintura.

Súbitamente oyó otra voz que venía de detrás del hombre que la amenazaba.

-Tenía entendido que al Oráculo de Delfos no se podía entrar con armas.

La joven dejó de sentir la presión en su espalda y se volteó completamente quedando de frente al socio del tarantín. Detrás de él había un hombre alto, de cabello y ojos castaños que le sujetaba la mano fuertemente detrás de la espalda inmovilizándolo.

-¿Arma? Nadie ha hablado de armas, solamente quería que esta dama no vociferase tan alto… Estimado señor, vos sabéis que cada quien tiene su manera de ganarse la vida y ella está estropeando la nuestra- replicó conciliador.

-Me alegra que todo sea un malentendido. Os ruego que la dejéis ir y digamos que por hoy, vosotros recogeréis vuestra honrada manera de vivir y os marcharéis-. Y diciendo esto soltó al hombre con un empujón tan fuerte que lo tiró al suelo.

Raiko tendió una mano hacia la muchacha y se alejaron de allí, mientras los dos truhanes recogían sus pertenencias y se marchaban.

-Una mujer sola y desarmada no debería ir llamando ladrón a hombres de la calle- comentó Raiko.

La muchacha frunció el ceño.

-Tu intervención no era necesaria. No soy una débil doncella que necesita que la defiendan. Hubiese podido arreglármelas sola - contestó soberbia.

Mientras hablaban, habían llegado caminando hasta el puesto donde vendían los cabritos.

-¡Adhara!- gritó una voz. La muchacha volvió la cara y un joven rubio se acercó.

-Te he buscado por todas partes, ¿Dónde te habías metido? No debí haber dejado que me acompañaras, debí haberte dejado en casa- replicó enfadado.

-Dromeas, no ha pasado nada. Me quedé deambulando por el mercado - trató de explicar Adhara.

Al ver que Dromeas miraba fijamente con desconfianza al hombre que se encontraba a su lado, le dijo:

-Este señor, estaba al lado mío esperando para comprar un animal - mintió Adhara.

Dromeas hizo una corta pero seca inclinación de cabeza, tomó a Adhara por el brazo y se la llevó arrastrándola consigo sin ni siquiera despedirse. Mientras se alejaban, Adhara volvió la cabeza y mirando a Raiko le hizo un gesto a la vez de agradecimiento y de disculpa por la conducta de Dromeas.

Raiko se sentía molesto. ¿Qué hago yo protegiendo las mujeres de otros, en vez de preocuparme de mis propios asuntos? Se dirigió al puesto de las cabras, cuando antes terminara este asunto y estuviera sobre su barco, mejor para él.

CAPITULO 21

La guardia ateniense llevaba a rastras a un hombre con las manos atadas a la espalda. Lo presentaron ante Aristión para que éste dictaminase su castigo. El hombre había causado una revuelta en la calle porque se había robado una rata.

-Denle diez latigazos en la plaza, en frente de los demás ciudadanos -dijo Aristión -. No podemos permitirnos desórdenes públicos ahora que nuestro ejército está tan cerca de la victoria - y diciendo esto se llevaba a la boca una pata de faisán cocida en hierbas y pasaba el bocado con un trago de vino.

¡Cuantos tiranos como Aristión han existido en la historia de la humanidad! Políticos que le exigían hambre y sacrificios al pueblo mientras sus despensas y sus bolsillos estaban llenos.

Aristión había cumplido la parte del trato que había acordado con el rey del Ponro y resistía el embate de Sila encerrado tras las murallas de Atenas esperando que los refuerzos de Mitrídates llegasen pronto. Pero Arquelao y sus hombres no podían cumplir su promesa porque los soldados romanos no les dejaban abandonar El Pireo. Las despensas del Palacio Real estaban surtidas pero la gente en las calles la estaba pasando muy mal; hasta se oía hablar de canibalismo en la tan civilizada Atenas.

Mientras Aristión continuaba su comida, su gran amigo, Apelicón le observaba. Apelicón de Teos era un hombre culto que había logrado colarse en el ambiente intelectual de Atenas en su juventud. Aunque no poseía ideas originales, ni el talento de los escolares a los que frecuentaba, se había convertido en un juez impecable en catalogar la calidad del discurso de cada naciente filósofo. Debido a esto y con una pequeña fortuna familiar, se había dedicado a comprar los manuscritos de mentes famosas, logrando poseer una muy respetable biblioteca personal. Su ambición de agrandarla lo llevó a hacerse dueño de ciertos libros de manera poco honrada. Con el tiempo llegó a enemistarse con muchos reyes, aristócratas y mecenas pues había tomado prestados una cantidad considerable de manuscritos para su provecho.

Posteriormente, había huido con su botín al reino del Ponto para escapar de la ira de sus dueños legítimos. Mitrídates lo había recibido con los brazos abiertos y allí había conocido a Aristión, de quien se volvió su inseparable perro faldero.

Estando en Sinope y usando su habitual red de espías, se había enterado de ciertos manuscritos de mucho valor que se encontraban escondidos en la Troade, para evitar que los bibliotecarios de Pérgamo se hiciesen con ellos. Logró llegar hasta esos parajes y con dinero que no provenía de sus bolsillos, los compró. Cuando el único griego que permaneció fiel a Mitrídates fue el tirano Aristión, siguió a su gran amigo de vuelta a Atenas y trajo consigo toda su mal habida biblioteca.

Sin embargo, temía. Temía porque sabía que Sila le había seguido la pista, Sila sabía que él se escondía aquí y a pesar de las bravuconadas que decía Aristión parecía que esta batalla la ganaría el General Rojo. Apelicón temía por su tesoro.

- ¿Estás seguro que Arquelao vendrá en nuestro socorro? -preguntó temeroso Apelicón una vez más. El no podía disfrutar de la comida como Aristión. El miedo de caer bajo el yugo de Sila le había quitado el apetito en los últimos días.

-Por supuesto, mi querido amigo - decía Aristión y se limpiaba la boca con el reverso de la manga -. Los romanos no podrán contener por mucho

tiempo el trayecto que nos une al Pireo. Solo debemos resistir unos días más y obtendremos la victoria.

Apelicón dudaba de esas palabras pero no quería enemistarse con su amigo.

- ¿No hay nada que podamos hacer mientras llega la ayuda?

-Mandaremos una embajada a hablar con Sila y le haremos entrar en razón - dijo Aristión mientras seguía comiendo -. Nadie puede tratar a Atenas de este modo. El mundo entero debería rendirse ante la grandeza de esta ciudad. Solo los dioses podrían tener derecho a destruirla.

Se chupó la grasa de los dedos y lanzó los huesos al suelo. Dos esclavos corrieron presurosos a recoger las sobras del tirano y disimuladamente escondieron los huesos con residuos de carne entre sus ropajes.

Eran esclavos cultos pues atendían en palacio. Sabían leer y escribir y observaban con disimulado odio la actitud de Aristión. Para el tirano, ellos eran nada más que sirvientes, piezas útiles de mobiliario que satisfacían sus órdenes, piezas del botín de otras guerras, piezas sin sentimientos, sin mucho valor, incapaces de reacciones importantes. ¡Cuan equivocado estaba! Toda alma humana tiene el poder de desencadenar eventos capaces de mover la balanza de un lado u otro en un conflicto.

Tiempo después cuando Aristión y Apelicón se retiraron a sus aposentos, los dos esclavos se sentaron al reparo de la oscuridad en una esquina oculta de la sala con las espaldas apoyadas en la pared, temerosos de ser vistos. Sacaron los huesos que habían recogido de las sobras de Aristión de una alforja de tela y miraron con recelo a diestra y siniestra pues lo que tenían entre sus manos era una opípara cena comparada con lo que el común ciudadano estaría cenando a estas horas. Mientras rompían los huesos con sus dientes, su odio hacia Aristión crecía vertiginosamente.

Llevaban mucho tiempo asistiéndole y sabían de las penurias que se sufría en las calles de Atenas mientras el tirano comía y bebía ajeno a los sacrificios que otros hacían para mantener su orgullosa posición. Habían visto audiencias de ciudadanos que le pedían que negociara una rendición digna con Sila, pero Aristión los despachaba soberbio y les repetía que tenían la guerra ganada.

Su indiferencia era demasiado grande y había llegado la hora de que alguien terminase esta situación.

CAPITULO 22

-No he cruzado los mares, ni he movilizado treinta mil hombres para escuchar una lección de historia- dijo Sila con desprecio -.Volved donde

Aristión y decidle que lo único que calmará mi ira será la rendición total y absoluta de Atenas.

Los enviados de Aristión bajaron la cabeza y se prepararon para partir. Habían venido con instrucciones de hacer entrar en razón a Sila, pero los argumentos que argüía el tirano para detener la toma de la ciudad, se basaban en la pasada gloria de Atenas, en los logros de filósofos como Platón y Aristóteles, en las campañas emprendidas por Pericles y en las victorias obtenidas sobre los persas. Pero estos argumentos no eran válidos a los ojos de un líder que quería vengar la vejación a la que habían sido sometidos sus ciudadanos, un líder que no aceptaba a Mitrídates como su aliado. El perdonaría a Atenas si ésta se entregaba sumisa a él.

Sila se paseaba por el campamento reflexionando sobre la embajada. Era algo positivo que los atenienses quisieran negociar, se dijo. Estaban sintiendo ya las consecuencias del asedio y dudaban de los refuerzos de Arquelao que languidecía, él también, tras las murallas del Pireo. Los atenienses se sentían como la infeliz liebre que sabía que el lobo con las fauces abiertas le esperaba hambriento fuera de su madriguera.

Una primera catapulta había sido construida y después de simples ajustes, comprobaron que funcionaba aun mejor de lo que había pronosticado Cassius. Sila se quedó maravillado de la fuerza que ésta tenía, del proyectil tan pesado que podía soportar y la potencia con la que los lanzaba. Si conociera la debilidad de la muralla, tendría la batalla ganada.

Pero la ciudad estaba tomando demasiado tiempo en rendirse y eso estaba colmando la paciencia del General Rojo. Tenía que mantener alta la moral de los soldados y el dinero se estaba acabando. Había pasado mucho tiempo desde su arribo a Grecia y el fracaso del ataque del Pireo había hecho mella en ellos.

Cuatro ciclos de luna habían transcurrido desde que se habían apostados fuera de Atenas. El invierno había sido frio y húmedo y las constantes lluvias habían convertido el campamento en un lodazal y aunque sus hombres eran soldados reciamente entrenados, la moral de la tropa iba en detrimento. Además, necesitaba dinero para pagarles sus sueldos. Estaba esperando que llegaran refuerzos de Roma, en recursos y más hombres pero también esta respuesta tardaba en materializarse.

-Mi señor, un comerciante de aceite pide hablar con vos-. El soldado que se encargaba de su tienda se había acercado con el mensaje.

-¿Comerciante de aceite? - preguntó Sila sorprendido -. ¿Por qué no lo atiende el encargado de los suministros? - dijo molesto.

- Mi señor, insiste en que solo puede hablar con vos. Al parecer, viene

desde muy lejos con su aceite - dijo respetuoso el emisario.

- ¿Desde lejos?¿Es que en Grecia no hay aceite suficiente para...? - la pregunta quedó en el aire. Con una expresión preocupada se dirigió velozmente a su tienda.

Cuando entró en el pabellón, encontró a un hombre joven, delgado y atlético, vestido con una larga túnica marrón que le cubría hasta los pies. Las sospechas de Sila se hicieron realidad, éste no podía ser un comerciante de aceites, todos los comerciantes eran blandos y gordinflones.

Al verlo, el joven inclinó la cabeza y le saludó:

- ¡Salve, Lucio Cornelio Sila, Cónsul de Roma! - dijo respetuoso.

-Tú no eres un comerciante de aceite - le contestó Sila retador.

-No, mi señor. Soy un soldado a las órdenes de vuestro yerno, Quinto Pompeyo Rufo -contestó el hombre. Dirigió su mirada directamente a los ojos del General Rojo y continuó:

-Me temo que no traigo buenas nuevas, mi señor- dijo el mensajero y le entregó un ánfora llena de aceite.

Sila tomó la jarra en las manos y vació el contenido en el piso de la tienda. El aceite se escurrió lentamente de la vasija de barro y cuando solo quedaban unas pocas gotas, Sila estalló la vasija contra el suelo y ésta se rompió en mil pedazos dejando al descubierto una suerte de globo desinflado. Sila lo levantó del piso y sacudiéndolo, lo sujetó con ambas manos. Lo que en realidad tenía entre sus manos era la vejiga de un cerdo.

En sus campañas en África, el General Rojo había diseñado una manera de enviar mensajes secretos. Tomaba la vejiga de un puerco, la cual era altamente resistente y flexible, la secaba al sol y luego escribía el mensaje que quería enviar en ella. Colocaba la vejiga en un ánfora de barro y la llenaba con aceite de oliva. Esta se expandía con el líquido y se adhería a las paredes de la vasija siendo casi imposible percibirla.

Ahora, con la vejiga en la mano, Sila leía el mensaje que le habían enviado desde Roma.

-¿Es cierto esto que dice aquí? - preguntó incrédulo.

El emisario asintió.

- Mario y Cina han creado una revuelta en Roma, aprovechando que no estabais. Han hecho presos a vuestros amigos y seguidores y están colgando sus cabezas en el Foro Romano a la vista de todos. Os han declarado Enemigo Público de Roma y han puesto precio a vuestra cabeza - dijo lúgubremente el emisario.

-¿Y mi esposa y mis hijos?- preguntó preocupado.

-Todavía cuentas con buenos amigos. Los han puesto a resguardo y están viajando hacia acá. Nadie conoce su paradero, ni siquiera yo, mi señor. Tenían miedo que me interceptasen y obtuvieran la información al torturarme.

-¡Maldito hijo de puta! - gritó Sila - ¿Y el pago de la tropa? ¿Los refuerzos?

El emisario se quedó mudo. Se llenó de valor y mirándole a los ojos le dijo:

-Creo que están apostando a que mueras aquí o a que tu fracaso sea tan grande que no te atrevas a volver a Roma nunca jamás, mi señor.

Sila dio un puñetazo a la mesa que tenía enfrente y ésta se partió por la mitad volcando todo lo que había sobre ella. El emisario se encogió sobre sí mismo y se apartó a una esquina temeroso de la iracunda reacción que había suscitado su mensaje.

-¡Malditos, malditos, malditos! - gritaba Sila -: Nunca debí confiarme de la palabra de Mario. ¡Nunca, nunca, nunca más!

Y diciendo esto levantó los faldones de la puerta del pabellón y salió al aire libre. Vagaba sin rumbo por el campamento cegado por la rabia y la desazón. Una mano fría cerraba su pecho. Pensaba en su familia, su esposa y sus hijos. En estos momentos estaban en algún lugar del camino hacia su campamento, en peligro de muerte o algo peor. El mensaje secreto le advertía que llegarían por tierra. Habían salido de Roma por el norte y esperaban que pudieran cruzar el mar hasta Dalmacia. Estaban usando una vía más larga pero más segura. Al preguntarle al mensajero comprendió que solo su yerno y él conocían la trayectoria que estaban recorriendo. ¡Que los dioses no permitieran que cayeran en manos de sus enemigos o él se volvería absolutamente vulnerable! ¿Qué clase de general era que no podía proteger a los suyos? ¿Qué tipo de líder era que no podía generar el respeto debido en sus enemigos?

Su caminar desarticulado lo llevó hasta el bosque talado. Se quedó allí, observando los espacios vacíos antes llenos por árboles sagrados, mientras una miríada de pensamientos pululaban en su cabeza. ¿Qué debía hacer? ¿Retornar y defender a sus amigos y abandonar a los

soldados que habían dado tanto de sí en esta batalla? ¿Cómo costearía de todas maneras el retorno? ¿Volvería acabado y vencido a una Roma dividida? ¿Para seguir peleando entre ellos mientras los enemigos de Roma se fortalecían? ¿Era acaso esto un castigo de los dioses por haber segado el bosque sagrado de Atenas? La desesperanza llenó su corazón y por primera vez en su vida, no sabía que hacer.

Confundido, se sentó sobre la base de un árbol cortado y convertido en máquina de guerra bajo sus órdenes. Se llevó las manos a la cabeza y respiró profundamente con los ojos fijos en el paisaje que tenía frente a él.

Alzó la mirada y un águila majestuosa apareció en el cielo. Sus magníficas alas extendidas medían más de dos metros de longitud. Planeaba poderosa sobre las nubes desafiando a todas las leyes de la naturaleza. Abrió el pico y lanzó un graznido dejando claro que no temía a ningún otro ser viviente pues ella estaba por encima de cualquier criatura que caminase sobre la faz de la tierra.

El águila imperial, el símbolo de Roma, pensó Lucio Cornelio Sila. Al verla volar en los cielos, algo se agitó dentro del pecho de este hombre de hierro. El amor a su patria. Por encima de todo, él era un romano y su deber era vengar la afrenta que Mitrídates había hecho a sus ciudadanos. Ningún hombre puede coronarse como líder de los suyos, sin llevar la responsabilidad intrínseca de defenderlos, de protegerlos de sus enemigos. Sabía que no se respetaría a sí mismo, que no podría conciliar el sueño nunca más, que no podría volver a dar una orden en su vida, si no vengaba la muerte de las ochenta mil almas inocentes que habían muerto únicamente por ser ciudadanos romanos.

El espíritu de Roma era como esta águila, grandioso, por encima de todas las demás criaturas terrestres. Y fue entonces cuando halló la respuesta que estaba buscando. Su deber en este momento era para con sus hombres, para con su patria. Tenía que terminar exitosamente esta guerra y solo así podría volver a Roma a enfrentar los conflictos internos.

Le confió sus familiares a los dioses, hizo un solemne juramento de vengar a sus amigos masacrados y con paso decidido volvió al campamento. Su mente trabajaba rápidamente buscando soluciones tácticas para los problemas que enfrentaba.

Mandaría de inmediato un mensaje a su lugarteniente Lucio Licinio Lúculo. Debía partir de inmediato a Alejandría y reclutar una flota de naves lo suficientemente fuerte para plantar cara a la flota del Ponto, sabía que Tolomeo Alejandro simpatizaba con Roma y le ayudaría. Era el momento de probar a sus aliados.

En cuanto al dinero que necesitaba, ya sabía de donde iba a sacar los recursos que sus enemigos en Roma le negaban.

-Llamad a Cafis, el Focio -dijo con voz fuerte.

La noticia de la revuelta en Roma corrió veloz por el campamento y los generales veían con aprensión el rostro de su líder en espera de un plan de acción. Cafis apareció de inmediato ante la presencia de Sila.

- Cafis, prepara un escuadrón de hombres, partirás de inmediato a Delfos - dijo con voz de mando.

- ¿Delfos, mis señor? ¿Que tarea requiere mi presencia en Delfos?

-Quiero que me traigas el oro suficiente para terminar esta guerra y volver victoriosos a Roma - dijo el General Rojo.

-¿Queréis que saquee el Oráculo de Delfos, mi señor? - preguntó confundido el soldado.

-Míralo mejor como un préstamo que le estamos solicitando a Apolo. Se lo devolveremos en su justo momento - dijo con una torva sonrisa en sus labios.

CAPITULO 23

Había sido un largo viaje desde Petra pero finalmente, habían llegado a Delfos. Roxana disfrutaba viendo las estatuas y edificaciones que conformaban el oráculo; de la ciudad de donde ella procedía, los edificios eran tallados en la pared de roca, siendo literalmente esculpidos en ella. Este era su primer viaje fuera del hogar, y por eso se sorprendió al conocer, que en otros lugares, la piedra era arrancada de su cuna, trabajada y luego apilada elegantemente, formando las edificaciones.

Pero lo que más le asombraba era la perfección de las esculturas griegas, éstas estaban talladas en sólidos bloques de mármol, traídos desde su cantera original. Pasó sus manos suavemente sobre una estatua que representaba a un joven que se preparaba para una competición. Sabía que al rozar sus dedos sobre la piedra, sus manos se empaparían del conocimiento y la destreza del artista que la había realizado. Esta era su particular manera de aprender.

La figura estaba perfectamente proporcionada, los músculos estaban increíblemente representados, y hasta el vigoroso pecho parecía inflado de un poderoso aliento. En la cabeza también, todos los detalles habían sido meticulosamente cuidados, el cabello rizado, el rostro sereno, iluminado

por una ligera sonrisa y la mirada melancólica.

Ella había trabajado con anterioridad la piedra y la arcilla, y por eso admiraba estos trabajos que tenía delante de sus ojos. Estas estatuas estaban tan bien realizadas que daban la impresión de ser humanos que hubiesen quedado, por un encantamiento, presos en una cárcel de piedra. Estando aquí y observando esas obras, comprendió aún más la misión tan importante que debía cumplir, la misión que la había traído hasta allí.

Se acercó a un templo cuyas columnas tenían forma de doncellas. Las mujeres allí talladas, parecían disfrutar del trabajo de soportar la estructura del templo. Estando frente a ellas, volvió a pasar sus dedos sobre ellas y sobresaltada le pareció sentir que las estatuas se movían. ¡No! en realidad, ¡era el suelo, el que se movía! Absorta como estaba en la contemplación de las efigies, no se había percatado que había comenzado un temblor.

El clamor que venía de las entrañas de Gea se escuchó en todo el Oráculo. La tierra comenzó a moverse bajo los pies de todos los peregrinos que habían acudido a su cita con el dios. Los templetes temblaban, algunas estatuas se balanceaban unas sobre las otras y rocas de todos los tamaños rodaban hacia abajo por la ladera. Una nube de polvo cegaba los ojos y secaba las gargantas, y la multitud entera corría gritando desaforadamente en todas direcciones, buscando refugio.

Ammos, tironeó a Roxana de un brazo, obligándola a entrar a un pequeño templete de la Vía Sagrada. Si no hacían eso podrían morir al descubierto, aplastados por alguna de las rocas que venían rodando por la colina.

Raiko, que se encontraba a pocos pasos de ellos, había visto el movimiento de Ammos y Roxana y los siguió entre la nube de polvo que se había formado. Dando un rápido vistazo alrededor, entendió por qué aquel hombre había escogido esa edificación: era robusta, no se apoyaba en columnas sino en paredes macizas.

El ruido, que se había vuelto ensordecedor entre los gritos de la gente y el bramido de la tierra, fue menguando al entrar al templo. Después que sus pupilas se acostumbraron a la diferencia de luz, Raiko comenzó a desplazarse por el lugar. El interior del templo se encontraba completamente vacío, al parecer no había ningún arco firme bajo el que obtener reparo.

El ambiente se oscureció repentinamente; una estatua había caído en la entrada del edificio impidiendo la entrada de la luz, lo que hacía la experiencia un poco más tenebrosa.

Afortunadamente, el temblor no duró mucho. La tierra dejó de gritar, los edificios se mantuvieron erguidos y el polvo comenzó a volver al suelo.

Dentro del templete, dos sombras comenzaron a levantarse lentamente. No se sorprendió al reconocer a la mujer de cabello negro y a su sirviente, pues había entrado siguiéndolos a ellos.

Las dos figuras se quedaron con la mirada fija en la entrada, donde la estatua obstruía el paso.

-Debemos buscar otra salida- les comentó Raiko.

Comenzaron a pasear la mirada alrededor buscando una vía alterna para salir. Los tres se voltearon a la vez y vieron que hacia el centro del templo se intuía un poco de claridad. Se acercaron al círculo de luz y notaron que había un abertura en el techo, lo que permitía la entrada de los rayos del sol, que se proyectaban sobre un mosaico elaborado en el suelo.

A la derecha de ellos, otras dos sombras se acercaban desconfiadas. Esta vez Raiko quedó gratamente sorprendido de reconocer a Adhara y a Dromeas; al parecer ellos también decidieron entrar al templo para protegerse del exterior.

Las cinco figuras convergieron al centro, formando un círculo sin pretenderlo.

-¡Calma! No os preocupéis por este terremoto -. Una voz se escuchó al otro lado del templo, le siguió el sonido de unos pasos que se acercaban y la figura de un hombre que comenzaba a emerger de la oscuridad -. En Delfos los temblores son cosa frecuente… Además, no siempre un efecto negativo de la naturaleza es un signo de mal augurio. En este caso los dioses han utilizado esta peculiar manera de reunirnos-. Mientras decía esto, se había colocado en el centro del círculo que formaban los otros personajes. El haz de luz formaba un cono mágico a su alrededor.

-Antes que nada, permitidme hacer las presentaciones de rigor- señalando al hombre rubio y a la mujer de cabello cobrizo, dijo -: Dromeas y Adhara, hermanos gemelos, nietos de un gran rey y una bravía reina. Se dice que su madre los concibió de un dios - dijo con sorna.

¿Hermanos? Raiko sintió una punzada de alegría al saber que la relación de aquella pareja era solamente fraternal. El por qué de su contento, no quería preguntárselo todavía.

Su tono y su mirada se suavizó cuando se acercó a la dama de piel blanca y cabello negro.

-Me inclino ante vos, mi bella dama. Roxana de Petra, princesa de la Ciudad Rosada del Desierto. Tiene el don de dar vida a la piedra, un don que ya tenían sus antepasados desde tiempos inmemorables- haciendo

una pausa, añadió:

-Con ella, Ammos su más fiel servidor- diciendo esto se le quedó viendo fijamente a los ojos -. ¿Tienes algo que agregar?

Un NO demasiado rápido y demasiado fuerte fue su respuesta.

Dirigiéndose a Raiko le dijo:

-No creas que no sé tu historia. Eres Raiko, solo Raiko, por ahora. Descendiente de los grandes comerciantes del Concilio de Sión de la Antigua Fenicia. Tu nave ha surcado todas las costas conocidas del Mare Nostrum… gracias a ello y al encuentro con cierta diosa has conseguido amansar cierta fortuna, después que complicaciones familiares te arrebataron lo que es tuyo por derecho propio - hizo una pequeña pausa.

-Mi nombre es Heptos- se presentó -: y soy el más antiguo de los sacerdotes de Apolo- hizo una pequeña reverencia -. No creáis que este encuentro ha sido al azar, los dioses nos han reunido. Tal como vaticinó la profecía, finalmente, los siete elegidos nos hemos reunido.

Y luego pomposamente dijo:

-La misión para la cual habéis nacido está por comenzar.

Y con esto termino la primera parte de mi historia. Espero que haya sido de tu agrado y que mis continuas interrupciones no te hayan molestado. Recuerda que soy un hombre viejo y me gusta dar mi opinión sobre lo que acontece, en especial cuando fui un testigo de los hechos.

Los siete elegidos finalmente se reunieron en Delfos y ha llegado el momento que sepas de que se trata el Tesoro que tantas personas estaban buscando.

Capítulo 2

LA MISION - SEGUNDA PARTE

CAPITULO 24

Las catapultas a torsión diseñadas por Cassius estaban listas. Los soldados se encontraban amontonando piedras y escombros para construir un terraplén donde posicionarlas. Al darle más altura, su alcance sería mayor, apostaban los ingenieros.

Sila observaba la muralla desde fuera y comenzó a caminar una vez más por el borde de la misma, ignorante de dos pares de ojos que lo observaban subrepticiamente. Dos pares de ojos que odiaban a Aristión y que estaban cansados del hambre y de la vejación de los ciudadanos atenienses. Dos pares de ojos pertenecientes a la escoria de la humanidad, dos pares de ojos esclavos.

Sila caminaba con la frustración colgada del rostro. Tenía que existir alguna debilidad en los muros, tenía que entrar en la ciudad cuanto antes, la preocupación por sus familiares y amigos le espoleaba como ningún odio antes conocido.

De repente un pequeño proyectil le golpeó la cara. Volteó la mirada a diestra y siniestra pero no encontró ninguna razón que justificase el ataque. A los pocos minutos, otro proyectil le golpeó la cabeza una vez más; levantó la mirada y entonces se dio cuenta que procedía del tope de la muralla, donde dos cabezas se asomaban tímidas desde el borde.

-¡Malditos! - gritó -. ¿Creéis que esos diminutos guijarros pueden hacer mella en mí? - dijo airado levantando los puños al aire. Los dos rostros se quedaron quietos observándole fijamente, sin reaccionar, sin moverse ... y entonces comprendió. Si esos dos individuos hubiesen deseado agredirle, no hubiesen lanzado pequeñas piedras, hubiesen enviado flechas o cualquier otra arma más fuerte para atacarle. Cayó entonces en cuenta de que lo que realmente querían era llamar su atención.

Fijó la vista en el suelo tratando de hallar los proyectiles. Las hierbas estaban altas pero eran escasas y el suelo estaba ralo debido al paso de los soldados durante todo el asedio; había más arena que pasto sembrado y removiendo con el pie el espacio a su alrededor, pronto dio con ellas.

No eran piedras, como había pensado. Eran dos bolitas de plomo que tenían enrolladas alrededor de ellas un pequeño mensaje. Sila las recogió del suelo. Liberó el pequeño pedazo de papiro y leyó el lacónico

contenido.

KERAMAIKOS.

Levantó la vista y las dos cabezas salieron a la superficie. Por su tez, Sila reconoció que eran esclavos extranjeros, probablemente procedentes del norte de África. Con una sonrisa les hizo un gesto con las manos.

- No me olvidaré de ustedes - dijo y se marchó presuroso a sus cuarteles a reunirse con sus centuriones.

Sila y sus hombres sorprendieron a los atenienses la primera noche de marzo del año ochenta y seis A.C., casi ocho meses después de abandonar Roma. La fecha coincidía con los Idus de Marzo, cuando los nuevos juramentos se realizaban en el cuerpo militar romano.

Las catapultas fueron alineadas una a lado de la otra en perfecta formación. Miles de soldados azotaban a las mulas que trabajosamente jalaban las cuerdas que doblaban los brazos hacia atrás. Una vez a su alcance, los brazos fueron sujetados al suelo con tensas sogas mientras los hombres colocaban pesadísimos pedazos de piedra bañada en brea sobre ellos. Bajo las direcciones de Murena, se acercaron antorchas a los proyectiles y las piedras fueron encendidas con fuego. Al grito de ¡Disparen!, las cuerdas que sujetaban los ardientes proyectiles fueron cortadas. Las catapultas, como una armada de autómatas, escupieron una lluvia de bolas de fuego sobre las murallas.

Los atenienses cansados y hambrientos dormían tranquilos cuando oyeron el estrépito que azotaba su ciudad. Los primeros en darse cuenta fueron los habitantes del barrio del Keramaikos pues allí era donde la muralla se deshizo después de la acción de las poderosas catapultas de Cassius. Era la parte más débil, tal como los esclavos se lo habían hecho saber a Sila.

El boquete que se logró abrir fue lo suficientemente grande para que todo el ejército de Sila entrase con facilidad. El pánico llego a las almas de los atenienses cuando oyeron el ruido de trompetas de la tropa romana anunciando la toma de la ciudad.

Los romanos cansados de esperar tanto tiempo fuera de la muralla arremetieron con redoblada furia sobre Atenas. Sus espadas acabaron con las vidas de todo aquel que se les acercaba. Padres de familia mataban a sus esposas e hijos, aterrados ante la idea de caer bajo la venganza

romana. Las mujeres sollozantes se entregaban sumisas a los soldados esperando a cambio el perdón de sus vidas o las de sus hijos. Los soldados atenienses hambrientos y débiles no eran defensa alguna ante los aguerridos centuriones de Sila que veían por fin vengada la afrenta de Mitrídates y el largo invierno que habían pasado en el exterior de las murallas. Los historiadores cuentan de ríos de sangre que bajaban por el Ágora y de colosales destrozos en edificios públicos.

Sila, que había liderado la toma, dió rienda suelta a sus soldados para que se dedicasen al pillaje y se dirigió al palacio de gobierno donde debería encontrarse Aristión y sus seguidores cercanos.

El tirano había sido despertado por su guardia, tan pronto escucharon los primeros ruidos del ataque, y había escapado con una pequeña comitiva a la Acrópolis en lo alto de la ciudad. Había tomado ciertas precauciones y había escondido algunos víveres y armas en la ciudadela. A su paso quemó el Odeón de Pericles, temeroso de que el General Rojo utilizara la madera para crear más armas en su contra. Aristión todavía confiaba que su gran aliado Mitrídates lo salvaría de esta situación.

Un grupo de soldados informó a Sila de los movimientos del tirano. Pero éste, tranquilo, les dijo que era solo cuestión de tiempo. Aristión no podía escapar de la Acrópolis y las reservas que allí tenía durarían muy poco. Ya nadie vendría en su ayuda. Atenas había caído.

En este momento quería atrapar a otra persona. Una persona que había demostrado ser bastante huidiza pero que no lograría salirse con la suya esta vez. Con paso resuelto subió las escalinatas del palacio de gobierno y entró en la desolada sala de audiencias. Si él era lo suficientemente inteligente negociaría su vida a cambio de entregarle a Sila lo que había obtenido en la Troade y tan celosamente guardaba.

El eco de sus pasos resonó sobre el pavimento de mármol. Sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra de la habitación y entonces lo vió. Una solitaria figura sentada en uno de los sillones laterales. Al oír los pasos de Sila se levantó y sus miradas se encontraron.

- Apelicón de Teos, finalmente nos encontramos - dijo el cónsul romano -. Tienes algo que quiero y lo sabes. Lo obtuviste con intrigas y dinero mal habido. Astutamente te has escondido en Asia y ahora detrás de Aristión. Ha llegado el momento que me des lo que tanto ansío.

CAPITULO 25

"La misión para la que habéis nacido está por comenzar."

Las palabras de Heptos quedaron colgadas en el aire por tiempo indefinido, mientras trataban de buscar aceptación en la mente de cada una de las personas allí presentes. Miradas incrédulas, asombradas y desconfiadas se posaban en la figura del sacerdote. Este aprovechó el silencio que sus palabras habían generado para repetir el vaticinio que la pitia había hecho poco tiempo atrás.

El Séptimo se ha dejado ver.

¡Preparaos! El hambre se apodera de la ciudad amurallada

Y el General Rojo vengará las Vísperas

trayendo desolación y desconsuelo a Palas Atenea.

Siete serán los elegidos para salvar el Tesoro:

Atleta sin laureles, Heredera del Trono de Mujeres,

Navegante de la Diosa, Princesa de la Ciudad de Piedra,

Sacerdote de los dioses, Portador de la Palabra

y Discreto Forastero.

¡Miserable Traidor! Del círculo de siete aparecerás.

Solo la Palabra los salvará, solo el Séptimo sabrá descifrarla.

Heptos las pronunció bañado del haz de luz que entraba del techo y que hacía que su barba blanca refulgiera bajo el sol. Motas de polvo se filtraban con la claridad, logrando un efecto de escarcha a su alrededor. Las mismas palabras dichas otra vez, en su voz, sonaban a sabiduría, a leyenda, a magia.

Se encontraban todavía anonadados por el efecto del temblor, por la aparición del sacerdote y por las extrañas palabras que estaban escuchando. Se quedaron mudos viéndolo, hasta que alguien rompió el silencio.

-¿Tesoro? -preguntó Raiko. El comerciante que había en él salió a relucir-. ¿Salvaremos el Tesoro de Delfos? ¿Quién es el General Rojo?

-Sí, Raiko, salvaremos el Tesoros de Delfos - contestó Heptos con una sonrisa ante el ímpetu del hombre -. Pero no es tan sencillo como parece, la vida y en especial las profecías se presentan con muchas ambigüedades.

>> Lucio Cornelio Sila, conocido como el General Rojo, está enfrentando una terrible batalla a las puertas de Atenas y a la vez, sus enemigos en Roma han desatado una cruel guerra interna contra los suyos. Se le ha acabado el dinero y sabe que no vendrán refuerzos -, hizo una pausa mientras encogía los hombros y continuó-: No hay que ser un gran clarividente para pronosticar que vendrá a despojarnos de nuestras riquezas. Estamos muy cerca, tenemos mucho oro y no tenemos defensa. No es la primera vez que hemos sido saqueados, ni será la última - terminó con un suspiro.

Con una sonrisa cómplice continuó:

- Nosotros los sacerdotes de Apolo hemos tomado medidas y por eso, ciertos cofres llenos de oro, plata y joyas aguardan a ser puestos a buen reparo, antes de que lleguen las tropas romanas - y chasqueando la lengua dijo -: Pero no es ese el tesoro que queremos salvar. No es ese el Tesoro del que habla la pitia. Existe un tesoro más grande, un tesoro por el que los sabios darían la vida... ese es el Tesoro que salvaremos.

Heptos tomó una gran bocanada de aire, cruzó sus manos sobre el pecho y comenzó un discurso que había preparado tiempo atrás.

- Hace muchos, muchísimos años, el hombre comenzó a tener conciencia de sí mismo, comenzó a tener conciencia de su entorno, comenzó a tener conciencia de que vivía en un universo que se regía por ciertas leyes que ellos desconocían. A medida que sus mentes despertaban de su largo sueño, se formó un grupo de hombres pensantes, de filósofos, de científicos.

>>Mientras la gran mayoría de los individuos creían que la naturaleza estaba regida por dioses caprichosos que movían los astros del cielo a voluntad o causaban miserias y calamidades a la humanidad, estos hombres se consagraron a entender y estudiar la belleza y el orden del Cosmos. Trataron de deducir las leyes que gobernaban las estrellas en los cielos, el funcionamiento del cuerpo y nuestra existencia misma. Hicieron de esta búsqueda de conocimiento su religión.

>> A este grupo de hombres les fue revelada la Palabra y entonces comprendieron. Comprendieron que lo que existe es la Mente Universal. Esta es una materia viva capaz de pensar, llena de energía creativa que siempre busca más vida. Poseedora de toda la sabiduría que rige nuestra

existencia, está allí, abierta, esperándonos para que la descubramos.

>> Algunos seres humanos logran tener acceso a ella y obtienen conocimientos que son de ayuda, progreso y evolución para la humanidad. Pero no es una tarea fácil. Requiere de trabajo, concentración, compromiso y mucha humildad.

Ammos y Roxana miraban plácidamente al sacerdote mientras éste hablaba, Adhara le devolvía la mirada desconfiada. Por el ceño fruncido que mostraban, era evidente que a Raiko y a Dromeas les costaba seguir el discurso de Heptos.

- ¿No me creéis? ¿Les cuesta entender mi discurso? - preguntó.

Su mirada entonces se dirigió a Adhara. Heptos continuó hablando solo para ella.

- Antes que nosotros, han habido seres que han logrado dominar sus pensamientos, que han tenido control sobre su mente, que han tenido la visión de ser algo más de lo que eran y de esta manera han podido explotar todo el potencial que tenían ¿Quienes han sido? Hombres de ciencia, de filosofía, de astronomía. Hombres que han sabido usar sus mentes de manera portentosa. ¿Cómo creen que alguien como Eratóstenes pudo calcular el diámetro de la Tierra sin moverse de Cirene? -. Con un lento movimiento de cabeza Adhara hizo un gesto afirmativo.

-Estos sabios nos han dejado un legado, un herencia que debemos atesorar, continuar y compartir... cuando el momento sea apropiado -. Heptos hizo una pausa y con vos emocionada dijo -: El Tesoro, el verdadero tesoro, son cinco manuscritos escritos de puño y letra de cinco grandes sabios. Cinco sabios que sabían como tener acceso a la Mente Universal y obtener de ella inmensos conocimientos. En ellos está la clave para descifrar la Palabra, solo a través de ella, un ser humano puede acceder a la Sabiduría Suprema.

El silencio de la audiencia fue roto por Dromeas.

-¿Libros?¿Es ése, el gran Tesoro? - preguntó Dromeas desilusionado. Cuando escuchó la palabra 'Tesoro' había imaginado riquezas, aventuras, poder y no los aburridos libros donde Adhara siempre tenía metida la nariz.

-Sí, el verdadero Tesoro está en el conocimiento que esos libros tienen y no en el oro y la plata que hemos guardado aquí. Si quisiera salvar el oro de Delfos, me bastaría con contratar a tres hombres fornidos, enterrar todo el oro posible en uno de estos parajes y luego asesinarlos, para que no divulgasen el escondrijo. Dejaría por escrito la exacta ubicación del sitio en cuestión y trataría de hacer llegar el secreto a la próxima

generación de sacerdotes. Estoy seguro que, en el camino, la avaricia corrompería algún corazón y se desperdiciaría en el oropel de un solo individuo. Sería solo un mineral que correría entre las manos de diferentes generaciones, creando beneficios fútiles solo a la persona que lo posee.

>>El conocimiento, es algo distinto- continuó Heptos con deleite-. A medida que lo compartes, no se merma, se multiplica. En las mentes apropiadas, consigue terreno fértil y se engrandece. Ayuda a otras mentes brillantes a conectarse con la Inteligencia Universal y continuar el proceso de evolución de la humanidad.

Curiosa, Adhara le interrumpió:

- ¿Cuáles son esos cinco manuscritos?

Heptos sonrió.

-Esa es la pregunta que se han hecho miles de hombres desde el comienzo -. Tratando de darle sentido a sus palabras dijo-: La existencia del Tesoro es conocida por muchos, pero nadie, absolutamente nadie, conoce cuales libros son los que llevan a descifrar la Palabra. Se ha desatado una guerra secreta para encontrarlos, se ha tejido una red de intrigas y espías, pero hasta ahora solo hay conjeturas respecto a cuales manuscritos pertenecen a este selecto grupo.

- ¿Secreta? - preguntó Raiko sorprendido - ¿Por qué ha de ser secreta?

Heptos le vio asombrado.

- ¿Desconoces lo que le ocurrió a Sócrates, una de las mentes más brillantes que se ha paseado por la faz de la tierra? ¡Los grandes de Atenas le obligaron a beber cicuta por haber dudado públicamente de la existencia de los dioses! Vivimos todavía en una sociedad donde nuestra religión no tiene aceptación, no tiene cabida - dijo tristemente -. Por otra parte, el conocimiento de la Palabra da un poder tan grande al que la pronuncie que es una tentación inmensa para hombres de gran ambición.

- Si nadie conoce cuales son los cinco manuscritos ¿Cómo lo sabremos nosotros? - preguntó Raiko desconfiado.

- Porque lo tenemos a él - dijo Heptos señalando a Ammos.

Seis pares de ojos se volvieron sobre la figura de Ammos. Un hombre con largo cabello amarrado en la nuca y espesa barba negra que le cubría la mitad de la cara. Era muy difícil interpretar la expresión de su rostro. Se quedó allí callado y erguido, oyendo la explicación que el sacerdote hacía

de su persona.

-Ammos desciende de los primeros hombres que tomaron conciencia de su existencia, de los primeros hombres que recibieron la Palabra -. Con un gesto respetuoso Heptos continuó -: El es el único que puede discernir cuales son los cinco libros. El es el Portador.

>> Ser el Portador ha sido una decisión personal no carente de sacrificios -. Lo miró a los ojos y Ammos subrepticiamente asintió-. Para lograr su cometido ha de apoyarse en Roxana, una criatura magnífica que nació en el mismo momento en el que Ammos se sacrificaba. Sin ella, él no podría lograr su misión. Cada vez que un Portador es ungido, ella renace otra vez, del material más puro, más auténtico de la tierra. Ella renace para darle fuerza al Portador, para hacer posible que la Palabra sea pronunciada otra vez.

Roxana escuchaba impasible las palabras de Heptos. Se acercó a Ammos y suavemente tomó sus manos entre las suyas. Ammos y Roxana entendían que estaban unidos por un vínculo lejano, un vínculo que se había formado en el comienzo de los tiempos. Debían hacer este viaje juntos, sus naturalezas estaban fuertemente unidas y se necesitaban el uno al otro para llevar a cabo su misión.

Heptos dio una vuelta en la habitación y calló por un momento. La audiencia tenía los ojos puestos en el sacerdote, que disfrutaba de la atención que recibía.

El templete, aún lleno de polvo y escombros debido a los efectos del temblor, se llenó del silencio que producían seis mentes cavilando. Sabía que necesitaba darles tiempo para pensar pero quería tanto convencerlos de que se unieran a su causa que los interrumpió diciendo:

- Yo he querido embarcarme en esta aventura porque pienso que el camino hacia la sabiduría es aquel que hace de cada ser, un mejor ser humano, al servicio del entendimiento de la naturaleza, del Universo, de nuestra especie misma. Elegir este camino es, a mi manera de ver, lo que hace al hombre grande y lo que le da sentido a la vida. Pero ésta es, simplemente, mi humilde manera de ver las cosas - concluyó Heptos.

Otra larga pausa siguió a las palabras del sacerdote. Los presentes digerían el largo discurso que había pronunciado Heptos.

Raiko sopesaba su situación. Había venido al Oráculo de Delfos buscando una respuesta a su destino. Al parecer, el dios le estaba respondiendo sin cabras sacrificadas y sin profecías ambiguas por parte de la pitia. Se le estaba presentando una oportunidad única. Si el viejo tenía tanto oro como decía, podría reunir el dinero suficiente para marcharse muy, muy lejos y empezar una nueva vida. Había oído hablar de unas islas famosas

por sus razas de canes, más allá de los Pilares de Hércules, en los confines del mundo conocido. Tal vez allí podría dejar atrás su pasado, su familia, su mala reputación y empezar de verdad, una nueva vida. Sí, pensaba Raiko, debía sentirse complacido había venido al Oráculo a buscar una respuesta y la había conseguido. Solo quedaba dejar claro la tarifa que cobraría.

-Para una empresa tan ambiciosa como ésta, necesitas recursos ¿Quién va a financiar todo esto? - preguntó desdeñoso Raiko.

- El oro de Delfos. Dada mi jerarquía tengo acceso a él y como os dije antes, creo que la manera correcta de utilizarlo es en la empresa que os estoy proponiendo. El oro, tiene límites. El conocimiento, no. El oro se extrae de la tierra continuamente, pero llega un momento que la mina se agota. En cambio, las posibilidades de sabiduría son infinitas.

-Si me pagas el precio justo, puedes contar con mi barco, señor -. Para Raiko, todo se reducía a una simple negociación-. Yo nada tengo que ver con tus ideales. En mi caso, solo soy alguien a quien contratas para prestar un servicio. Te advierto, el precio será alto.

-Lo pagaré - dijo Heptos.

Adhara cavilaba, de todos los presentes ella era la que más comprendía las motivaciones del sacerdote. Conocer la Palabra, le tentaba ¡Cuantas maravillas por descubrir teniendo acceso a la fuente de Sabiduría Universal! Para ella era una idea excitante saber que iba a tener contacto con el trabajo de tantos sabios, nuevos manuscritos que leer, nuevos problemas que resolver. Además, le atraía la idea de conocer el mundo, no quería volver a Gangra donde todo destilaba tanta tristeza; el cambio les haría bien, en especial a Dromeas.

Volteó su mirada disimuladamente hacia Raiko. De lo único que no se sentía segura era la idea de compartir una travesía con este hombre.

Dejó sus miedos de lado y viendo a Heptos, le dijo:

-Puedes contar conmigo para esta empresa.

Solo Dromeas no estaba convencido. También él, como Raiko, había abandonado Paflagonia con la esperanza de encontrar una respuesta a sus preguntas, pero no había conseguido ninguna. Se marcharía de allí antes de consultar al dios y se embarcaría en una empresa de la cual no entendía nada y en la que no podía ayudar en lo absoluto.

- ¿Para qué me necesitarías a mí?- preguntó Dromeas-. Tienes el barco de Raiko, Ammos y Roxana te ayudaran a descifrar los libros y estoy seguro que Adhara te será de ayuda en la elección de los textos. Ha pasado toda

su vida entre ellos - dijo con una sonrisa de burla viendo a su hermana -. Pero yo, yo no tengo ningún papel que cumplir en todo esto.

- Lo tendrás - dijo Heptos solemnemente-. Te necesitamos para esta encomienda y te garantizo que tu también Dromeas, heredero de Paflagonia, tendrás un importante papel que jugar. No en vano la pitia te nombró en la profecía. Todos somos hilos en este paño que tejen las moiras.

-Pero yo no he encontrado respuestas a mi preguntas aquí, en Delfos - resopló molesto.

- No es en Delfos donde las encontrarás, las encontrarás en el camino - le prometió Heptos.

Dromeas se dio por vencido y bajó la cabeza en señal de asentimiento. Con una sonrisa de felicidad en el rostro, Heptos concluyó:

-Séptimo, el que calla otorga. Tu silencio es la aprobación de que te has unido a nuestra empresa.

Con gesto práctico, añadió:

-Muy bien queridos amigos, preparémonos para partir - dirigiéndose a Raiko, le dijo -: Nuestro primer destino será, sin lugar a dudas, el sitio que ha acumulado la mayor cantidad de conocimientos de nuestro tiempo. La ciudad de Alejandría.

CAPITULO 26

-Querido discípulo, de ser cierta una aseveración como ésa sobre el movimiento de las estrellas, descartarías el trabajo de todos los astrónomos que han pasado por esta institución- dijo Zenón.

-Maestro, yo creo que en esto tengo razón, aún cuando vaya en contra de los mismos fundamentos de este centro de estudios- respondió Ignatius.

No te puedes imaginar la emoción que siente mi alma recreando esta escena. ¡Ah, La Biblioteca de Alejandría! Si pudieses verla como la vi yo en todo su esplendor... Era un Templo dedicado al saber, dedicado a la grandiosidad de la mente humana.

A la muerte de Alejandro Magno, todos sus territorios conquistados fueron divididos entre sus generales. Tolomeo, uno de ellos, se consolidó como rey de Egipto y constituyó una dinastía de sangre griega que finalizaría con el suicidio de Cleopatra VII, la Cleopatra de Julio Cesar y Marco

Antonio.

Bajo el reinado de Tolomeo, se ordenó la construcción de lo que sería el centro de saber más grande de la antigüedad: El Museion, un santuario dedicados a las musas, las diosas del arte y las ciencias. Era la intención de este rey que todo el saber del mundo se concentrase en su capital, Alejandría. No se escatimaron recursos de ningún tipo y las mentes más brillantes del mundo entero se dieron cita para trabajar entre esas paredes.

-De todas maneras, creo que Aristarco de Samos estaba equivocado al decir que la tierra gira alrededor del sol- replicó Zenón, convencido de que la teoría heliocéntrica era totalmente descabellada.

-Pero, ¿Has vistos sus enunciados? Son perfectos. Sus observaciones minuciosas. Sus hipótesis, magistrales -. Ignatius no quería dar por terminada la discusión-. El único problema es que no poseemos el texto original. Solo he podido trabajar con unos comentarios sobre sus postulados.

Un sirviente interrumpió la acalorada conversación.

-Disculpadme la intromisión, mi señor. Se ha presentado un hombre que desea hablar con vos. Dice que es muy importante- dijo el sirviente.

-¿Quién se presenta, sin haber pedido audiencia con antelación? -respondió Zenón.

-No quiso decir su nombre- continuó el sirviente-. Pero llegó en una litera de la sobrina del faraón.

-¿Berenice?- Y volteándose con una sonrisa burlona hacia su pupilo, preguntó -: ¿Otro miembro más de la familia real que quiere aprender geometría?

Con la broma todavía en el aire dijo:

-Hazlo pasar de inmediato- ordenó Zenón.

El Templo de las Musas o Museion, había sido construido siguiendo las líneas clásicas de los templos griegos a diferencia del palacio y las dependencias reales que tenían marcados estilos egipcios.

El templo se apoyaba en sólidas columnas dóricas de hermosísima sencillez. En el interior las nueve estatuas de las musas, las diosas del arte y las ciencias, adornaban la cella. Anexo al santuario se encontraban las edificaciones que comprendían la biblioteca en sí misma. Tenía diez salas de conferencias, independientes entre sí, que se comunicaban a través de un patio abierto. Cada una de estas salas estaba dedicada al estudio de una materia en particular: zoología, anatomía, astronomía, filosofía, filología, física, ingeniería y matemática. Había además, un observatorio en su terraza superior, salas de disección, y una gran sala comedor donde los sabios aprovechaban para discutir las ideas en las que estaban trabajando. En sus alrededores había fuentes, estatuas, un jardín botánico y un zoológico de animales exóticos traídos de todos los confines del mundo. Más de cincuenta sabios trabajaban en el recinto bajo la directiva de Zenón, el actual bibliotecario.

Había dos accesos al edificio, el primero era una amplia arcada que comunicaba uno de los laterales del templo con el pasillo principal de la biblioteca y continuaba hasta el jardín. El otro acceso era una paso directo desde la calle, a través de una pequeña estancia que servía de vestíbulo a la edificación. En esta habitación, Cleantes esperaba ser recibido por Zenón.

Poco tiempo después de haber marchado, el sirviente que lo había atendido apareció de nuevo.

-Seguidme, por favor. El Director os atenderá inmediatamente.

Cleantes lo siguió por el largo pasillo al que desembocaban las diferentes aulas. Al final de éste, se encontraba una puerta doble, que al ser abierta, daba acceso a una grandísima sala circular de inmensa altura. Las paredes estaban revestidas de estanterías en las que se apoyaban cientos de papiros cuidadosamente apilados unos sobre otros desde el suelo hasta el encumbrado techo. Había varias escaleras móviles apoyadas contra las estanterías para poder acceder los volúmenes que se encontraban en lo alto.

En el centro de la sala se encontraban varias mesas de trabajo con sus respectivas sillas y enseres de estudio. Algunos papiros extendidos delataban el cuidadoso análisis que le prodigaban las dos personas que se encontraban en la sala.

La primera de las figuras era un hombre de mediana edad, a quien las canas comenzaban a revelar sus años y en quien Cleantes reconoció a Zenón. La otra persona que se encontraba en la sala era un joven.

Cleantes dedujo que debería ser uno de los pupilos del bibliotecario.

-¿Zenón de Alejandría? – preguntó dirigiéndose al hombre.

- Sí, soy yo. ¿A qué solicitud de la joven faraona debemos responder?- respondió Zenón.

-De por qué llegué en una litera real es una historia que les contaré luego de haber cumplido mi misión. El mensaje que traigo viene de más lejos. Viene de Delfos.

-¿Delfos?- preguntó curioso Zenón.

-Traigo un mensaje de mi señor Heptos, sacerdote del Oráculo de Apolo- dijo Cleantes a la vez que le entregaba un papiro lacrado.

Zenón tomó el mensaje que le entregaba Cleantes, pero antes de leerlo preguntó:

-¿Han descifrado la Palabra?

Ignatius los observaba de hito en hito, sin entender nada de la conversación que se estaba llevando a cabo.

-No, señor, aún no. Pero el Séptimo ha aparecido- respondió Cleantes.

-Puedo percibirlo - dijo después de una pausa -. Enhorabuena, solo él podría ayudarnos- suspiró aliviado Zenón.

CAPITULO 27

Decidieron aprovechar el desorden que se había formado a causa del temblor, para salir sin que nadie, en el oráculo, se diese cuenta. Acordaron que se encontrarían en el puerto de Kirra, en la posada donde había pernoctado la tripulación de Raiko. Cada uno de ellos saldría por separado para no despertar sospechas.

Heptos llevaría la vieja carreta tirada por una mula con los cofres cubiertos de paja. Era una idea arriesgada que solo un hombre, anciano además, transportase solo toda esa riqueza, pero las calles estaban llenas de soldados y un viejo campesino al pescante de una gastada carreta no llamaría la atención.

Raiko sería el primero en abandonar el recinto, necesitaba tiempo para preparar su nave para el largo viaje. Ammos y Roxana saldrían después y por último los mellizos.

-¿Cuál es el nombre de tu barco?- había preguntado Heptos.

- Afrodita - respondió Raiko.

- Muy bien escogido- respondió el sacerdote con una sonrisa. Raiko hizo una mueca con el rostro a modo de respuesta.

Adhara y Dromeas llegaron cabalgando, junto a su sirviente, al puerto de Kirra. Había sido fácil encontrar la taberna que les habían mencionado, pues el puerto era muy pequeño y solo poseía tres posadas a la disposición de los viajeros.

Los hermanos mellizos entraron directamente al comedor, un gran salón con diversas mesas y sillas de madera colocadas alrededor de un gran hogar de piedra. La sala estaba llena de huéspedes que esperaban ser atendidos. Heptos acompañado de Roxana y Ammos, esperaban en un rincón apartado del bullicio. Una moza les trajo rebanadas de pan caliente, queso de cabra bañado con aceite de oliva, albahaca y romero y una jarra de vino diluido con agua.

-La tripulación ya está lista para partir- dijo Raiko entrando en la posada y sentándose a la mesa con ellos. Los preciados baúles ya habían sido puestos a buen resguardo y descansaban seguros en la bodega de su barco.

Dromeas y Adhara despidieron al sirviente que habían traído consigo, pidiéndole que le informara a Pilomene que habían aceptado la hospitalidad de Heptos; el mensaje era muy vago, pues no querían que por el momento, él se enterase de la misión en la que se habían embarcado.

Salieron de la taberna con el sol directamente sobre sus cabezas. Era mediodía y el puerto estaba lleno de marineros preparando sus naves. Caminando por el muelle de madera, vieron distintas embarcaciones paradas en el atracadero, pero no reconocieron en ninguna, el nombre que Raiko había mencionado.

El Afrodita estaba anclado en el mar, muy cerca de la costa. Era una nave mercante de casco redondo, una sola vela y medianas proporciones. Una pequeña barca de remos estaba varada en la arena esperándolos.

-Os presento a Odón- dijo Raiko, señalando al hombre fortachón que estaba apoyado sobre el bote- . Es mi primer hombre a bordo y se le conoce como un gran lobo de mar. Pero no os confundáis, no es por su pericia, sino por su aliento.

-¡Es un placer!- dijo jocoso Odón haciendo una exagerada reverencia-. Pero es mejor ser conocido por las emanaciones de la boca y no por las del trasero.

Apenas terminó de decir estas palabras, se dio cuenta que en el grupo se encontraban presentes dos mujeres. Viendo a Adhara y a Roxana, su rostro se puso colorado y excusándose dijo:

-Perdonadme. Uno se embarra, cuando anda tanto tiempo en malas compañías - y dirigió su mirada a Raiko.

Roxana y Adhara disimularon una sonrisa y junto con Heptos, se montaron en el bote con la ayuda solícita de Ammos. Los cuatro hombres empujaron la embarcación hacia las aguas y cuando comenzó a flotar, saltaron dentro. Dromeas y Ammos se sentaron en la segunda fila y, desde la tercera hilera, Raiko y Odón tomaron los remos y comenzaron a bogar rumbo a la embarcación que los esperaba fondeada a poca distancia.

Era un día realmente precioso, hecho a la medida para ser disfrutado al aire libre, navegando en el mar. La luz del sol jugueteaba sobre la superficie del agua creando destellos plateados que enceguecían la vista. En medio de estos destellos, comenzaron a divisarse unas figuras que nadaban divertidas, retozando entre ellas, alrededor del barco.

Dromeas entrecerró los ojos para enfocar mejor la vista. Quedó encantado al descubrir que las figuras que no había reconocido en un principio, eran hermosísimas mujeres de largos cabellos que nadaban desnudas y jugueteaban entre ellas. Estaba inclinándose hacia delante, para poder disfrutar mejor del espectáculo, haciendo peligrar el equilibrio de la embarcación, cuando oyó un grito proveniente de la profunda garganta de Odón.

-¡Quédate quieto, cachorro de león! - dijo el fortachón en tono autoritario-. Será mejor que te quedes sentado donde estás o harás que se voltee este pequeño bote.

-No me importaría hundirme en esas aguas con tan buena compañía- respondió Dromeas sonriendo y señalando hacia las figuras que continuaban jugueteando, añadió -: Son bellísimas.

-Te lo parece porque todavía no las has escuchado cantar-. Paró de remar un momento y le entregó dos pedazos de cera-. Debes ponerte esto en los

oídos. Y vosotros también- dijo, dándole otros pedazos de cera a Heptos y a Ammos. Luego, dirigiéndose a Roxana y a Adhara les dijo-: Vosotras, bellas damas, no lo necesitáis.

Dromeas se quedó viendo los pedazos de cera en su mano con curiosidad, levantó la mirada otra vez hacia las mujeres que nadaban alrededor del barco, y entonces comprendió. Una de ellas se sumergió y una brillante cola de pez brilló sobre la superficie del agua, como una coqueta despedida de su dueña que se adentraba hacia las profundidades. Eran sirenas.

-¿Sirenas?- preguntó curioso Dromeas- ¿Qué hacen tan cerca del barco?

-Ellas, querido amigo, son las que hacen de este barco, el negocio más rentable de todo el Mare Nostrum. Ellas cantan para los oficiales de aduana y nosotros pasamos toda la mercancía que queremos, sin que a ningún reino le quede ni un solo denario en impuestos.

-¿Por qué vosotros no sucumbís a sus encantos? - preguntó curioso.

-¿Quién te ha dicho que somos inmunes a sus encantos? Todos los hombres de la tripulación deben utilizar la cera en sus oídos si no quieren ser víctimas de la locura de sus cantos- dijo Odón. Señalando a Raiko, que continuaba remando, aclaró-: Él es el único de nosotros que puede oírlas y no ser víctima de sus embrujos.

-¿Bajo qué designio divino se encuentra, que lo hace inmune a esa ancestral magia?- preguntó Dromeas y entonces, Odón le contó su historia.

Raiko era solo un jovenzuelo que comenzaba a entrenarse en el negocio familiar. Su padre era un rico comerciante fenicio que distribuía sus mercancías por todas las costas del Mar Mediterráneo. Para su poderosa familia era conveniente que comenzase a saber del negocio a edad temprana y su padre decidió enviarlo en una expedición que vendería madera de cedro a las islas cercanas.

La nave que él tripulaba paró en un puerto cerca de Pafos, en la isla de Chipre y los marineros se apresuraron a bajar la carga y entregarla. Una cosa era aprender a conducir una nave y otra muy distinta, cargar madera como un vil jornalero; dado su linaje, se quedó en la orilla del mar esperando que la tripulación volviese. Aburrido, sin nada más que hacer, comenzó a caminar por la orilla de la playa. Era un día de viento y grandes olas reventaban llenas de espuma sobre la orilla.

Se sentó un momento a observar el mar. Frente a él vio que una ola de grandísimas dimensiones se estaba formando, ésta con el ímpetu del viento se estrelló violentamente sobre una roca creando una lluvia de

blanca y espesa espuma. De esta espuma, surgió una hermosa mujer.

La mujer poseía un largo cabello rubio, que acariciando su cuerpo perfecto, apenas cubría su desnudez. Sus ojos eran verdes, como el mar que tenía a sus espaldas y su boca carnosa, se contraía en un coqueto mohín. Con el agua todavía en los tobillos se acercó hasta donde Raiko estaba sentado y le dijo:

-¿Qué hace un joven tan apuesto como tú, solo, sin ninguna compañía femenina, en esta hermosa playa?

-No estoy solo- respondió el joven Raiko-. Estar contigo, es como estar con todas las mujeres del mundo a la vez, hermosa Afrodita -. Raiko le había reconocido de inmediato, una mujer como ésta solo podía ser una diosa.

Ella soltó una carcajada.

-Ingeniosa respuesta- le dijo y luego se acercó despacio hasta donde él estaba sentado en la arena y con la punta del dedo índice comenzó a rozarle el pecho, dibujando formas incomprensibles sobre su piel. Raiko soportaba estas caricias, conteniendo el aliento, mientras una miríada de sensaciones explotaban en su cuerpo. Agradeció en secreto que no se había quedado mudo y que había podido articular una respuesta que le había divertido.

-Dicen que los marineros son buenos amantes- dijo con una risita glotona-. Creo que voy a utilizar toda mi inmortal vida para comprobarlo.

Suavemente se le acercó y posó sus labios sobre los del muchacho. Raiko recordaba haberse quedado mudo, embobado, arrobado por los encantos de aquella magnífica mujer. Ella olía a mar, a espuma, a gloria.

Afrodita intensificó su beso y tomó la mano del joven y la llevó a uno de sus voluptuosos pechos. Con un gesto sensual, echó todo su largo cabello hacia atrás y dejó al descubierto su espléndida desnudez. Con torpe excitación, Raiko abrazó ese cuerpo perfecto con sus dos brazos y hundió toda su cara entre esos pechos que se abrían ante él.

Solo las gaviotas fueron testigos del encuentro entre el joven y su divina amante, en aquella playa donde ella había nacido en el comienzo de los tiempos.

Mientras Raiko dormía la fatiga del amante, Afrodita paseó su mirada complacida sobre él. El cuerpo todavía joven pero ya formado y musculoso. La sonrisa de satisfacción en su rostro dormido.

-Me has servido bien, jovenzuelo. Harás felices a muchas mujeres y te recompensaré por ello -. Se inclinó sobre él y depositó un beso ligero sobre su cuello.

Cuando el muchacho se despertó, la buscó con la mirada pero ella ya se había marchado. Se llevó las manos a los ojos y se mesó el cabello con los dedos, para despejar un poco la mente y notó que tenía algo alrededor de su cuello. Era un collar corto formado de pequeñas conchas blancas, planas y redondas, muy apretadas entre sí. El nunca usaba ninguna prenda y este collar era sin duda alguna, un regalo de la diosa.

Con el tiempo descubrió que al tener el collar puesto, era inmune a pócimas, embrujos, filtros o cualquier otro hechizo de amor. Conocía de antemano, las intenciones amorosas de cualquier mujer que se le acercaba. Bebía tranquilo de cualquier copa que le ofreciese alguna jovenzuela, con evidentes ganas de enamorarlo. Ninguno de estos filtros funcionaba.

La prenda demostró cuan efectiva era, cuando un día, el barco viajaba frente a las costas de Surrentum. En su ruta al puerto romano de Ostia, la nave había bordeado la isla de Sicilia por el sur, para evitar el peligroso paso donde habitaban los monstruos Caribdis y Escila y se había adentrado en las hermosas aguas del mar Tyrrhenicum por el oeste.

La belleza del paisaje quitaba el aliento. La costa formada por altísimos desfiladeros de piedra caliza y cuarzo formaban una pared inexpugnable que se alzaba orgullosa procedente del mar. En la cima, pequeñas casas construidas entre orquídeas salvajes y limoneros se mostraban, pequeñas e inocentes, desafiantes desde su altura. A un lado, el Gran Volcán, El que da Más Luz, se erguía como el orgulloso guardián de estas tierras. Las aguas, de un verde esmeralda brillante, eran transparentes y cálidas, agradables para bañarse en ellas durante todo el año.

Pero estas hermosas aguas eran conocidas por la gran cantidad de sirenas que habitaban en ellas y que obligaban a los marineros, con sus cantos, a estrellarse contra las rocas.

El barco se había desviado rumbo a la Ciudad Nueva cuando al pasar al lado de la isla de Capreae un marinero dio la voz de alarma. ¡SIRENAS! gritó.

Sobre tres rocas picudas que se alzaban desafiantes sobre las transparentes aguas, tres sirenas estaban sentadas acicalando sus largo cabellos con peines de nácar. Eran tres seres hermosísimos. La primera de ellas con la mitad del cuerpo dentro del agua, tenía el cabello castaño claro y los ojos azules, su hermosa cara de regulares facciones sonreía invitadora. A través de las traslúcidas aguas se podía notar que poseía

una cola de brillantes escamas plateadas.

A su lado estaba sentada una sirena de cabellos rubios y grandes ojos color miel, su cola, de hermosos tonos rojizos se movía contra la roca sacudiendo pequeñas gotas de agua de mar. La tercera de ellas estaba sentada en la roca más alta y era la más hermosa de todas, tenía el cabello negro, casi azul, y grandísimos ojos verdes; su cola nacarada brillaba ostentosa bajo la luz del sol con reflejos iridiscentes de color rosado y lila pues en las escamas habían incrustadas pequeñas perlas planas de forma irregular.

En cuanto las tres sirenas vieron el barco acercarse, soltaron sus peines de inmediato y con sonrisas provocativas comenzaron a entonar sus seductivos cantos, alargando sus bien torneados brazos hacia los marineros en un intento de atraerlos hacia ellas.

Los marineros, que ya tenían experiencia con la locura que generaban sus cánticos, se habían tapado los oídos con cera y trataban de apartar su mirada de estas bellísimas criaturas, las cuales habían echado sus cabellos hacia atrás y mostraban descaradas sus pechos desnudos a los hombres.

Raiko hizo caso omiso de la advertencia, no cubrió sus oídos y resuelto se encaramó en la barandilla del barco para ver mejor a estos seres fascinantes. Osado, se quitó la camisa y la lanzó sobre la cubierta del barco y vestido solo con unos pantalones que le llegaban a las rodillas, se lanzó hacia las aguas y nadó presuroso hacia los tres peñascos. El capitán del barco, al ver la reacción del muchacho, comenzó a llamarlo a gritos, implorándole que volviera; el patrón lo mataría a azotes si algo le ocurría a su hijo menor. Pero Raiko, ajeno a los temores que atormentaban al pobre capitán, llegó nadando hasta donde las sirenas se encontraban. Ágilmente se encaramó sobre una de las piedras y se sentó al lado de ellas.

Las sirenas seguían cantando y abrían sus brazos haciendo gestos para atraerle pero Raiko era inmune a su magia. Al ver que no tenía ningún efecto sobre este hombre mortal, las sirenas callaron y le observaron confundidas.

Raiko con una sonrisa burlona en los labios se dirigió a ellas:

- ¡Salve, bellas damas! ¿Cómo os llamáis? - dijo adulándoles.

La sirena del cabello negro se le quedó mirando fijamente con asombro. Sus profundos ojos verdes reflejaban sorpresa y curiosidad. Su mirada recorría ese rostro de facciones apuestas y entonces reparó en el collar que él llevaba en el cuello.

- Has conocido a la diosa ¿verdad?

- Sí - le contestó Raiko.

- Pues, ya veo que ha sido un encuentro muy fortuito. Le has dado mucho placer - dijo con una sonrisa cómplice-: Mi nombre es Radne, ella es Ligeia - dijo señalando a la sirena de cabellos rubios - y ella es Teles - dijo apuntando sus dedos a la sirena de cabellos castaños.

Raiko se quedó allí conversando con ellas un rato, entablando una amistad que duraría por muchos años. Al darse cuenta que el barco debía seguir su rumbo y no podría esperar por él, se despidió y nadando volvió a la nave donde los marineros le miraban con asombro. A partir de aquel día, de todos fue conocido el hecho que existía un hombre mortal que era inmune a los encantos de las sirenas.

Raiko escuchaba su propia historia de boca de Odón mientras remaba hacia su barco. Le sonaba extraña contada por otra persona, después de tantos años. Tenía que reconocer que ese collar había sido muy útil a lo largo de toda su vida. Ese collar lo había ayudado a no caer en los embrujos de la Mujer-Serpiente, pensó para sí. Sin embargo, ni toda la ayuda de los dioses, había evitado que ella le arruinase la vida.

Cuando estaban aproximándose al Afrodita, el grupo de sirenas nadó hacia ellos. Coquetas y atrevidas se acercaron al bote, para deleite de Dromeas, que a pesar de tener los oídos llenos de cera, no les quitaba la vista de encima. Las sirenas miraban fijamente a los tripulantes del bote con curiosidad.

-¿Listo para abordar?- preguntó Ligeia dirigiéndose a Raiko.

-Sí- contestó Raiko - ¿Cómo habéis estado en mi ausencia?

-Aburridas- contestó Radne, mientras saliendo del agua apoyaba la mitad de su cuerpo sobre el borde de la embarcación. Dirigiendo su mirada a los tripulantes de la misma, preguntó curiosa -: ¿Quienes son éstos?

Roxana dirigió sus ojos a la hermosa sirena de cabello negro, ésta mantuvo su mirada y una corriente fría circuló entre ellas. Una expresión seria se adueñó de la cara de la princesa de piedra como una advertencia

no dicha en voz alta.

- Ellos son unos pasajeros que me han contratado para que los lleve a Alejandría -contestó Raiko.

-¿Alejandría? Esa es una larga travesía- comentó Teles desde la otra orilla de la balsa.

Radne mantuvo orgullosa la mirada de Roxana y sus ojos verdes se volcaron sobre Adhara. Miró a la muchacha de arriba a abajo con disgusto. Al parecer no le agradaba lo que estaba viendo.

- No creo que esas dos tontas mujeres puedan soportarla - dijo grosera.

-¡RADNE! - le llamó la atención Raiko con una sonrisa mal disimulada en el rostro. Sabía que las sirenas eran seres caprichosos que deseaban toda la atención de los hombres sobre ellas y que odiaban a las mujeres mortales por sobre todas las cosas. Era evidente que la sirena estaba celosa de haberlo visto por primera vez en compañía de féminas, abordando el barco.

La sirena hizo un puchero caprichoso con su boca, dio media vuelta y sumergió su cuerpo de mujer en el agua, dejando que su cola de pez saliera sobre la superficie. A modo de despedida y de venganza, golpeó con furia las aletas de la cola contra el mar, lo cual levantó un chorro de agua que fue a parar sobre el bote, directamente sobre Adhara, empapándola. La ropa mojada se le pegó al cuerpo y el viento fresco le hizo estremecer. La muchacha estaba roja de ira. Para empeorar las cosas, los demás, sin poder evitarlo, habían comenzado a reír. Solo Roxana mantenía la vista fija sobre el agua donde la sirena había desaparecido y una expresión preocupada apareció en su rostro.

Finalmente el bote de remos llegó hasta el Afrodita. La tripulación estaba asomada por la borda para darles la bienvenida. Ammos y Dromeas fueron los primeros en abordar la embarcación y ayudaron a subir a Heptos primero, dada su edad. Raiko desde el bote, ayudó a subir a Roxana. Cuando llegó el turno de subir a Adhara, Raiko le ofreció la mano y ella desdeñosa le contestó:

- Te he dicho con anterioridad, que no necesito de tu ayuda. Soy una amazona - y agradeciendo mentalmente para sí, todos los entrenamientos a los que la había sometido Lisipe en el pasado, se agarró fuertemente de la cuerda que su hermano estaba aguantando y trepó por ella hasta llegar a la barandilla del barco.

-Yo no tengo la culpa de lo que hizo esa caprichosa sirena- gritó Raiko,

pero ya Adhara se encontraba en la cubierta.

-¡Que mujer tan soberbia! - le dijo a Odón, quien con una sonrisa en el rostro disfrutaba de uno de los pocos desplantes que le habían hecho a su amigo en toda su vida.

CAPITULO 28

El regimiento marchaba por las estrechas sendas que conducían al Monte Parnaso. Cafis, el Focio, tenía la orden de Sila de tomar toda la riqueza que pudiera del Oráculo de Delfos. Detrás de él, venían cincuenta carretas vacías tiradas por mulas. Sila se había asegurado que llevasen los suficientes recursos para que pudiesen traer todo el oro posible.

Cafis había conocido a Sila mucho tiempo atrás, en su campaña en África contra Jugurta, cuando él era un soldado que comenzaba en las tropas romanas; desde entonces le había demostrado una fidelidad absoluta. No tuvo ningún reparo en acompañarlo en esta lucha contra los griegos, sus hermanos de sangre. El adoraba a Sila y sus simpatías estaban para con él. Sin embargo, una cosa era pelear con humanos y otra, era atentar la ira de los dioses. Este asunto de despojar a Apolo de sus bienes no le estaba cayendo muy bien.

Había nacido en la región de Focea en Asia Menor, en un pequeño poblado con vistas al mar. Allí había vivido su infancia hasta que su padre, un próspero comerciante, había decidido llevar su negocio a Roma. El joven Cafis quiso probar suerte en el ejército y pronto estuvo bajo el mando de Lucio Cornelio Sila.

Los Focios eran famosos por su exactitud en los negocios, no en vano fueron el primer pueblo de la humanidad en acuñar monedas y utilizarlas como forma de pago, hacía más de quinientos años. Sila confiaba en las dotes de contador que había heredado de su padre y por esto, y su lealtad absoluta, siempre tuvo un lugar especial entre su tropa. Ahora, de camino al Oráculo de Delfos, tenía órdenes de pesar exactamente cada pieza y llevar un inventario exacto de las riquezas que despojasen.

Los jinetes llegaron hasta la entrada del recinto; ningún mercado alegraba con sus peculiares sonidos la puerta de los peregrinos. En Delfos, solo se escuchaba un silencio sepulcral, todo el santuario dormía un sueño profundo. Los soldados estaban turbados, el oráculo parecía una ciudadela fantasma. La noticia de la victoria de Sila se había difundido rápidamente en la región y ningún griego se atrevía a desafiar a las huestes romanas. Al menos esto era un alivio, pensaba Cafis, No será a humanos a quien nos enfrentemos, cavilaba; pero una vez más el miedo a retar a lo divino le sobrecogió.

Emprendieron la subida por la Vía Sacra. A su paso, observaban los diversos templetes a los que pronto despojarían de sus riquezas. Pero primero quería presentarse ante los sacerdotes y explicarle su encomienda. Quería dejar bien en claro que venía de parte de Sila y no en su propio beneficio.

Cafis se bajó de su montura frente a la escalinata que daba a la terraza del templo. Con pesados pasos que resonaban sobre el piso de mármol, entró en el vestíbulo.

-¿Quién vive? - preguntó a viva voz.

Seis figuras vestidas de blanco salieron del Aditón, la parte posterior del templo, y silenciosamente se pararon frente a él.

-Somos los sacerdotes del oráculo - dijo Enos.

Cafis paseó su mirada sobre ellos. Esta encomienda iba a ser mucho más fácil de lo que se imaginó en un principio. Solo seis hombres ancianos para defender al dios.

Con voz rugiente, les comunicó:

-Tengo órdenes de Lucio Cornelio Sila de tomar cualquier objeto de valor que sea útil para liberar la causa de los griegos del dominio de Mitrídates - dijo tratando de creerse su propio discurso -. Mis soldados comenzarán a cargar las piezas que consideremos necesarias y todo lo que tomemos será medido y etiquetado cabalmente.

Los sacerdotes se vieron con desesperanza entre sí. Solo ellos se encontraban allí para defender el orgullo del templo; al menos Heptos estaba ya a resguardo con parte de la riqueza.

- ¡Habéis venido a robarnos descaradamente! - dijo Tryos con furia-. Sila no viene a liberar a los griegos de Mitrídates, viene a vengarse de él y de nosotros por habernos unido a su causa - y señalando furioso con el dedo dijo -: ¿Te atreverás a robarle al dios?

- No es un robo- contestó el Focio con calma -. Sila dice que pondrá esta riqueza a resguardo, pues teme que, con tantas guerras, manos viles se lleven todo este tesoro y nunca sea devuelto.

- ¡Tonterías! - dijo Pentos-. En el pasado, los generales romanos que invadieron estas tierras siempre se mostraron respetuosos de este templo divino. A pesar de ser conquistadores, venían con regalos para el dios. Este es el primer romano que despoja de una manera tan descarada

nuestros bienes.

- Esto solo demuestra que el reino de Sila está cimentado de terror y de falta de respeto a los dioses- dijo Exos con pesar.

A pesar de la rabia y frustración de los sacerdotes, era evidente que no poseían ningún recurso para enfrentar a los hombres del General Rojo.

-No opondremos resistencia - dijo Duos en nombre de todos con resignación -. Dejad al menos, que ayudemos con la selección y el transporte de las piezas. Quiero dejar un inventario muy claro de lo os lleváis de aquí. Y espero que de verdad lo devolváis, pues si no tendréis que responder a alguien más grande que nosotros. Deberéis dar cuentas al mismísimo Apolo.

Bajo el mando de Cafis y la estricta supervisión de los sacerdotes, los soldados comenzaron a tomar las piezas de valor y colocarlas ordenadamente en las carretas que habían traído para tal fin.

A pesar de los anteriores saqueos y del oro que Heptos había podido birlar, todavía quedaba mucha riqueza en Delfos. Cafis había decidido comenzar vaciando cada uno de los templetes que orgullosos, se erigían en la Vía Sacra, de forma metódica.

El primero en ser saqueado fue el Tesoro de Sifnos, el más suntuoso de todo el santuario. El templete era de estilo jónico y dos cariátides, columnas en forma de mujer, sostenían los dos frontones y el largo friso. Sifnos había sido una pequeña islita en el Mar Egeo que poseía ricas minas de oro y plata. Mientras éstas producían sus preciados metales, Sifnos había aportado anualmente un décimo de sus riquezas a Delfos. Ahora esa fortuna iba a las carretas de Sila, donde Cafis anotaba diligentemente en un papiro la cantidad exacta que había tomado.

Siguieron con el Tesoro de Atenas donde se guardaba un décimo del botín de la gloriosa batalla de Maratón. Las pesadas armas de bronce y petos de plata que los atenienses le habían ganado a los persas, fueron exactamente pesados, anotados y cargados en las mulas.

El santuario también se había favorecido de los regalos del que había sido el hombre más rico del mundo en la antigüedad: El rey Creso. Entre los fabulosos regalos que este soberano había hecho a Delfos se encontraba una inmensa estatua de un león, hecha en oro amarillo, que pesaba doscientos sesenta kilogramos; esta escultura estaba apoyada sobre un pedestal de lingotes de oro blanco cuyo peso era tal, que hizo falta que todos los hombres que había traído Cafis se unieran a la tarea de montar el zócalo en la más grande de las carretas. De acuerdo con la detallada lista que el Focio llenaba meticulosamente, Creso había donado además, ciento diecisiete lingotes de oro con un peso de sesenta y cinco

kilogramos, cuatro vasijas de plata, dos aguamaniles de oro, una efigie de oro de tres codos de altura y una crátera de plata con capacidad para once mil litros.

Mientras los soldados sudaban bajo el sol del mediodía realizando su tarea, el sonido de una lira tañendo llenó el oráculo. La misteriosa melodía provenía del interior del templo. Los hombres detuvieron sus actividades para escuchar mejor. Los seis sacerdotes que se encontraban al lado de ellos, cuidando el estado de los objetos preciosos que estaban montando en las carretas, detuvieron lo que estaban haciendo también y alzaron la cabeza al vacío. Una sonrisa cómplice apareció en sus viejos labios.

Con aire retador, Exos dijo:

-Es Apolo, que hace sonar su lira en desacuerdo con lo que está sucediendo aquí.

Una expresión de pánico apareció en los rostros de los soldados. Movieron sus cabezas a diestra y siniestra. Los seis sacerdotes estaban aquí con ellos y toda la tropa estaba alrededor de los carros ¿Quién podría estar tañendo la lira dentro del templo?

A Cafis se le erizó el cabello en la nuca. A él nunca le había gustado esta encomienda. Con las mulas a medio cargar y lleno de miedo, decidió que no sería él el que desafiara al dios. Con presteza llamó a su más joven jinete, un muchacho que podría hacer el trayecto hasta Atenas en poco tiempo y llevar una encomienda a Sila.

- Marco Ateyo - gritó. El joven apareció de inmediato-. Toma el caballo más veloz y parte para Atenas de inmediato. Dile a Lucio Cornelio Sila que hemos escuchado el tañido de la lira de Apolo dentro de su templo. Que esperamos órdenes suyas.

El muchacho asintió y corrió veloz como el viento a montar la yegua más rápida para partir de inmediato hacia Atenas.

Ateyo llegó algunas horas después. La distancia entre Delfos y Atenas era corta y Ateyo no le dio descanso a su corcel hasta que llegó a la ciudad. Una vez allí pidió ser recibido de inmediato por Sila. Ante su presencia, le relató lo acontecido dentro del templo. Al ver el rostro asustado del

muchacho, Sila echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

-¿No veis que hasta el mismo Apolo está contento de ayudar a nuestra causa? - exclamó divertido-. ¿Por qué, si no, tañería un instrumento que le es tan preciado? Toma un caballo fresco, vuelve de inmediato y dile a Cafis que me traiga ese tesoro de una vez - dijo autoritario.

Ateyo contó esto delante de toda la tropa y los sacerdotes presentes. La respuesta del General Rojo fue suficiente para que los hombres continuaran trabajando, cargando las carretas con el preciado botín, haciendo caso omiso de la música que seguía sonando. El Cónsul romano ya les había demostrado con anterioridad que su interpretación del ánimo de los dioses era la correcta.

La inmensa crátera de plata se estaba convirtiendo en toda un reto para Cafis. Era tan grande que era imposible colocarla en las carretas que habían traído, ni siquiera uniendo dos de ellas. El Focio decidió que la única solución sería segarla en trozos.

- Traedme un martillo y una sierra- gritó Cafis.

Airado, Exos contestó:

- ¿Vas a cortar esa crátera? ¡Esa vasija se utiliza en las fiestas primaverales de la Teofanías de Apolo para mezclar el vino con el agua! -. La consternación del sacerdote no tenía parangón-. ¿No has dicho que te llevas nuestros tesoros para ponerlos a resguardo? Si la destruyes, será muy difícil recomponerla.

Cafis estaba harto de los lamentos de los sacerdotes que merodeaban alrededor de sus soldados. Con gesto autoritario les ordenó:

-Ya me habéis ayudado bastante ¡Marchaos a vuestro aposentos ahora mismo!

Con los rostros cabizbajos, los sacerdotes se fueron lentamente a sus habitaciones. Arrastraban los pies con desolación mientras caminaban entre las desnudas edificaciones del santuario.

Cafis seguía enfrascado en la operación de seccionar la inmensa vasija,

cuando escuchó una voz que le decía:

-Existe un tesoro más grande que el que encontrasteis aquí.

El Focio se volvió hacia la voz que hablaba y reconoció que provenía de uno de los sacerdotes que, a decir verdad, se había mostrado muy tranquilo y que no había hablado hasta ahora.

- Lo que realmente quiere Sila ha sido elegantemente birlado frente a vuestros ojos y él todavía no lo sabe - dijo Tesseros.

Tesseros, el hombre que nunca confió en Heptos. Le había seguido la pista desde el comienzo y sabía muy bien las intenciones del viejo sacerdote. Pero, él había tomado sus medidas y sabía exactamente donde se encontraba ahora. Tesseros también había interpretado la profecía y no se había dejado engañar por Heptos. El sacerdote ardía de sed de venganza. Su compañero había traicionado la confianza que habían puesto en él. Había traicionada a su dios y a los suyos.

-Yo sé quién es el ladrón. Y sé muy bien que Sila daría cualquier cosa para ponerle las manos a ese preciado Tesoro.

Cafis le veía fijamente, en silencio, sopesando la verdad de sus palabras. No entendía exactamente a qué se refería este sacerdote; un loco más, pensó para sí.

-¿De qué hablas? - preguntó confundido.

-Estoy hablando del Tesoro que Sila ha estado buscando toda su vida y que esperaba encontrar cuando cayese Atenas. Pero está en otra parte y yo puedo ayudarle a hallarlo- decía tentador Tesseros.

- ¿Sabes donde se encuentra ahora? - preguntó Cafis. Todavía no comprendía que decía este sacerdote, pero a su general no le vendría nada mal echar mano de más riquezas.

-Le perdí la pista en Alejandría, pero puedo recuperarla rápidamente. Creo conocer sus intenciones, puedo oler sus pasos - dijo Tesseros con seguridad.

-Bien, te llevaré ante el General Rojo pero si lo que dices es mentira, él no lo pensara dos veces en darte el castigo que mereces por hacerle perder su tiempo.

Las carretas estaban ya abarrotadas y según las cuentas del Focio disponían de las riquezas de un rey, dio la orden a sus hombres que ajustasen las piezas y que se alistasen para partir. Sila estaría satisfecho

con su trabajo.

CAPITULO 29

El Afrodita recogiendo el ancla, había comenzado su recorrido acompañado de lejos por las sirenas. La tripulación, siguiendo las órdenes de Raiko, había puesto la embarcación a viento seguro, en dirección a Alejandría.

El barco pasó al lado de la gran isla de Creta y se adentró en las profundas aguas del Mare Nostrum. Aquí el viaje se hacía más difícil pues debían navegar con pericia en mar abierto. Al mismo tiempo, la travesía sería más veloz pues contaban con los vientos etesios que, en esta época del año, soplaban con fuerza hacia la costa de Egipto.

Los días pasaban tranquilos sobre aquellas aguas. Se había establecido una agradable camaradería entre la tripulación del barco y los elegidos. Dromeas y Ammos ayudaban complacientes a Raiko y a Odón con las faenas del barco y reían mucho mientras lo hacían. En especial Dromeas, el muchacho había recuperado el carácter jovial que tenía antes de la muerte de Zoe y el recuerdo de su madre no enturbiaba su mente. Rodeado de colegas y con trabajo en que ocuparse todo el día, lo estaba pasando bien.

Ammos, con su fortaleza y habilidad para hacer nudos, se había vuelto indispensable en el barco, él también parecía disfrutar la compañía de los demás pero era una persona que permanecía callada la mayor parte del tiempo y que hablaba solo cuando era estrictamente necesario.

Por su parte, Adhara y Roxana también se habían hecho buenas amigas. Raiko les había cedido su estrecho camarote de capitán para sus necesidades y él dormía con el resto de los hombres en la cubierta, bajo la luz de las estrellas. En la tranquilidad de las noches, las dos muchachas mantenían largas conversaciones, siendo tan distintas pronto comprendieron que habían muchas cosas que las unían.

Heptos estaba sobre la cubierta del Afrodita viendo la gran masa azul de agua que se abría ante sus ojos. Su corazón rebosaba de dicha, se encontraba rumbo a realizar el sueño de su padre y su abuelo. En realidad, el sueño de una larga fila de sus antepasados.

La suya era una familia de estudiosos, su padre, su abuelo y otros antes que ellos, se habían dedicado al estudio de la astronomía, anatomía y filosofía. Había habido siempre una insaciable sed de conocimientos que corría por los genes de su antecesores. Un afán de saber.

Heptos era un niño cuando su padre le introdujo al mundo de las ciencias, le explicó que el universo no estaba regido por la furia de Zeus o la pericia de Apolo. Los ritos y los sacrificios humanos eran ofrendas sin sentido, el universo no respondía al capricho de los dioses sino a reglas preestablecidas. El Cosmos respondía a leyes precisas que habían sido diseñadas, que habían sido pensadas por una Mente Universal y que el sentido de su vida era acercarse a ella, lograr entender su magnitud.

Los estudiosos como ellos trabajaban en círculos selectos, apartados de la sociedad y sus conocimientos eran solo considerados entretenimientos para reyes, y en algunos casos, soluciones prácticas para construir edificaciones o armas de guerra; en ningún momento, podían sustituir a los dioses. Sócrates fue una excepción y pagó con su vida por ello.

Entre esa comunidad era un secreto a voces que existía una manera de comunicarse con la Mente Universal. Grandes sabios lo habían hecho y habían dejado en sus escritos un indicio de como lograrlo: La Palabra. Y él y los elegidos, pronto la descifrarían. Estaba seguro de ello, podía ya sentir el triunfo.

Desde muy joven había tratado de descubrir cuáles eran esos cinco manuscritos que eran considerados un Tesoro. Estableció contacto con muchos centros de saber, envió emisarios a analizar el trabajo de otros sabios o a valorar manuscritos que estuviesen a la venta. Había sido una tarea ardua pero había logrado crear un mapa de las grandes obras que se habían gestado en el mundo conocido. Esta tarea consumió muchos de los años de su juventud.

El día que escuchó la profecía de la pitia, su corazón estalló en júbilo. Reconoció de inmediato, entre sus fervientes palabras, cual era el verdadero tesoro del que hablaba el oráculo y se sintió feliz de que por una extraña coincidencia del destino, precisamente él se encontrase liderando al grupo que revelaría la Palabra.

Dirigió su mirada al grupo de los elegidos. Estaban esparcidos en la cubierta, los hombres ayudando con las faenas del barco y las dos mujeres sentadas en una esquina hablando entre ellas. Cualquiera que los viese pensaría que estaban contentos de cumplir esta misión pero ¿Quién de ellos será el traidor? se preguntaba Heptos.

Adhara se encontraba en la cubierta alisando la cera sobre su tablilla de madera para comenzar a trabajar sobre ella. Roxana estaba sentada a su lado, viendo hacia el mar. En las azules aguas, un grupo de sirenas trataba de llamar la atención de los marineros. Desde que habían comenzado la travesía desde el puerto de Kirra, parecía que Radne había llamado a más de su especie y fijamente seguían el barco sin abandonarlo nunca de vista. Esta situación complacía de sobremanera a los hombres de la tripulación, en especial a Dromeas, a quien no le molestaba tener que sufrir la cera en los oídos con tal de admirar a estas hermosas semi-mujeres. Para Odón traía demasiadas complicaciones, pues tenía que lidiar con una tripulación sorda con la cual solo se podía comunicar con señas. Además, los hombres estaban demasiado distraídos.

Roxana las miraba con una expresión preocupada en el rostro.

- ¿Qué te preocupa tanto? - le preguntó Adhara.

- No me gustan las sirenas, no confío en ellas. Son seres antiguos con sentimientos primitivos, salvajes. Raiko ha lidiado con ellas, pero sus almas, si las tienen, no se pueden domar. Responden a sus instintos más básicos. Son egoístas y caprichosas.

Adhara hizo una mueca, ella había tenido una mala experiencia con ellas y trataba siempre de eludirlas, cada vez que ellas revoloteaban por allí, se apartaba del grupo y se confinaba a un rincón del barco.

Roxana volteó su mirada hacia ella y sonrió tristemente mientras la veía escribir sobre su tablilla.

-Me siento extraña sin ningún pedazo de piedra para tallar - dijo y se sentó a su lado.

- ¿Por qué no pruebas con cera? - le dijo Adhara y le dio un poco de la cera con la que estaba trabajando.

Roxana tomó la cera y comenzó a moldearla. Sus dedos comenzaron a trabajar rápida y diligentemente sobre ella y al poco tiempo Adhara pudo ver que Roxana había logrado crear la figura de un pequeño cisne. La muchacha veía la figura en sus manos fijamente como esperando algo de ella. Confundida, Adhara le preguntó:

-¿Qué pasa?

-Siento un poder en mis manos, un poder que me empuja a desnudar figuras de la piedra o cualquier otro material, pero no puedo darle vida a mis obras- dijo con frustración-. Una vez lo logré cuando era niña, con un pequeño gato que esculpí, duró muy poco y se hizo añicos. Desde ese entonces, ninguna de mis figuras tiene vida propia.

Heptos que pasaba muy cerca de ellas y había escuchado la conversación, se acercó a las muchachas y dirigiéndose a Roxana, le dijo:

- No te preocupes, Roxana. Ese poder vendrá a ti a medida que estemos más cerca de la Palabra. Ella obrará la magia en tus manos, solo debes ponerte en contacto con los cinco manuscritos - dijo con un suspiro-. Pero mientras tanto sigue esculpiendo, no dejes que la energía deje de fluir entre tus dedos.

Heptos dirigió entonces su mirada a Adhara y a la tablilla que tenía entre las manos. Le sonrió como le sonreiría un maestro a su alumno más aventajado.

- ¿Trabajando como siempre? -preguntó con una sonrisa.

-Es un problema en el que estábamos trabajando Pappous y yo antes de partir y todavía no he encontrado la respuesta - dijo Adhara. La muchacha veía al sacerdote azorada, había algo que quería preguntarle desde aquel día en el Oráculo pero no se atrevía. Sin embargo, la duda la torturaba y resuelta se dirigió a él:

-He tenido una pregunta que hacerte desde nuestro encuentro en Delfos.

-¿Qué dilema azota tu mente, Adhara? -preguntó Heptos.

-Desde aquel día en el oráculo, cuando nos recitaste la profecía, hablaste de siete elegidos, pero yo solo veo a seis de nosotros, Roxana, Ammos, Dromeas, Raiko, tu y yo. Somos seis y no siete.

-Adhara, ¿Precisamente tú, me lo preguntas? -. Heptos movió la cabeza de un lado a otro con desaliento- ¿Todavía no te has dado cuenta de quién es el Séptimo? Tal vez tu mente esté demasiado enfrascada en cuestiones de la razón y no te percatas de ciertas sutilezas.

Su rostro se volteó hacia Roxana que había estado escuchando la conversación. La princesa de piedra asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Se levantó y caminando hacia la popa se dirigió hacia donde estaba Odón para que pudieran seguir hablando en privado.

Heptos volvió su mirada hacia Adhara.

-El Séptimo es una persona muy especial. Si bien es cierto que parece alguien encerrado en sí mismo, no pongo en duda que cuando llegue el momento cumplirá cabalmente su papel en este aventura.

Adhara lo miraba entre confundida y culpable de no poder entender o saber más de lo que se le pedía. Heptos sintió pena por esta muchacha. Era demasiado joven para ponerle a prueba como lo estaba haciendo.

-Despreocúpate pequeña, en su momento, no pongo en duda que el Séptimo actuará como le corresponde y entonces sabrás quién es- la tranquilizó Heptos.

Mientras tanto, Roxana se había acercado suavemente a Odón.

-Discúlpame, ¿Tienes alguna pedazo de piedra disponible en este barco?

Odón, viéndola con una expresión embobada que no podía disimular, le contestó:

-No, señora, me temo que no podréis encontrar nada de ese material en esta nave. ¿Para qué propósito la deseáis, si me es permitido preguntar?

-Es solo que siento la necesidad de tallar algo- dijo suavemente Roxana. Su tono de voz era siempre sereno y tranquilo.

-Puedo conseguiros un pedazo de madera, si queréis.

-¿Madera? Nunca he utilizado madera, pero tal vez pueda servirme.

-Iré de inmediato a por ella- contestó diligentemente Odón.

Odón se dirigió presuroso a las bodegas, a cumplir los deseos de Roxana. Cuando comenzó a asir la baranda que llevaba al piso inferior, se topó con la mirada burlona de Raiko.

-¡Que tono tan dulce de voz! 'Iré de inmediato, mi bella dama'- se burló socarrón-. No te reconozco, viejo lobo de mar.

Odón no estaba de humor para la chanza, bajó la mirada con vergüenza y con una voz triste, le contestó:

-Es una mujer bella, serena, majestuosa. Inalcanzable como una diosa.

-Pero hay diosas que son alcanzables- respondió Raiko.

-No para hombres como yo, mi señor- dijo moviendo la cabeza de un lado a otro-. Además, ella está más allá de eso. Ella no es como tú o como yo. O como ninguna persona que haya conocido.

Para alejar el momento de debilidad que nunca se debió haber permitido, Odón respondió la afrenta.

-Mis sentimientos hacia la dama son estrictamente platónicos, pero yo no veo nada platónico en la manera como tú miras a aquella- dijo señalando a Adhara y continuó su camino hacia la bodega donde pensaba encontrar un trozo de madera para Roxana, y algún instrumento que se pudiera utilizar para tallarla.

Raiko siguió con la mirada el gesto de Odón y vio a Adhara apoyada sobre la baranda, ensimismada en sus pensamientos. Desde que se había montado en el barco había estado demasiado ocupado para poder entablar una conversación con ella. Además, al parecer ella era bastante esquiva o le estaba eludiendo por alguna razón que no entendía. Decidió acercársele y hablar con ella.

-¿Qué piensas con tanto celo?- preguntó.

Adhara volvió la mirada y vio la figura alta de Raiko. Su sonrisa burlona perennemente pintada en su apuesto rostro. Sin quererlo, Adhara echó una mirada a su cuello donde tenía el collar.

Ella también había oído la historia que Odón le contó a Dromeas, sobre el encuentro de Raiko con la diosa. No sabía por qué, pero había surgido una llamita interior de rabia, al pensar, que ninguna mujer mortal saldría bien parada de una comparación con Afrodita.

-Estaba pensando en el Séptimo- mintió Adhara.

-¿El Séptimo?- preguntó Raiko.

-Sí, el Séptimo, se supone que esta empresa será llevada a cabo por siete personas, pero hasta ahora yo solo he visto a seis de nosotros. Le he preguntado a Heptos y me ha dicho que en su momento, lo sabré. Mi hermano tampoco sabe quién es el Séptimo ¿Lo sabes tú?

Raiko se encogió de hombros.

-No, y la verdad, tampoco me interesa. Recuerda que yo estoy metido en esto, solo por el dinero. Heptos y yo acordamos un pago por el uso de

esta embarcación y mi deber es llevaros sanos y salvos hasta Alejandría o hasta donde sea necesario que vayáis. No creo ni en tesoros, ni en legados que haya que salvar. Difiero de la opinión de Heptos, el oro no tiene límites, cuando es tuyo, eres el señor y amo de todo y de todos - dijo con amargura.

-Hablas como un mercenario. Cuando Heptos te presentó dijo que venías de una noble familia del Concilio de Sión ¿Por qué te dedicas, entonces, a la piratería?

-Esa historia es muy vieja y no quiero hablar de ella. Yo soy Raiko, a secas. Un hombre sin estúpidos ideales y con los pies bien puestos sobre la tierra. Un comerciante que ha hecho su fortuna gracias a su pericias y a sus encantos- dijo llevando las manos al collar que pendía de su cuello.

En cuanto las palabras terminaron de salir de su boca, se arrepintió. No sabía ni siquiera por qué había dicho eso. ¿Tal vez porque quería hacerle saber, que él era inmune al amor? Quería dejarle claro que él podía dominar el poder que ella ejercía sobre él cada vez que la veía.

¿Realmente, podía? se preguntaba ahora teniéndola tan cerca. Tal vez este cachivache ya no estaba funcionando, pensó frustrado, porque lo que de verdad ansiaba en ese preciso momento era besarla. De noche, al acostarse, no podía borrarse de la mente la imagen de Adhara con las ropas mojadas pegadas al cuerpo mirándole desafiante. Había algo en esa mujer que le atraía, que le obligaba a pensar en ella todo el tiempo. Quería asirla entre sus brazos, llevarla a un rincón bajo la luna llena y susurrarle al oído...

Sus pensamientos se detuvieron bruscamente cuando vio una mirada despreciativa en los ojos grises de Adhara.

-Jamás he visto a un hombre tan pagado de sí mismo - exclamó indignada -. Imagino que debes estar ansioso de que esta empresa se termine. Estoy segura de que habrá alguna caprichosa y maloliente merluza, esperando por tu regreso de esta travesía, que te hará rico e importante. Si no es por dinero no entiendo como una mujer pueda sufrirte - y se marchó, dando por terminada la conversación.

CAPITULO 30

Sila estaba parado en el tope de la Acrópolis mirando a Atenas. La urbe estaba sumida en un caos de desechos, restos de armas y sangre seca. Se veían ristras de humo de incendios ya apagados y muchos monumentos públicos estaban mancillados y despojados de sus piezas de valor. Después de haber derrumbado la muralla, el General Rojo le había dado rienda suelta a sus soldados para que se dedicaran al pillaje de manera

desmedida.

Aristión solo duró tres días encerrado en la ciudadela de la Acrópolis. El y sus compañeros no pudieron resistir mucho tiempo. Debido a la sequía que había azotado a la ciudad, las cisternas carecían de agua; muertos de sed, sus guardias y los hombres que lo habían acompañado se entregaron. Sila tomó la Acrópolis y con un gesto de su mano, mandó a ajusticiar a Aristión. Atenas había sido tomada.

Al caer la cabeza del tirano, los cielos se abrieron y la lluvia tan deseada durante largos meses, comenzó a bañar la ciudad vejada, limpiando la sangre y el hedor de las calles.

Ahora, en el tope de la Acrópolis, con su sed de venganza ya saciada y empapado de la lluvia fresca que caía sobre sus músculos cansados, había decidido perdonar a Atenas. Sus órdenes iniciales habían sido quemar la ciudad hasta dejarla hecha cenizas, pero desde esta altura, con el Partenón a su lado, sintiendo la grandeza de lo que había aportado esta ciudad a la humanidad, cambió de parecer.

-Perdonaré a los vivos por respeto a los muertos - dijo en tono solemne. Y esta misericordia con el pueblo ateniense sería una de las acciones de las que este hombre de guerra se vanagloriaría el resto de su vida.

Ordenó a sus hombres detener el pillaje y la matanza, organizó sus tropas y sin dejar enfriar el ímpetu de su victoria, tomó sus catapultas, arietes y torres de asalto y montando en su blanco corcel, lideró la toma del Pireo. La furia romana sorprendió a Arquelao que huyó de la ciudad con sus naves y sus diez mil hombres. Sila ya había demostrado que sus infernales armas de guerra eran imbatibles.

Lucio Cornelio Sila se relamía en su júbilo. Había logrado la victoria sobre Mitrídates en Atenas y el Pireo, a pesar de los pocos recursos con los que contaba y la traición de su propia ciudad. Sus arcas estaban llenas del oro de Atenas y lo estarían aún más ahora que llegase Cafis con el botín de Delfos. Pero lo que más le regocijaba era que había obtenido de Apelicón de Teos lo que tanto había ansiado.

Recordaba la noche en la que el griego se entregó. Estaban en la oscura sala de audiencias y Apelicón con el rostro pálido de miedo, suplicaba:

-Perdóname la vida y te entregaré lo que estás buscando.

- ¿Cómo sabes lo que quiero? - preguntó Sila.

-No eres el único que está buscando este Tesoro. Sabes muy bien que

todos los que estamos detrás de él, de alguna manera nos conocemos.

De una gran bolsa de lona que colgaba sobre sus hombros, sacó un fardo de papiros enmohecidos y manchados.

-Te los doy a cambio de mi vida -dijo solemne-. Estos son los escritos de Aristóteles-. Y diciendo esto le entregó el bulto con una mueca de dolor en su rostro.

Poco antes de morir, el gran filósofo le había legado toda su obra a su pupilo Teofrasto por quien sentía gran aprecio; éste a su vez, se los cedió a su sobrino Neleo de Escepsis. Celoso de esta obra y para evitar que los bibliotecarios de Pérgamo se hiciesen con ellos, Neleo los escondió en su tierra natal, en la Troade, en unas vasijas de barro bajo tierra. Más de ciento cincuenta años después, sus descendientes finalmente los encontraron y al darse cuenta del gran valor que tenían decidieron ponerlos a la venta al mejor postor.

Entre todos los círculos de sabios y estudiosos corrió la noticia como la pólvora y muchos centros de saber y mecenas particulares mandaron emisarios haciendo ofertas por ellos. Pero Apelicón batió todas las ofertas presentadas y desembolsando mucho dinero, se hizo con ellos.

Sila tomó los papiros en sus manos y maravillado comenzó a leer la escritura de Aristóteles. Sin poder ocultar su emoción, preguntó:

- ¿Crees que entre estas páginas esté uno de los cinco manuscritos?

Apelicón se encogió de hombros y con una sonrisa triste, dijo:

- Si Aristóteles no está incluido entre ese grupo de cinco sabios, no me imagino quien podría estarlo - dijo con tristeza. Le estaba entregando a Sila el fruto del trabajo de su vida.

Sila levantó la vista y dirigió sus penetrantes ojos azules a Apelicón.

- ¿Cómo saber si de verdad es uno de los manuscritos? ¿Cómo puedo descifrar la Palabra?

- Para eso necesitas al Portador.

- ¿Y dónde encontrarlo?

- No tengo la menor idea.

Sila entendió que solo había dado un pequeño paso en su búsqueda. Volvió su mirada otra vez a la ordenada escritura de Aristóteles y la frustración se apoderó de su alma. Tenía al menos uno de los cinco libros

entre sus manos pero todavía debía encontrar los restantes y al Portador. Paciencia, se aconsejó a sí mismo, paciencia. Sabía que estaba favorecido por los dioses y tarde o temprano los encontraría.

El siempre lograba lo que quería.

Cafis llegó a Atenas con las carretas rebosantes de oro, plata y piezas de valor que había tomado del Oráculo de Delfos. Lucio Cornelio Sila dio órdenes de fundir todo de inmediato, acuñar monedas con su emblema y con ellas pagar los sueldos de los soldados. La victoria no debería enfriase y quería recompensarles generosamente por su lealtad absoluta. Sabía que aunque Arquelao había huido, Mitrídates estaba reagrupando sus tropas al norte y estaba preparando un regimiento de colosales dimensiones para hacerle frente muy pronto. Había ganado esta batalla pero aún no había ganado la guerra.

Se acercó a Cafis para felicitarlo por su encomienda cuando vio que el Focio estaba acompañado de un hombre que vestía una toga blanca.

-No te pedí que me trajeras una boca más que alimentar. Pudiste dejar este sacerdote en su santuario - le dijo burlón.

Cafis azorado, le contestó:

-Insistió en hablar con vos , mi señor- y diciendo esto se marchó para organizar la fundición y repartición del botín.

- ¿Qué deseas? -preguntó Sila.

- Solo un poco de tu tiempo - contestó el sacerdote.

Sila se apartó a un lado, para alejarse del bullicio que estaban haciendo sus hombres al bajar las piezas de las carretas y le hizo señas al sacerdote de que se acercara.

- Sila, sé lo que estás buscando - le dijo Tesseros sin reparo.

El romano lo observó con suspicacia. ¿Cuantas personas sabían de los manuscritos?

- ¿A qué te refieres? - preguntó con desconfianza.

- A un tesoro por el que los sabios darían la vida... - contestó Tesseros repitiendo la frase que le dijera Locutius.

- Al parecer, hay más personas de las que yo pensaba detrás de él - contestó con mofa.

- ¡Oh sí!, Muchos más de los que piensas. Pero yo no soy uno de ellos.

Sila lo miró extrañado, urgiéndole a explicarse. Tesseros comenzó su historia.

-Cuando acampabas en las afueras de Atenas, la pitia develó una profecía. En ella se hablaba de un Tesoro que había que salvar y que tu ansiabas. Mis compañeros interpretaron que tú nos saquearías y asignaron a un sacerdote para salvar parte de nuestra riqueza y poder reconstruir nuestro santuario una vez te marcharas. Sin embargo, estoy seguro que el sacerdote que asignamos, no piensa salvar nuestro oro para devolverle su gloria a Delfos. ¡Oh, no! El tiene una agenda particular. El va a utilizar las riquezas que le fueron confiadas para encontrar estos cinco manuscritos por los que todos vosotros os estáis peleando.

- ¿Sabe él cuales son los manuscritos? - preguntó Sila con avidez.

-No - contestó Tesseros y Sila puso una cara de desilusión -. Pero el Portador está con ellos.

-¿El Portador? - preguntó Sila con asombro.

- Sí, el Portador finalmente ha aparecido y su fortaleza con él. Existen también otros chiquillos que los acompañan... y por supuesto el Séptimo.

-¿El Séptimo? ¿También él ha aparecido?

Unas ansias febriles se apoderaron del General Rojo. La desilusión inicial de su encuentro con Apelicón se estaba esfumando. Estaba muy cerca de poseer el Tesoro.

- ¿Donde están?¿ Quienes son? - preguntó autoritario. Quería ponerle las manos a esos manuscritos de inmediato.

-Como comprenderás no poseo tantos recursos como tú - respondió Tesseros con calma-. Sin embargo, les he seguido la pista y sé que ahora están en Alejandría.

-¿Alejandría? - dijo Sila y se llevó la mano a la frente - ¡Por supuesto! La Biblioteca de Alejandría ¿Dónde más buscarías los cinco manuscritos?

Muchos sospechaban de las intenciones de los Tolomeos de acumular tal cantidad de libros.

- Hagamos un trato - dijo Tesseros negociando -. Tengo un espía que los sigue y puede encontrar su paradero. Por mi parte, yo los he visto a todos, te puedo dar una descripción exacta de cada uno de ellos.

Sila lo veía con desconfianza ¿Cuáles eran las pretensiones de este sacerdote?

Tesseros interpretó la mirada del romano y rápidamente acla